

66

relatos de vida

Taller Literario Autobiográfico
Programa Envejecimiento Activo 2020





Taller Literario Autobiográfico
Programa Envejecimiento Activo 2020

En memoria de Rosa Andrina Miranda Figueredo.
(1943-2021)

Índice

Saludo Director Nacional Senama.....	5
Presentación.....	7
Saludo de relatores.....	9
Arica y Parinacota.....	17
Tarapacá.....	25
Antofagasta.....	37
Atacama.....	42
Coquimbo.....	54
Valparaíso.....	62
Metropolitana de Santiago.....	85
Libertador General Bernardo O'Higgins.....	92
Maule.....	106
Ñuble.....	132
Biobío.....	136
La Araucanía.....	152
Los Ríos.....	155
Los Lagos.....	166
Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo.....	185
Magallanes y la Antártica Chilena.....	196

Saludo Director Nacional Senama

Queridos lectores:

Desde el Gobierno de Chile, a través del Servicio Nacional del Adulto Mayor (Senama) y del Ministerio de Desarrollo Social y Familia, hemos trabajado con fuerza para poder continuar fomentando el envejecimiento activo entre las personas mayores, entregándoles herramientas para mantenerse activas y saludables en todas las etapas del ciclo vital; independientemente de las dificultades propias de la pandemia.

Es así como hemos impulsado diversas iniciativas que permitan promover la adopción de estilos de vida saludables, el desarrollo personal y la participación social, las cuales, lejos de verse aplacadas por la pandemia que hemos estado viviendo durante este año, se han visto diversificadas.

En este contexto y durante octubre de 2020, *Mes de las Personas Mayores*, Senama impulsó una serie de talleres virtuales dirigidos a personas mayores de todo el territorio nacional. Estos talleres tuvieron como objetivo, no solo mantener las funciones físicas, cognitivas y un equilibrio positivo de los afectos, sino que también adquirir nuevas habilidades digitales, tan necesarias en los tiempos que corren.

Con alegría podemos decir que las personas mayores participantes pudieron asumir esta nueva propuesta con gran entusiasmo, compromiso y habilidad, adaptándose a las nuevas plataformas virtuales y sacando el máximo provecho de ellas.

Estamos seguros que haber participado en estas instancias educativas les ha permitido evitar el aislamiento físico asociado al confinamiento, además de establecer lazos de amistad con nuevas personas y mantenerse activos, a pesar de los obstáculos para ello.

Las personas mayores que participaron en el *Taller Virtual Literario Autobiográfico*, tuvieron la oportunidad de compartir sus historias de vida, explorar y hacer explotar su imaginación y desarrollar habilidades creativas insospechadas para algunos. Muestra de ello, es este libro digital que compila los trabajos desarrollados por los asistentes, junto al excelente equipo docente de la Universidad Viña del Mar, entidad ejecutora de la cual estamos profundamente agradecidos como institución, por la edición y publicación de esta obra.

Los invito a disfrutar la lectura de estos relatos que nacen de los recuerdos y dan cuenta de la heterogeneidad de vidas y maneras de envejecer presentes en nuestro Chile.

Octavio Vergara Andueza
Director Nacional
Servicio Nacional del Adulto Mayor

Presentación

El Servicio Nacional del Adulto Mayor y el Programa Universidad del Adulto Mayor de la Universidad Viña del Mar, presentan el Taller Literario Autobiográfico On-line.

Este taller es una aproximación a las diferentes versiones de lo que se ha dado en llamar escrituras, narrativas o *literaturas del yo*, desde un punto de vista autobiográfico, el que permite a los adultos mayores aproximarse a ello, disponer de una base teórica sencilla sobre las mismas, pero también adquirir herramientas con las que decidir qué forma adoptar en sus textos, cómo estructurar los mismos y cómo comprometerse con un proyecto tan íntimo como escribir sobre sí mismo.

Durante el desarrollo del taller, los adultos mayores participantes escriben fragmentos de su autobiografía, aplicando las técnicas literarias a aprender. El proceso es mediado por un profesor-relator, el que hará exposiciones breves sobre la estructura básica de la narrativa autobiográfica, y luego de lo cual, cada participante practica lo aprendido: expone y escribe relatos de su historia personal en base a algún tema libre de su predilección.

Ayudados de lo que faculta, llamada tecnologías del yo, unido a las capacidades tecnológicas aptas para la comunicación vía on-line -sincrónica y asincrónica- se propone un viaje en el que uno mismo es el viajero, el camino, el paisaje y el destino.

En tiempo de pandemia, el taller se dirige a la población adulto mayor, sin distinción de nivel educacional o sociocultural, utilizando un sistema de enseñanza-aprendizaje online, expositivo, vivencial y participativo, otorgando relevancia para que cada integrante de distintos grupos por medio de su experiencia personal desarrolle sus capacidades y potencialidades literarias.

La metodología aplicada es flexible y activo-participativa, en donde la persona mayor a través de dinámicas grupales recrea algunas autobiografías famosas de nuestro país, realiza lectura de fragmentos de ello y/o propias con retroalimentación grupal con la finalidad de dar oportunidades amplias de participación, buscando rescatar el talento y dar expresión a la creatividad auténtica proporcionando un espacio lúdico en tiempos de confinamiento.

El progreso de cada participante en el Taller dependió de su compromiso con el logro de objetivos del mismo, proponiendo su participación activa en cada una de las dinámicas expuestas para las jornadas planificadas del Taller. Es importante, además, resaltar que cada participante estuvo dispuesto a la reflexión y compartir, cuando fue necesario, las experiencias que surgieron en el proceso. Nos sentimos orgullosos como programa de haber participado en este proceso con nuestros docentes que llegaron a más de 100 personas mayores en todo Chile, conociendo y reconociendo su gran aporte, así avanzamos a una sociedad más inclusiva para las personas mayores.

Corina Villarroel Campos
Coordinadora Universidad del Adulto Mayor UDAM
Universidad de Viña del Mar

Saludo de relatores

Memoria, sol y lluvia

Recordar implica dedicarse a pensar desde la nostalgia y emotividad. Eso hace que cada persona involucre un trozo de su vida cuando escriba sobre sí mismo, ese yo que involucra aventuras, tristezas, alegrías, sueños y fragmentos del vivir. Por eso estos relatos contruidos desde el yo presente mirando hacia un yo pasado, hace que formen parte de un capítulo de la intrahistoria de este país tan especial. Voces de Tarapacá y de Aysén han contruido ese gran relato de curiosidades, emociones y sabidurías que nos entregan a continuación, como una gran enseñanza de cómo se debe vivir y del saber envejecer de forma digna y sonriente. Con una pluma fuerte y certera, desde la distancia fría del extremo sur, así como esa luz candente del norte, nos relatan sus historias de antaño que han quedado marcadas como cicatrices en su memoria. El sol y la lluvia, el calor y el frío se entremezclan con terremotos, juegos de infancia, primeros besos y amores inolvidables que la memoria saca a la luz, en un ejercicio poético de entregar el corazón en la escritura de la vida.

Rodrigo Carvacho Alfaro
Magíster en Literatura Latinoamericana y Chilena
Región Metropolitana de Santiago

Contar la vida, habitar la vejez

En la sociedad compleja en que nos desenvolvemos, hay una serie de estereotipos que hemos ido derribando paulatinamente a lo largo de las últimas décadas y aceleradamente en los últimos tiempos. Uno de los más patentes ha sido el del sexismo y, en general, aquel que se vincula al género; también convivimos y luchamos contra los estereotipos de raza y de clase. Sin embargo, hay un violento estereotipo con el que coexistimos y el cual difícilmente detectamos: es el estereotipo de edad, visibilizado en recientes discusiones a partir del término edadismo o etarismo. Es este el estereotipo que de forma más transversal afecta a muchas sociedades porque supone una suerte de condena con que todos y todas vivimos gran parte de nuestra vida adulta: la de llegar a “viejos” y “viejas”. Es esta condena tan obvia (pero tan poco discutida), que creamos una serie de eufemismos para referirnos a las personas mayores: “abuelitas”, “tatitas” y otros términos afines, siempre en diminutivo, con un cerco de compasión por el hecho de las personas mayores tener una condición etaria hacia la que todos y todas transitamos, en un mundo donde –paradójicamente– alargar la vida es una obsesión.

El adultocentrismo y el culto a la juventud de las maneras más forzosas imaginables, nos han hecho renegar de las vejeces. Pero, felizmente, aquello está teniendo un giro y, hoy, las vejeces se están volviendo activas, están elevando las voces y están en un proceso reivindicativo que va in crescendo.

Y muchos de nosotros y nosotras, como personas adultas en plena “vigencia”, ¿cómo nos hacemos cargo de contribuir para fortalecer ese giro del que estamos siendo testigos y el cual, finalmente, solo va a redundar en beneficios para que efectivamente podamos

disfrutar de una vejez grata? La forma de hacernos cargo hoy es hacernos parte de este riquísimo proceso en cuanto canalizadores, poniendo nuestros conocimientos literarios, técnicos y pedagógicos al servicio de las personas mayores que no cesan en su afán por contar, escuchar, ser escuchados y escuchadas; en definitiva, en su afán de seguir protagonizando sus vidas adultas, ya plenas de experiencia y perspectiva.

Este libro digital da cuenta de nuestro interés genuino por abrir espacios a las personas mayores y caminar en vías de deponer la marginalización edadista en la que muchos y muchas viven, por causa del utilitarismo feroz en que vivimos, que sin duda nos desmenuza en lo individual y lo social y, repito, nos condena.

Contar la vida, habitar la vejez. Las personas mayores, embajadoras del futuro de muchos y muchas que leerán estos relatos variopintos, vienen aquí a abrirnos una ventana de sus copiosas vidas, en un acto desprendido del cual tenemos la fortuna de ser receptores y receptoras.

Silvia Donoso Hiriart
Doctora en Estudios de Literatura y Cultura
Región de Valparaíso

Valgan como ejemplo

En algún momento de la madurez de los pueblos, de las familias o de los individuos, se hace necesario volver la vista hacia el camino recorrido por las generaciones de las que procedemos, las cuales, surcando las épocas entre sufrimientos y disfrutes en familia, han llevado adelante la inefable aventura ya iniciada del vivir.

El recuperar la historia de los antepasados, directos autores de nuestra existencia, constituye un acto de alta valía moral que, junto con recatarles del olvido, afirma la identidad de un linaje y afianza los debidos lazos de consideración entre sus miembros; herederos y continuadores de un tronco carnal e histórico común.

Los relatos aquí presentados, hablan, y de manera especial, a los miembros de la presente generación, la que acosada por una exigente circunstancia que exacerba el individualismo, le recluye como individuos aislados, carentes de vínculos que trasciendan lo circunstancial, y en donde el número de su cédula de identidad, resulta más requerido que su apellido.

Serán precisamente los apellidos, por su naturaleza invariable, la pista más recurrida en los trabajos genealógicos aquí expuestos, pues es en ellos, en donde se manifiestan como un signo de identificación entre iguales, y que se retransmite de generación en generación, y actúan como medio de cohesión entre todos los miembros de una misma prosapia, es decir, de una misma y antigua aventura de vida.

Si estimamos que la familia está en el origen de la especie humana, y que es una institución que se autoproduce, entendemos que es en su seno, en donde se da lugar a las relaciones intergeneracionales, padres, nietos, abuelos; en donde se transmite tanto la lengua materna,

como la experiencia de cada generación. En tal sentido, es que estos textos genealógicos vienen a enriquecer el patrimonio e identidad de cada familia

Valgan como ejemplo.

Mario Gutiérrez Cifuentes
Licenciado en Historia
Región de Valparaíso

Agradecer, nutrir, recorrer

“Rico no es el que más bienes tenga, sino el que más comparte teniendo nada”.

(*Nicolás Lanfranco, Taller Autobiografía, Los Lagos*)

Una de las cosas que nos ha traído la pandemia es la capacidad de adaptarnos a nuevos entornos y el que nos ha desafiado en mayor medida ha sido el entorno digital. En este contexto, recibí la invitación a participar del Taller de Autobiografía convocado por Senama en modalidad virtual durante noviembre de 2020.

Esta experiencia desplazó completamente mi rol de mediadora y guía del proceso de escritura, por el de aprendiz. Y es que muchas veces pensamos en la escritura como un resultado, como “poner en palabras” aquello que pensamos, pero olvidamos que la escritura es un proceso de creación. En este breve encuentro de un mes, logramos compartir nuestras visiones de la vida, nuestros recuerdos y nuestras luchas del presente. Pudimos acompañarnos por un breve momento entre el caos y la ansiedad que el contexto de la pandemia nos ha dado.

Los talleres de las regiones de Antofagasta y Los Lagos estuvieron conformados por personas sabias, amorosas, entretenidas, pero, sobre todo, muy talentosas. Estoy segura que los textos que aquí se incluyen serán del completo agrado de los lectores. En ellos hay reflexiones de vida, gratitud, afectos y también algunos naufragios.

Estos regalos que aquí nos dejan los participantes de estos talleres nos enseñan a agradecer, a perdonar, a nutrirnos y a reconocer que hemos llegado hasta aquí luego de todas las generaciones que nos han cargado hasta el presente. Somos el fruto del esfuerzo, de los amores y desamores de nuestras familias y estas experiencias dejaremos a nuestros brotes para que el bosque renazca.

Noemí Sancho Cruz
Doctora en Literatura
Región de Los Ríos

Arica y Parinacota

Mi primer viaje

*Patricia Román Moraga
comuna de Arica*

Era la primavera de 1960; ese invierno ocurrió el gran Terremoto del sur de Chile. Su hermana decidida a dejar Santiago e irse a trabajar al norte, lleva la idea de viajar con su única hermana de 18 años. Piensa mucho en lo que pueda decir por ser tan niña. Nunca pensó que la respuesta sería un rotundo sí, sin pensarlo, sin saber cómo era el lugar, sin saber a qué se enfrentaría a miles de kilómetros de su entorno.

Ella, una niña de 18 años, llega al aeropuerto de Santiago para emprender el viaje que cambiaría su vida. Qué importancia tiene que sus padres y su novio lloren; quiere saber qué hay más allá y, si está el mar -con lo que ella siempre ha soñado-, mejor aún.

Llega a su destino después de muchas horas de vuelo; encuentra un paisaje seco y un galpón por aeropuerto, pero eso no importa.

Sabe lo que siente, que esto es lo que busca, qué mejor. Deja su barrio de antiguos adoquines, sus amigos para ella importantes, la lluvia, los cambios de estaciones por un paisaje árido donde todo el año es igual. Tiñe su piel blanca con el inclemente sol abrasador.

Pero en cambio disfrutó del mar, que era lo que siempre quiso; disfrutó de los bellos cerros áridos que cambian de color según las horas del día; de un río que bajaba una vez al año y era el espectáculo de la ciudad. Y, lo más importante, encontró al amor que ella buscaba.

Soy el mismo aeropuerto que te recibió hace 60 años; más moderno -como tú has ido viendo mi cambio-, pero el lugar es el mismo.

Te recuerdo con tu pelo dorado peinado en trenzas que volaban con el viento. Y tus ávidos deseos de ver todo, habiendo muy poco.

Lo has hecho cientos y quizás miles de veces y siempre estas feliz de ir y volver.

Te recuerdo partiendo de novia, viajando con tus hijos, nietos y siempre volviendo feliz mirándome con alegría al aterrizar, por la ventanilla del avión que te trae de regreso.

Solo recuerdo un triste momento, el peor de tu vida: cuando me tocó recibir los restos de tu adorado esposo. Sufrí contigo al ver tu desesperanza; pensé que no te vería más.

Enjugaste tus lágrimas y seguiste con tu vida, y otra vez nos reencontramos y me sentí feliz de volver a verte partir y regresar. Gracias por no abandonarme.

Ya he olvidado muchas cosas; creo que la adrenalina de enfrentarme a un mundo desconocido me borró detalles. Cuando supe que me venía a esta ciudad nada me hizo dudar.

Y así han pasado 60 años de mi hermosa vida. Formamos un hogar con el hombre que conocí el mismo día que llegué a esta ciudad, que sin duda me esperaba, como yo lo anhelaba. Tuvimos cuatro hijos, de los cuales tenemos diez nietos y dos bisnietos.

Nunca podría abandonar mi amada Arica; me quedaré hasta la eternidad junto a mi amado esposo.

Siempre tuve un sueño que se repetía: iba al fondo de un jardín y encontraba una puerta, al abrirla aparecía ante mí un inmenso campo verde con pocos árboles y yo corría, saltaba y era muy feliz, hasta que llegaba el momento de abandonar el lugar y salía con la esperanza de volver. Fue muy recurrente.

Al encontrar lo que buscaba y que sabía lo encontraría, nunca más se repitió el sueño.

La primera vez

María Verónica Pradenas Bastías
comuna de Arica

Hoy les contare cómo fue la primera vez que Marivé fue a conocer el mar.

Marivé tenía 6 años. Según me cuenta, no durmió esa noche pensando que pasaría un día de verano junto a la familia en la playa de Cartagena, en el litoral central. Como es tan entretenida, levanto la mirada hacia ella y en su rostro se refleja una sonrisa.

Sus ganas de conocer y experimentar nuevas vivencias en el mar, dice Marivé que la pusieron muy ansiosa

Cuenta: “Bajé de la micro que nos transportaba junto a mi familia, amigos y vecinos; de lejos divisé el mar y mi ansiedad aumentó; quería llegar al mar antes que todos, así que puse los pies en la arena, comencé a correr y correr y no me fijé en la pequeña roca que había en el lugar; entonces me caí de bruces sobre la arena con la mano doblada, lo cual me provocó una fractura en la muñeca”.

Ese día estaba gris y con mucho frío, dice ella, sobre todo en la mañana. Mientras compartían el desayuno, hablaban sobre la caída de Marivé.

Marivé comenta:

“¡El dolor de mi mano era intenso! Pero no me importó, lo pude tolerar. Sentada sobre la arena, podía ver los destellos del sol sobre la gente que se bañaba; observé la alegría de todos ellos e imaginé que eran peces felices chapoteando en el agua. No me pude bañar y

jugar en el mar, pero pareciera que la brisa marina aún toca mi piel”.

Marivé se ve feliz al recordar ese día. Pero tiene aún más para contar. De regreso de su primera vez, las amigas del barrio la esperan para que cuente lo vivido.

“A mis amigas del barrio en Colina no les conté de mi caída, solamente les dije que tenían que ir a conocer el mar y vivir esa experiencia, porque es maravillosa”.

Marivé es mi amiga. Nos conocimos en Arica. Aprendió a nadar ya de grande. Vive a quince minutos del mar, playa, puestas de sol y cada vez que se sienta en la arena deja que esa brisa marina toque su piel, según dice.

Algunas veces nos juntamos a contar historias con las cuales reímos mucho. La miro y muy convencida le digo: “Marivé deberías escribir tus historias”

De extremo a extremo

Lucía Pérez Castro
comuna de Arica

Crecí en la Quinta Región. En una hermosa parcela con árboles, jardines, muchas frutas, con todo lo lindo que tiene un vergel; pero por razones familiares muy fuertes de repente estábamos en el norte, en Calama, un cambio extremo, un desarraigo total; todo era seco, feo, árido, pero nada que hacer.

Pasó el tiempo, me casé, tuve a mis cuatro hijos, viví por más de 20 años en Chuquicamata. Y de nuevo un día, por razones de trabajo me encontré viviendo en Rancagua, en el verde, los árboles, los jardines y las frutas. No sé por qué la vida insistía en llevarme de un extremo a otro. Pasaron unos años y me encontré en Arica. Ya lo conocía, mi esposo estudió en la Universidad del Norte, en unas vacaciones y vine de luna de miel. En ese tiempo, yo pensaba que cómo había gente que podía vivir tan lejos de todo. Y ahí estaba yo. Fue muy terrible; estaba triste, enojada, todo era feo, despintado, reseco y todos los días durante mucho tiempo solo me quería ir de aquí. Fue sin darme cuenta cuando empecé a descubrir lo maravilloso de su clima, su gente, sus playas, sus valles, la variedad de frutas y verduras y me enamoré por completo. Ahora esta es mi tierra, donde quiero quedarme por siempre. Soy una ariqueña de corazón. Arica siempre Arica. “No más desarraigos”.

Mi flamante delantal a cuadros

*Lidia Bartolo Guerrero
comuna de Arica*

Apenas siento la campana de la escuela, tomo de la mano a mi hermana chica y echo a correr a todo lo que dan mis piernas. Eso no sirve de mucho porque al llegar a la reja el profesor de turno ya la está cerrando y nos deja afuera, mientras adentro los alumnos empiezan a entonar, como cada día lunes, nuestro himno nacional.

Terminado el himno, los alumnos atrasados, que sólo somos tres, tenemos que ubicarnos en el estrado donde se acostumbra a exhibir a los impuntuales. Ahí es donde empieza mi drama. Parada como en exhibición frente a todo el alumnado me doy cuenta de que, justo ese día lunes, mi mamá tuvo la inspiración más extraña que yo recuerde: cuando mi hermana y yo estábamos muy peinadas y con el albo delantal acostumbrado puesto, listas para irnos a la escuela, puntuales como siempre, nos sacó ese delantal y nos puso unos de cuadros que ayer había retirado desde donde la modista.

Los delantales nuevos no son feos. La tela es de cuadros grandes en tonos blancos, gris y celeste. En cada costado tienen unos enormes vuelos que van desde la cintura delantera a la trasera y atrás se cierran con un gran rosón. No son feos, pero sí bastante llamativos. Y ese es el problema porque ahí, parada en el estrado, siento que los doscientos ojos del alumnado se dirigen hacia mí o quizás, peor aún, hacia mi delantal a cuadros.

Para completar la escena, siento que un vientecillo juguetón se engolosina travieso en mover como alas de mariposa los enormes vuelos de mi flamante delantal mientras yo, llena de angustia y vergüenza, estoy a punto de llorar. Y no se trata de que tenga miedo de enfrentar público porque desde primer año aprendí a recitar o hacer declamaciones patrióticas en los actos matinales de los días lunes. También en las veladas de 21 de Mayo o Fiestas Patrias muchas veces me tocó, junto a otros compañeros, actuar o bailar en un teatro lleno de alumnos y apoderados. Pero eso era diferente porque la actuación estaba preparada y ensayada. Ahora no hubo ensayo y no se trata de un número artístico.

Vuelvo a mi lugar acostumbrado en la formación donde espero encontrar más de alguna sonrisa burlesca de mis compañeros pero, extrañamente, no pasa nada. Tampoco pasa nada al entrar a la sala porque mi profesora parece ignorar mi extraño atuendo. La clase se inicia en la forma acostumbrada: nos revisan las tareas, salgo a la pizarra a resolver un ejercicio de división, vuelvo a mi asiento, tocan la campana que anuncia el recreo, y todo transcurre como siempre, nadie mira mi delantal, pero yo sé que lo llevo puesto y los vuelos insisten en batirse como alas de mariposa.

Durante el recreo tres de mis compañeras dibujan en el suelo el avioncito con cajones numerados y me llaman para jugar “al luce”. Yo hago como que no escucho y me quedo sentada en un rincón, cobijándome del viento para evitar que se muevan las alas de mi delantal.

La mañana escolar se me hace eterna. Apenas siento la campana que anuncia el fin de la jornada, busco en el patio a mi hermanita chica y tomada de su mano me voy caminando rapidito hasta mi casa donde ¡al fin! me saco mi flamante delantal a cuadros.

Tarapacá

Amigos por siempre

*Lucila del Carmen Santiago Alfaro
comuna de Alto Hospicio*

Esa mañana de sábado de septiembre, en el pueblo de Limache, en la quinta región, nos fueron a buscar en una carretela tirada por un caballo café, para pasar el día con la familia de mi alumna Marcela, la cual se quedaba en mi casa. De lo contrario, ella tendría que haber caminado cinco kilómetros, todos los días, a la escuela del pueblo y la niña, lamentablemente, estaba enferma.

En ese tiempo yo la llevé al hospital, compré la receta de sus medicamentos, encariñándome mucho con ella, incluso pasando a ser otra hija más. Estoy segura que con el amor y cariño que le entregábamos se mejoró muy luego. Por esto, con gozo paseábamos todos los sábados del pueblo al campo en la carretela, sentada con mi pequeña hija en brazos, tenía 6 meses de edad, y mi hijo con su mochila en la espalda cargado con sus juguetes. La ruta era de tierra, con hoyos, zarzamora a sus costados, después un bosque de eucaliptus, que se percibía y sentía como los árboles hablaban crujendo, hacia un lado y el otro, sus ramas largas y verdes. En el camino se ven pocas casas y animales, pero era todo muy verde.

Llegamos para compartir, por primera vez, la fiesta de septiembre. Al bajar se sentía el aroma de pan amasado y empanadas, elaborados en el horno de barro que estaba detrás de la casa de adobe que visitábamos, con una ramada, donde se veía la mesa larga, sillas, bancas, lozas, cocinas y todo el resto de la familia. La hija mayor, Rosa que es la cocinera de la casa, la señora Inés, la madre, muy

conversadora, todas muy limpias y vestidas de china. Don Orlando, el padre, un caballero moreno macizo, alto, callado y de pocas palabras. También le dicen el juez, porque decide los problemas que se presentan en el hogar. Además, encontramos a José, hijo pequeño de Rosa, quién al instante se hizo amigo de mi hijo mayor Miguel Ángel. Los divisamos corriendo y jugando a los caballos, usando palos, por supuesto.

Después de almuerzo fuimos a bañarnos en una poza que existe en su terreno. El día se hizo corto, entre chapuzones y piqueros, tomados de las lianas de los árboles, sus ramas se movían con el viento como el cabello que se mueve de alegría y de gozo en un lindo día, haciéndolo mucho más atractivo los sauces que estaban en la orilla de la poza. Ese fue el primer día de muchos que pasamos junto a la familia Maldonado. Fines de semana completos ayudándolos en la cosecha de papas, porotos verdes y moras.

Muchas veces nos regresábamos caminando, de noche, con miedo, porque contaban que aparecía el diablo en el camino, caracterizado como una gallina con pollos o un perro negro con dientes blancos o un burro que comenzaba a crecer o un hombre de negro muy bien vestido, así como también un duende de oro. ¡Por suerte! Jamás vimos nada, pero servía para caminar más rápido, sin parar, hasta llegar a nuestra casa.

Así, todos los fines de semana partíamos a la casa de nuestros amigos y comadre, ya que, al pasar los años, mi alumna Marcela se enamoró y casó, agrandando la familia. Y como un lindo regalo de amistad, me dio su primer hijo como ahijado. En bicicleta, a pie o carreta, no importa cómo llegáramos, siempre nos estaban esperando con leche de vaca calentita y pan amasado.

Muchas veces, los dueños de casa me pedían a mi pequeña hija para acostarla en las camas, porque siempre quisieron tener una nieta. Participábamos como familia en acontecimientos de deporte, fútbol, año nuevo, pascuas y cumpleaños. Siempre los recordaremos como los familiares que se hizo día a día en diferentes acciones de amor.

Don Rogelio y los huesos

*Julio Mendoza Videla
comuna de Alto Hospicio*

El sector de Villa Santa Rosa, a pesar de tener mala iluminación en la década del cuarenta, era un sector tranquilo y marginal con viviendas de trabajadores. Casi no existía el grado de violencia actual con robos u otro tipo de males. Las personas vivían de forma tranquila, los niños jugaban en todas las calles de ese sector. En las tarde, casi cincuenta niños y niñas se divertían en juegos colectivos, rondas, saltos con la cuerda o grupos que se enfrentaban cantando y retrocediendo, cubriendo con esos juegos la calzada completa en un suelo de tierra, con ritmos calculados y cantados, reían y corrían con mucha alegría.

Las casas, durante el día, cerraban la puerta de calle y cualquier persona podía entrar tirando el cordel que estaba en la entrada, cosa imposible ahora en un barrio marginal. Años después, las pichangas en las calles eran cosa diaria: se corría y jugaba a la pelota hasta que esta no se veía al desaparecer el sol. El que iba llegando, preguntaba en qué lado se podía jugar y lo asignaban disfrutando sin ninguna mala intención.

Si alguien sufría una lesión lo llevaban donde don Rogelio el que le aplicaba un “Vengue” que era una crema de hierbas muy pasosa al oler. Lo frotaba, le hacía un masaje y el toque maestro para ubicar el hueso dislocado, mal ubicado o sobresaliente. Este toque maestro lo hacía ubicando el daño con el masaje, distrayendo al enfermo haciéndolo extrañas preguntas y sin darse cuenta, colocaba la pieza en su lugar. Algunos, incluso, seguían jugando de inmediato, era

realmente un milagro. Los jugadores de dos equipos profesionales se atendían con él, al igual que nosotros. Llegábamos con pies quebrados y siempre nos dejaba en perfectas condiciones. Le teníamos tanta confianza que cuando años después trabajaba en la mina sufrí un golpe que me dañó las costillas y un dedo. En la mutual, el médico me dijo: tienes para un año y te seguirán molestando las costillas.

Fui donde Don Rogelio y me ubicó el dedo en su posición terminando con la hinchazón y el dolor. Quedó perfecto. Volví al otro día y le dije “arrégrame las costillas”. Él me respondió que por qué no le había dicho el día anterior. Me saqué la camisa y se dio cuenta que mis costillas estaban hundidas. “Mírate en el espejo”, me dijo. Y realmente así estaban. Hizo que me acostara en sofá y no permitió que tomara un medicamento. “Tengo que saber dónde te duele”. Con un palito y una ventosa grande, compuesta por una velita, una moneda y un vaso, me ubicó las costillas. Al fin pude respirar bien, se me pasó el dolor, pude dormir bien y recuperé mi sonrisa perdida.

Al cabo de un mes estaba muy bien. En la mutual el médico me dio de alta. Ellos pensaban que me habían sanado. Este arreglador era casi milagroso. Un detalle importante era que cuando me venían a chequear de la mutual debía tener el dedo vendado, con la latita que me habían puesto y las costillas vendadas, junto a los remedios en orden. Si eso no ocurría podía perder los derechos de la licencia médica

Finalmente, recordar a Don Rogelio es un hecho importante de mi memoria. Considerando que el sanador me quitó el dolor del dedo y de las costillas, recuperé la movilidad y desapareció la hinchazón, su recuerdo en mi vida es una buena recompensa por todo ese suceso.

Recuerdos del barrio de mi infancia

Manuel Humberto Castro Téllez
comuna de Iquique

Siendo la infancia una de las etapas más importantes en la vida de las personas, donde hay alegrías, dolores, risas, llantos, picardías, vergüenzas, espantos, etc. es sin duda, una época inolvidable. Pero junto a esa vorágine de experiencias, está el barrio y los amigos, dos amores que son eternos.

El Morro es mi barrio, ubicado en la costa de mi ciudad celeste, llena de sol y mar, nació con el puerto, barrio de pescadores. En él había un regimiento, una iglesia y una hermosa playa. En ese mundo tan diverso y lleno de vida tuve muchas aventuras durante mi infancia. Imaginen ustedes cómo por esas calles terrosas y polvorientas recorrí a “pata pelada” de norte a sur, día y de noche. En ese deambular, aprendí la disciplina de mi abuela, el compañerismo y la solidaridad de mis vecinos y el inolvidable encantamiento de los primeros amores.

Nada más esperado que el domingo, sobre todo la serial de la mañana y el Paco Ladrón en la Plaza Prat. Nada más orgulloso que el desfile por el colegio y el viaje en bote a la boya el 21 de mayo. Pero, sin duda, uno de los momentos más importantes para mí era la pichanga de fútbol, tanto en las calles, en la playa o ese suceso de honor que se sentía al pisar la cancha de fútbol.

El fútbol era, sin duda, una de las cosas más importante para un niño iquiqueño. Formaba parte del diario vivir y de sus sueños. Vivíamos con una pelota en los pies, ya sea de goma o de trapo, era la

fiel compañera de siempre, cuando íbamos a comprar, a la escuela o a la playa, y hasta descansaba con nosotros junto a la almohada.

Jugar por el club del barrio y ser titular era un logro por lo que luchábamos todos los chiquillos en nuestra cuadra. Además de ser bueno, había otro requisito: tener zapatos de fútbol. Privilegio y lujo que no todos podíamos tener, por eso que el sábado comenzaba el largo peregrinar por las casas de los vecinos para conseguirlos. No importaba el número, lo rellenábamos con calcetas o papel. Si no tenías, no jugabas.

Por eso que ese día viernes, cuando en la tarde mi abuelo llegó a casa con una bolsa y una sonrisa en su rostro, internamente sentí que algo bueno se venía.

-Toma- me dijo, pasándome la bolsa, la abrí, miré hacia adentro y metí las manos: era un par de zapatos de fútbol. Grité: - ¡Zapatos de fútbol! y volví a gritar, corrí y bailé.

Cuando se me pasó la euforia, corrí hacia mi abuelo, lo abracé y besé.

-Gracias, Abuelo-, le dije emocionado.

-Los compré en el paradero de la plaza, me los vendió un turquito, son usados, pero están como nuevos-, me dijo como disculpándose.

-No me importa, los voy a lustrar-, dije entusiasmado y salí corriendo.

-Ahora seré titular con zapatos propios- Esa noche soñé jugando en el estadio municipal.

* * *

A veces nos aventurábamos, sin que supiera mi abuela, más allá de los límites del barrio. Íbamos a la Caleta Riquelme a andar en bote o pasábamos al Club de Box para ver los entrenamientos donde los más osados se calzaban los guantes, era una “choreada”.

Nos devolvíamos por las calles tocando timbres. Una vez me sorprendió mi abuelo y me castigaron una semana sin salir, era el costo de las travesuras. Fueron muchas las veces que pasé leyendo castigado en la cama. Allí la colección de Papelecho y de Emilio Salgari fueron mis compañeros infantiles.

Para un morrino, el mar es parte de su hogar, es el patio de la casa, donde se juega a la pelota, donde se baña, donde aprende a caminar por la arena caliente y por sus rocas, es allí donde se conoce el mar por dentro, buceando y mariscando, mi primer ring y los primeros llantos. Donde conocí el sabor del primer beso, donde respiré y viví mi niñez. No saber nadar para un morrino, es un deshonor, no lucirse con un piquero desde la Roca la Puntiguda, es no poder ser choro o galán.

Viví mi infancia y adolescencia en ese mundo costero, conocía la playa desde punta a punta, me codeaba con toda la fauna de Changos que convivíamos. No conocía otros balnearios, sólo los divisaba en los paseos en micros. Por eso cuando cumplí 10 años, mi amigo Pirulo me invitó a bañarnos a la piscina municipal, yo me entusiasmé. Allí sólo asistían “algunos”, porque era pagada: otro nivel Manolo.

Había que ir vestido, no como yo estaba acostumbrado a ir a la playa. Debía llevar toalla para secarme y hasta me conseguí con el vecino un traje de baño de marca. Me quedaba grande, pero le hice unas amarras y listo. Nos cambiamos en los camarines, dejamos la ropa en los casilleros, me convidó un aceite para la cara y de ahí a las gradas a tomar sol. ¡Tiraba una pinta!

-Tú te bañas en la piscina chica- me dijo.

- ¿Cómo se te ocurre? Me baño en la grande- le dije, mirando a las niñas con las que nos habíamos juntados.

Bajé corriendo las gradas y me subí al andarivel, (ahora hago la palomita, me dije internamente), respiré profundamente y me lancé volando por los aires. Al contraer el cuerpo, la amarra cedió y el traje de baño voló junto conmigo. Cuando aparecí entre las aguas, vi

mi traje de baño flotando más allá. Lo recogí y nadé a poto pelado hacia el otro lado de la piscina. Nunca más me bañé en la piscina, total ¿Para qué? Si tenía la mejor playa del mundo la Bellavista.

Relato autobiográfico

*Margarita Soto Clavel
comuna de Iquique*

Llegué a este mundo un doce de julio de 1947 en la oficina salitrera Francisco Vergara de la región de Antofagasta. Mi padre Manuel fue Carabinero y mi madre Genoveva dueña de casa. Fui la séptima de ocho hermanos, estudié en la Universidad de Chile, la carrera de Orientadora para el Hogar. Estoy casada por 50 años, más nueve de pololeo. Soy madre de dos hermosos hijos, hoy profesionales Marcela, quien es abogada, y Leonardo, Oficial del Ejército de Chile. Ellos me han dado cinco nietos: Fernanda, Augusto, Catalina, Ignacio y Cristóbal. Viven lejos de mí, haciendo su propia vida.

De repente, sin darme cuenta, mi nido quedó vacío y ellos emprendieron el vuelo para ser profesionales y hacer realidad sus sueños. Ya había cumplido con mi familia, ahora, miraba a mi alrededor y me encontraba sola con mi marido. Una muy querida amiga me cuenta que está en un grupo de adultos mayores, donde ellos se entretienen jugando lota y juntándose con otras señoras, haciendo manualidades, artesanías, tejido, etc. De verdad no era lo que yo esperaba, ya que me di cuenta que los dirigentes se elegían dedocráticamente, y eso me motivó a indagar y llegué al IPS hoy INP, donde se capacitaba a los mayores que trabajaban con ellos. En ese lugar empezamos a conversar de temas importantes y contingentes y se nos presentaron los estatutos, en donde a través de la ley aprendimos a cómo elegir una directiva y qué rol cumple cada socio.

Ahí aprendimos acerca de los derechos, la dignidad y el respeto a los mayores. Esto hizo que nos uniéramos como dirigentes. Es por esto que llegamos a formar y constituir organizaciones sin fines de lucro como lo es hace 14 años la Unión Comunal Adultos Mayores UCAM. Desde ese momento importante en mi vida, sigo trabajando con y por los mayores. Actualmente soy parte del consejo asesor regional de adultos mayores Tarapacá, también soy consejera de Senama Regional.

Ahora después de 13 años queremos dejar a las generaciones jóvenes, que serán los mayores de mañana, mejores condiciones de vida (que se mejoren los sueldos, pensiones, viviendas dignas, salud gratis).

Bajo el alero de UCAM un porvenir mejor para el adulto mayor de Iquique está por venir. Hemos formado un grupo de teatro y artístico Leonora Latorre donde tenemos artistas de 65 a 94 años, en donde ya hemos presentado innumerables obras de teatro. También formamos el Club Cibernético Ganas de Vivir, así como el grupo folclórico andino de adulto mayor Vivencias Nortinas. Como la cultura no falta, ya he participado en talleres de literatura. A todo el mundo les digo que si tienes un sueño alcánzalo y realízalo.

En este caminar, también soy conductora de un programa de radio La voz del adulto mayor, en Radio Bravissima que ha ocupado el dial por más de 10 años. Un programa echo para los mayores de la región. Esto me ha hecho crecer como persona y me siento realizada de tener una vida plena, donde soy valorada como persona. Así como también colaboradora en un diario local.

Ahora los dirigentes quisiéramos un cambio cultural, cambiar la mentalidad, ya que ahora estamos siendo escuchado, nuestra opinión vale mucho, se han abierto espacios, nosotros nos damos cuenta que todo lo podemos intentar sin bajar los brazos. Por eso hago un llamado a las autoridades, es ahora que necesitamos mejorar las condiciones de vida. No tenemos futuro, ese lo estamos viviendo, el pasado ya fue, por eso es ahora o nunca, donde debe-

mos sacar a los mayores de la indivisibilidad en que nos tiene la sociedad, mírennos como sujetos de derechos y no como sujetos de beneficios

Para finalizar, al participar en el en el taller autobiográfico me pregunto quién soy yo ahora. Y mi respuesta sería: soy una mujer de 73 años, una persona que piensa, siente, ama, que ha odiado, de carácter muy fuerte, esposa, madre, hija, suegra, nuera, abuela, de pocos amigos. Una mujer que sigue enamorada del amor y que lucha por sus sueños.

Antofagasta

Mar de Mejillones

Silvia Rojas Arena
comuna de Mejillones

Rugió toda la noche
Como un león herido
Y se puso en alerta
Toda la población
De pronto todas las olas
Arrojan de sus entrañas montones de piedras
Huiros y muchos caracoles
Los pescadores asustados
Quieren salvar sus barcas
El mar está muy malo dijo un pescador
Los botes tan pequeños
Entre las bravas aguas
No se alcanzó a hacer nada
La barca ahí quedó
Tendida en la arena
Las tablas hechas astillas
Mostrando su esqueleto

La barca ahí quedó.

La partera

*Rosa Irene Bejar Vásquez
comuna de Antofagasta*

Bellavista #225.

A hí vivía la partera, así la llamaban. Una mujer menuda, irradiaba paz en su semblante, ella atendía a las mujeres de su barrio, recibió a muchos niños y niñas. Era una mujer santa, muy de iglesia y de buen corazón.

Era madre de 5 mujeres y 4 hombres.

Vivía arriba del cerro, en una casa, con escasos recursos, para llegar a ella, había que cruzar un puente y subir el cerro, vivía rodeada de plantas, árboles y animales.

Su brasero siempre estaba prendido, con la leche hirviendo y el pan amasado. Ella quería a su amado valle, donde nació y formó su familia; lavaban ropa ajena, no sabían de electricidad, cocinaban a gas. Su vida fue entre planchas y lavadas y traer niños al mundo.

Se escondía en la iglesia del barrio a rezar y pedir por los demás.

Esa fue la vida de la partera:

Doña Rosa Vásquez Vásquez.

Mi recordada abuela.

Martín Alfonso

Evelyn Pérez Salgado
comuna de Antofagasta

En el edificio céntrico de mi hermosa ciudad, nos encontramos aquella tarde de agosto. Tuve una discusión muy acalorada con mi hija del medio, así es que me sentía muy amargada, a pesar de que también había dicha dentro de mí, pues mi hija menor estaba de vacaciones con nosotros.

Tomé la decisión de ir a visitar a mi hermana en la casa de mis padres, estaba compartiendo con ella, cuando de pronto aparecen dos de nuestras tres hijas y me dicen: “tenemos que hablar”. “¡No!”- les digo yo. Y ellas me dicen: “síiiiiii”. Sus caras reflejaban inquietud, cautela y nerviosismo. “Niñas”- repliqué- “su hermana mayor nos invitó con papá a cenar, no puedo”. “¡Mamá son cinco minutos! Nada más”.

Me hicieron subir al auto y estacionaron en la avenida Brasil y antes que dijeran nada, le dije a mi hija que iba manejando “¡Claudia estás embarazada!”. Ella me dice “¿quéééé? No”. Entonces miré hacia atrás y Javiera con su pololo me dicen, con un gesto, que no era Claudia. “Javiera -pregunté- ¿estás segura?”. “Me hice un test y salió positivo”. Miré al pololo y pregunté: “¿Tú que piensas?” y él responde: “yo respeto lo que ella decida, si quiere abortar la apoyo y si quiere tenerlo también, pero es su decisión”. Miré a mi hija y ella me dijo: “mamá si tú dices que no lo tenga no lo haré”. Antes que continuara, le repliqué: “esto ya lo habíamos conversado, la que quedara embarazada (independientemente del contexto), lo tendría, sí o sí. Nuestra familia es creyente y apostamos por la vida, pero

primero ve a la clínica y realízate un chequeo médico, quiero estar absolutamente segura antes de contarle a tu papá”.

Me dirigí nuevamente a la casa de mi hermana y esperé a que mi esposo me fuera a buscar. Fuimos a un restorán chino, nuestra hija mayor estaba feliz, pues era su primer sueldo y quería compartirlo con nosotros. Durante la cena, trataba y me esmeraba en ser parte de la conversación y no podía; no podía probar comida, no me pasaba, se me quedaba en la garganta y no pasaba, no daba más de los nervios. Mis dos hijas habían quedado en llamar para confirmar, pero me pidió ella decirle a su padre, todo esto se hizo eterno para mí; de pronto, mi hija mayor dándose cuenta que algo me ocurría, me dice “¡Ya mamá, ¿quién está embarazada?!” -sonriendo. Cuando vio mi cara de espanto, me dice “¡nooo!, ¡es verdad!” Y mi esposo me dice “¿Qué?! y aguantando más, le dije: “Sí, Javiera me confirmará en cualquier momento”. Terminó de decir esto y mi hija Claudia llama y dice: “Sí mamá, confirmado”. Le respondo: “Tu hermana adivinó, vayan a casa, ahí conversaremos”. Le confirmé a mi esposo y él se puso a llorar amargamente.

Nos fuimos del restaurante y llegamos a casa. Ahí estaban los tres: ¡Papá! -le dice mi hija-¿qué piensas!?, y él contesta: “te cagaste la vida, ya no podrás pensar por ti, decidir por ti. Serán dos, no uno”. Eso a ella fue lo que más le dolió. El padre del bebé dijo que estaría apoyándola en todo. Les dije: “creo que es importante que tus padres también lo sepan, que no se sientan postergado”, lo hicieron.

Así comenzó nuestra gran aventura como abuelos.

Atacama

Historia familiar de Berta Luisa Gallardo Orellana

*Rosana Deyse Valdés Gallardo
comuna de Caldera*

Berta Luisa Gallardo Orellana, nació en Caldera el 23 de enero de 1923, hija de Juan Alberto Segundo Gallardo Olivares (Tito), nacido el 18 septiembre de 1902, y de Luisa Efigenia Orellana Iribarren, nacida el 20 de septiembre de 1901, quienes tuvieron 14 hijos, conservando a 11 de ellos: Odila Orellana y Aura Orellana, hijas naturales de Luisa, y Berta Luisa, Juana, Miguel Ángel, Luis, Eduardo, Geraldo, Orlando, Bruna y Juan, hijos del matrimonio.

Su padre realizó múltiples trabajos para sacar adelantes a los hijos. Trabajó como administrador de una pequeña hacienda, cerca del Estación Caserones, Monte Amargo. Al quemarse su casa, se van a Caldera, y trabaja aplanando mineral en las canchas de la playa Brava de Caldera, y entregando el mineral a la caja de Crédito Minero; vendía agua en su carreta tirada por caballos, al Escorial, Fundición que funcionaba en la playa Negra de Caldera, y a la población en la Marina Mercante. Trabajó, además, como estibador y como pescador, construyendo sus propias embarcaciones con madera especial, y forrada con cuero de lobo.

En una oportunidad en alta mar, con sus amigos Lázaro Marín y Guillermo Ernesto Anfossi Bascuñan (Tito), se encontraron con tiburones y, mientras dos remaban, el otro con un balde golpeaba la embarcación para ahuyentarlos. Según el abuelo, tuvieron mucho miedo.

Al jubilar se dedicó a cuidar burros y caballos, llevándolos a pastar y traer pastos de las haciendas cercanas, como María Isabel, Monte Amargo, a la Quebrada de las Higueras, Las Salinas y al Corral de los Burros de Caldera, acompañado por sus nietos: Arcadio Eugenio Valdés Gallardo y Juan Navarro Gallardo, además vendían agua a la población, e iban a buscar leña para calentar el horno para cocer las empanadas, y hallullas que Luisa amasaba, y en tiempo de los choclos coser las humitas, y los pasteles de choclos, que Luisa cocinaba. Luisa no solo era dueña de casa, sino también, igual que su madre; Efigenia Orellana Mauna que era enfermera, aprendió a curar dolencias como: problemas estomacales de los niños (empancho), tirándoles el pellejo (colocar al niño en la cama de guata y subir la piel de las vértebras por tres lugares cercanas al estómago, para despegar lo que estaba pegado), y darle aguas de paico y carbón o sulfá por tres días, y en últimos días, una cucharada sopera leche de magnesia o aceite de risino. Luisa le gustaba mucho cantar y tocar la guitarra, cuando estaban de cumpleaños Juan Alberto, Segundo (Tito), 18 de septiembre y ella el 20 de septiembre, venían muchos amigos de las Haciendas y lugares del campo. Llegaban mineros y pescadores, se realizaba una fiesta, que duraba varios días y ella cantaba con su voz lírica, hermosas canciones folclóricas de la época, él tocaba el acordeón, y al crecer su hijo más pequeño Juan Gallardo Orellana, tocaba y cantaba hermosos boleros.

Berta Luisa aprendió de muy pequeña a cuidar a sus hermanos, quienes la respetaban mucho. Sólo llegó a segundo básico, no le permitieron ir más a la escuela, tenía que cocinar a los siete años, lavar la ropa, plancharlas y almidonarlas. Tuvo una niñez y adolescencia muy dura. Al nacer su hermana Bruna Gallardo Orellana y cumplir los años para ir a la escuela, la manda estudiar escondida de sus padres, para que, aprendiera a leer, y fuese distinta a los demás hermanos, con la ayuda que le daba Berta, Luisa terminó la primaria.

Berta Luisa a los 20 años, se enamora de Ángel Valdés Maldonado (Momoño), un joven de 25 años que había nacido en Caldera el 3 de junio de 1918. No era del agrado de sus padres, lo que provocó algunos conflictos al quedarse embarazada. Igualmente tiene su gua-

gua, más al año muere el niño. Berta decide sin la autorización de sus padres, irse a vivir con Ángel. Él trabaja en la Marina Mercante como Estibador, y cuando no había barcos, era chofer del camión de Don Benito Armali. Viajaba al sur en busca de pescado, y llevar las conservas de la fábrica. Con la Srta. Alina Bianchi, transportaba la ropa y zapatería de su tienda. Manejar la camioneta de don Pedro Vont, para trasladar la carne del matadero, o de Copiapó a su carnicería. Trasladar enfermos graves, y mujeres a dar a luz a Copiapó, en la camioneta de don Pedro Vont, y cuando la Cruz Roja obtiene la ambulancia, es el primero en manejarla.

Los carabineros venían a despertarlo con Rosario Corvalán, para que llevara a los enfermos al hospital de Copiapó. Como pasatiempo, le gustaba jugar al dominó, formando un equipo y viajando a jugar a Copiapó y Chañaral.

Berta Luisa tuvo 10 hijos con Ángel Valdés Maldonado: Luis al año muere, Juan a los pocos meses, Patricio nace muerto, y conserva 7 hijos; 1945 Ángel Alberto, 1948 Arcadio Eugenio, 1951 Gilda Luisa, 1953 Berta Haydee, 1955 Rosana Deyse, 1957 Pedro Felipe y 1963 Gabriel Amadiel. Se casa por la iglesia el 16 de noviembre 1953.

El juego de Ángel provocaba algunas discusiones con Berta Luisa, quien le ayudaba lavando ropa ajena, tener pensionista como: Don René Borra, Julio Fleite, Boris vegas y otros. También hacía turrón. Tenía una madera con un gancho, donde colocaba el almíbar estirándolo hasta dejarlo blanco, al estirla se quemaba las manos, y mandaba a los hijos mayores a vender el turrón logrado fabricar, al teatro de Caldera.

Berta Luisa era muy religiosa, inculco a todos los hijos la religión católica, y muy devota de la virgen, siendo promesera de un baile religioso de Caldera y Copiapó, llevando a todos los hijos con Ángel, a la fiesta de la Candelaria. Siempre decía: - ¡niña no blasfemes debemos temer a Dios! ¡No juzgues a las personas sin conocerlas! ¡Has el bien sin mirar a quien! Berta Luisa acogía a muchas personas, Tenía una olla de la virtud, era muy generosa, el que llegaba comía o sacaba de su plato. Le gustaba mucho escuchar música de la

radio, y de un tocadiscos. En la noche sentada en la cama bordaba, en el atardecer, se sentaba en la puerta de calle a tejer, y charlar con los vecinos.

Le daba vida viajar, ir a visitar a sus amigos o familiares en San Marco. No dudaba subirse a caballo para llevarles ropas, y mercaderías a sus amigos Fuentes.

Iba a Santiago visitar a su sobrina Yolanda Muñoz, a Arica ver a su hija Berta, cuñada, primos, a Copiapó ver a su amiga Carmen Andrade, yerna, nietos, médicos y su gran pasión, la Fiesta de la Candelaria. Cuando falleció de cáncer el 25 de agosto del 2003, se despobló Caldera había fallecido la ¡Abuela Berta! que, con cariño sin serlo, le decían muchos. Católicos y evangélicos desde la iglesia hasta el cementerio, cantaron canciones que dejó mucha paz. ¡Te recordamos los que te amamos mamá!

Historia familiar

*Jannette de Lourdes Aguilera Dorador
comuna de Copiapó*

Nuestra familia se inicia con nuestros ancestros, alrededor de los años 40, los que vivieron en la mina de Cerro Blanco, ubicada al interior de la comuna de Tierra Amarilla.

La familia Soto – Dorador, eran todos pirquineros, la mina llamada en ese tiempo Vicente, se componía de cobre, oro y plata.

Don Fernando Dorador y doña Rosa Zunilda Verasay, padres de María Dorador Verasay casada con don Roberto Soto Barrera, y padres de este, don Silvestre Soto y Saturnina Barrera. Eran nuestros abuelos, ellos y sus familiares, vivían entre La Amarilla, La Mollaca y La Puente.

De esta unión nacieron ocho hermanos: Mercedes, Saturnina, Joaquín, Ralton, María y Silvestre, Graciela y William, este último, fallecido y enterrado en el cementerio de Cerro Blanco.

De acuerdo a los relatos de Mercedes, mi madre, y Ralton (tío), ellos vivían en una casa de pirca de piedra y barro en la falda de un cerro; tenían su propia huerta, donde sembraban choclos, zapallo, porotitos, acelga y yerbas medicinales; tenían palomeras y crianza de chanchos, gallinas además de algunos burros y cabras. Todo esto para el consumo familiar; respecto al agua, se sacaba de vertientes, y se acarreaban con burros en 2 tambores, que se acondicionaban para el uso. Los burros también los usaban para el acarreo de leña y metales, nuestros abuelos eran mineros, en esto también participaban las mujeres, donde ellas chancaban el metal, lo escogían y

apireaban. La abuela María con su madre, cocinaban churrascas, y cocían choclos, alimentos nuestros de cada día. Hacían charqui y harina tostada.

Cuando nos enfermábamos, se nos daba yerbas medicinales y cataplasma de barro para la fiebre. La fruta era traída desde el pueblo de Los Loros, cargadas en burro.

En el pueblo llamado La Amarilla, también vivían las familias Vilches, Araya, Talamilla, Cortes, Núñez...

Los varones y mujeres, iban a pirquinear y a machaquear el metal, en una cancha que se encontraba paralela a la salida de la mina. Mi madre Mercedes, también era pirquinera, ella comenzó a la edad de 7 años (1947), y como era delgada, la hacían entrar en los piques para prender las mechas de los explosivos. Con las corrientes de aire, se le apagaban los fósforos, y el abuelo Roberto la castigaba; al ver esto los mineros, le pasaban los puchos de cigarros para que encendiera la mecha del explosivo, ahora mi madre cuenta con 81 años, y es una fumadora crónica. Gracias a Dios, está en buenas condiciones, y aún nos relata de su historia en la mina donde vivían.

La familia por parte de mi abuelo, también tenían a cargo el correo y el telégrafo, el que era atendido por nuestra tía Brelia Soto Barrera.

En la Amarilla, está la iglesia que en la actualidad es monumento nacional, donde el Padre Negro Crisógono Sierra y Velásquez, sacerdote Franciscano que llegó a Copiapó en 1921, el nació en el pueblo de Robledo, Medellín, Colombia, el 1 de febrero de 1877, realizaba las misas. El coro era cantado por la tía Brelia y Mercedes. También se menciona que el Padre Negro participaba de las competencias con los niños y jóvenes, que jugaban fútbol y otras actividades. Una vez que trasladan al Padre a Copiapó, queda a cargo de la iglesia doña Brelia Soto. La iglesia está en estos momentos en espera de restauración.

Había una cantina donde los mineros realizaban su choca, una vez terminada su labor.

Y también hacían sus reuniones, se organizaban de cuando bajaba camión con metales, donde también en el mismo camión, viajaba la gente a Tierra Amarilla y Copiapó. Contaban con una pulpería, que era atendido por don Enrique y Raúl Soto, este abastecimiento era para la comunidad que vivían en la mina.

Cerca de la casa había una piedra, que se encuentra todavía frente a un pozo de agua, Allí cantaba mi abuela María.

Todavía se pueden encontrar viviendas de piedras, en la quebrada.

A nosotros cuando niños, nos llevaban en las vacaciones, también íbamos a los desmontes para machacar el metal; nos bañábamos en pozas, y teníamos la misión de conducir el agua hasta la chacra, por toda la ladera del cerro...

Como tradición, los domingos se iba a buscar el agua y leña, se realizaban almuerzos en familia, que consistía en churrascas, asado de charqui, queso de cabra, y los hombres jugaban a la rayuela.

Se estuvo hasta el año 70, donde emigramos a la zona urbana por los estudios de los hijos. Los abuelos no reclamaron nunca el territorio, y por lo mismo viajamos todos los años en caravana a reconocer, y presentarles a nuestros familiares futuros. Se va al cementerio, y además traemos las yerbas que se dan por esos sectores, e incentivar a nuestra descendencia, de nuestras tradiciones del cuidando el medio ambiente.

Desde entonces, siempre nos estamos reuniendo para realizar beneficios, e ir en ayuda del que lo necesite. Y también programamos viajes al sur de Chile cuando la situación lo amerita.

En esos , a los niños les venían a reconocer ya estando grandes. Se bajaba al pueblo de Tierra Amarilla, y por cosas de la vida, mi madre aparece registrada como la segunda de las hermanas.

Mi madre conservó su partida de nacimiento como hija natural de su madre, y con el tiempo, cuando se casó con mi papá, la utilizó solamente con el apellido Dorador. Con el tiempo nacimos nosotros, y por cosa de documentacion, ella no era reconocida en ningun registro. Hizo las consultas, y la verdad que figuraba como Mercedes

del Carmen Soto Dorador. Ya nosotros estábamos inscritos con el apellido Dorador, y ella tuvo que hacer un repudio de apellido en el año 1987 aproximadamente, para que no nos afectara dentro de los tramites en los colegios.

Ella se casó en el 10/03/1956 con don Avelino Segundo Aguilera Salfate, fallecido el 25/09/2014 (QEPD), hijo de Andres Avelino Aguilera, y de doña Lorenza Salfate (QEPD), oriundo de Ovalle, específicamente de la localidad de Chañaral Alto. No conocimos a mis abuelos paternos, si los hermanos de papá. Sus nombres son y fueron: Victor, Alfredo, Sergio, Guillermo, Orlando, Luis y Herminia.

Familia Barraza Marín

*Orlando Antonio Figueroa Barraza
comuna de Caldera*

Mis queridos abuelos maternos, don Felipe Barraza, nació en el pueblo de Canela Talhuen, Cuarta Región, en el año 1881 y, doña Cristina Marín Barraza, nació en el año 1880 en Canela, departamento de Illapel, cuarta región.

Ellos fueron los padres de mi amada madre, doña María Otalgia Barraza Marín, nacida el 17 de septiembre de 1912, en la ciudad de Canela; mi madre tuvo otros hermanos, algunos de los que logré registrar, fueron don Manuel Barraza Hernán, nacido el 1907, doña María Magdalena Barraza Marín, nacida en el año 1909, en Talhuen. Ella fallece en el mes de octubre de 1912 en la localidad de Ramadilla, pero mi madre me comentaba que tenía más hermanos.

Mi abuelo Felipe Barraza, ejercía un oficio en el campo. Se dedicaba a realizar labores de labrador en las tierras de la cuarta región, y mi abuela Cristina ejercía su oficio de costurera.

Según los registros, número 1, de circunscripción de Canela, el día 25 del mes de octubre de 1907, bajo la firma del oficial del registro civil de aquella época, el señor don Rafael Hidalgo, da fe que mis abuelos contrajeron el vínculo del matrimonio.

De este matrimonio, nace mi amada madre, quien transcurrió su nacimiento adolescencia y juventud, en diferentes localidades, tales como Canela, Talhuen, Combarbalíña, Ramadilla y Ovalle.

Mi madre, ya más adulta, se traslada a la ciudad de Santiago, capital de Chile, en donde comienza a trabajar en casas de personas aco-

modadas. En aquellos hogares, se dedica a desempeñar el oficio de empleada doméstica.

Fue que en esta ciudad conoce a mi padre, en donde surge un romance, y luego esta relación termina en matrimonio, el cual es celebrado el día 20 de enero de 1932, y en la Casa Nacional del Niño se certifica, y suscribe que hoy día con tal fecha, han sido confesados los novios María Barraza y, Samuel Figueroa por el padre Eulalio Miján Román.

En el año 1933 nace el primer hijo de mis padres, Jorge Salvador, en ese tiempo, mi madre se desempeñaba en labores domésticas, en la Casa Nacional del Niño.

En esta casa, era donde llegaban todos los niños encontrados abandonados, recogidos; huérfanos, niños que no tenían un hogar.

Mi padre, Samuel Eduardo Figueroa Hernández, nace en la segunda región de Antofagasta, exactamente en la oficina Salitrera Ballena, en la comuna de Taltal, el día 17 de julio del año 190. Sus padres fueron don Salvador Figueroa Reyes y, doña Maximiliana de Santiago, los cuales se trasladan al norte en la época de salitre, ellos se instalan en el Puerto de Taltal, quién vive del llamado oro blanco. Trabajan en el ferrocarril de Taltal, estación Catalina, donde a estos pueblos se les llamaba con diferentes nombres; oficina Chile, oficina flor de Chile, oficina Ballena, entre otros. En la región de Taltal, había 18 oficinas.

Yo nací en la oficina Chile, que se encontraba en la salitrera alemana Taltal, en el año 1940.

Mis abuelos paternos trabajaron en la pampa salitrera, y Samuel, mi padre, también siguió sus pasos, y empezó a desempeñarse en diferentes oficios, cómo recorrer en mula vigilando las líneas de los telégrafos en esos años. Por su lado, mi abuela tenía un negocio de alimentación y transporte con carretas. La casa en la cual ellos vivían, aún existe y, se encuentra ubicada la ciudad de Taltal, calle Jorge Montt 379.

Todas las personas las cuales han estado en este relato, han sido parte de mis antepasados y, del cual me siento orgulloso de llevar. Quienes ya están fallecidos descansan en la paz del Señor, en el cementerio del puerto de Taltal, junto con mis tíos y primos que ya han partido esta tierra.

Mi padre, el obrero, el mecánico, el motorista que recorrió el norte, se radicó en la Tercera Región de Atacama, Copiapó. En la ciudad de Caldera, trabajó en la empresa de la minería.

Mi madre doña María, dueña de casa, artista autodidacta, dirigente social en Copiapó, especialmente en la población de Paipote, donde trabajó; aportó diferentes labores sociales, como implementar luz, agua y escuela que no había. Agradezco a Dios por mis amados padres, que existieron junto con mis hermanos, de los cuales algunos vivos, y otros descansan en paz, en el cementerio laico de Caldera.

Coquimbo

Mi biografía

*Viola Gerding Paris
comuna de Coquimbo*

Quiero ser espejo de perfecta luna
do puedan reflejarse, orgullosamente
todas mis generaciones descendientes
justificando y mejorando mi cuna
que nunca tuvo una material fortuna
pero fue noble y rica intelectualmente;
tanto...que mi pasado, sin duda alguna
seguirá en el futuro siendo presente
a través de versos simples y elocuentes,
caballero en la lucha con las dunas
implacable del olvido en nuestras mentes.

(Marcos Gerding Gilchrist)

Comienzo mi historia de vida, con este poema de mi padre,
que marcó mi camino con su ejemplo.

Nací un 26 de noviembre de 1943, en Puerto Montt. Chile.
Hija de Marcos Gerding Gilchrist y, de Viola Paris Maldonado. Soy
la mayor de 5 hermanos. Me siguen Patricia (1944), Marcos (1945),
Margarita (1947 - + 1953) y, Juan Luis (1948 - + 2015).

Nuestra vida, transcurrió en nuestra ciudad natal por varios años. Por razones de trabajo de mi padre, fuimos a vivir a Puerto Aysén y, de allí a Chile Chico por 3 años más.

El año 56, mis padres regresan a vivir a Puerto Montt, lugar donde nos reencontramos con la familia materna, muchos tíos, primos, tíos abuelos y, por supuesto nuestra abuela Tite, que fue siempre el centro de todas nuestras actividades. Mis padres parten (en 1959) otra vez, ahora al Norte Grande, Oficina Salitrera Pedro de Valdivia, en Antofagasta. Nosotras, las más grandes, internas en el Liceo de Niñas de Antofagasta, ya que en Pedro de Valdivia no había enseñanza media y, luego seguirían mis dos hermanos, internos al Colegio Jesuita San Luis.

En 1962 comienza mi vida universitaria en Santiago, en donde comienzo a estudiar en la Escuela de Educadoras de Párvulos de la Universidad de Chile. Una vez egresada de la U, vuelvo a Pedro de Valdivia, con la intención de que la Compañía Anglo Lautaro, creara un jardín infantil para todos los niños en edad de asistir al jardín. No tuve suerte, pues los jefes, sólo estaban interesados en que sus operarios rindieran y ya.

Trabajé en un jardín que yo instalé en casa de mis padres, pero no era lo quería. Sólo pude tener alumnos que pagaron una mensualidad. Y a fin de año, cerré el jardín, y volví a Santiago.

En 1967 comencé a trabajar en el jardín infantil de los empleados de la CEPAL. Jardín que luego se transformó en el Colegio Latinoamericano de Integración, lugar donde trabajé hasta 2006, cuando me retiré para venir a vivir a Coquimbo.

Me casé con Manuel Lagos Maldonado, profesor de Química y Ciencias Naturales en enero de 1971 y, a fin de año, nació nuestro primer hijo, José Manuel, actualmente tiene 49 años, y es Traductor Intérprete y Profesor de Inglés en Enseñanza Superior.

En 1975 nace nuestro segundo y último hijo, Rodrigo quien actualmente tiene 45 años y es Relacionador Público y Abogado. De ellos tenemos 3 hermosos e inteligentes nietos. El mayor, es Renato de 16 años; le sigue Fernanda, de 13 años, hijos de Rodrigo y Scarlett

Vega; y la última nieta, es María José de 12 años, hija de José Manuel y Andrea Pinaud.

Vivimos en La Herradura, muy cerca del mar, al cual no vemos, pero si escuchamos.

Soy la presidenta del Club Adulto Mayor de nuestro pueblo. Pertenecesco a la Junta de Vecinos N° 15 de La Herradura y estoy luchando para crear la Biblioteca de la Sede Comunitaria, que queremos administrar con el club.

Mi encuentro conmigo

Rebeca Angelica González Navarro
comuna de Coquimbo

Mis raíces provienen de gente sencilla y trabajadora. Los abuelos maternos, Fernando y María, a los que en realidad poco conocí, fueron medieros agrícolas en el sector de Lampa, pero por lo que me contaron mi madre y mis tías, el abuelo era bohemio y jugador, y en estos azahares perdió todo su patrimonio, dejando a la abuela e hijas absolutamente desvalidas. Mis abuelos paternos, Emma y Nolasco, con quienes viví, eran oriundos de las regiones de Maule y Chillán, él típico huaso maulino, y ella niña de bien educada en las monjitas, pero que se enamoró, y se casó con mi abuelo, pese a todas las barreras impuestas por la familia. Se trasladan a Santiago, a una casona que hereda don Nolasco, y aquí nacen sus cinco hijos, de los cuales mi padre era el tercero. Se preocupa de dar una buena educación a sus hijos, teniendo un buen pasar.

Es a esta familia donde llega a trabajar mi mamá María Antonieta, a los 15 años, se enamoran con mi papá, Bernardo Antonio, tres años mayor que ella, y fruto de este amor, aparezco yo en este mundo un 16 de octubre de 1937. La familia paterna se opone a su unión, pero en ese instante aparece la hermana mayor de mi padre, María Ester quien legaliza esta unión. En esta parte de la historia quiero hacer un paréntesis, para comentar que el profesor Mario Gutiérrez, cuando en clases comenté este hecho, me hizo una reflexión que nunca antes yo me hice: esta tía me llevó a todo lo bueno que a mí me ocurrió. Tuve 8 hermanos, de los que sobrevivimos 6: Pa-

tricio, Anita, Emma, Angélica y Rosaura, y siendo muy niños mis padres murieron, quedando nosotros con los abuelos paternos. Con visión en lo que sería el futuro para nosotros, la tía eligió darme una educación profesional, por lo que estudié en el Instituto Comercial Blas Cañas, en Santiago, de donde egresé en 1954. Comencé de inmediato mi vida laboral, como secretaria del Contador General del Laboratorio Geka. De ahí para adelante, fue ésta mi profesión, nunca ejercí como contador, aunque hice la memoria, rendí el examen de grado y recibí el título. Me sentí más cómoda en ésta que el destino me impuso, por lo que me capacité en la Universidad Católica, recibiendo el título de secretaria ejecutiva. Nuevamente esta tía ángel, decide que debo trabajar en un lugar que me dé estabilidad laboral, y además, servicio de bienestar para mis hermanos, que ya eran oficialmente mis cargas. Y comienzo a trabajar en la Caja de Empleados Particulares.

Aquí, conozco al amor de mi vida, Lincoyán. Nos enamoramos de inmediato, y se repite la historia de mi abuela, contra toda oposición, nos casamos. Era 10 años mayor que yo, y además, comunista, lo que en la época 1958, complicaba la anuencia de mis tíos, bastante más conservadores. Cuando lo conocieron pudieron apreciar su calidad de ser humano, se rompió la barrera, y nos casamos un 5 de diciembre de 1959. Mis hermanos fueron a vivir con nosotros, los abuelos ya habían partido. Llegaron nuestros retoños, dos niñas Marisol, Pamela y un niño Lincoyán, nuestro tiempo fue realmente feliz. Mis hermanos fueron dejando el hogar cuando también encontraron el amor, pero nuestra casa siempre fue el lugar de encuentro familiar.

Este pasar tranquilo se vio abruptamente interrumpido por el episodio más cruel y despiadado de mi vida, y el que, aunque pase el tiempo, jamás podrá ser borrado de mi memoria. Mi esposo, por sus convicciones políticas fue detenido y desapareció durante el gobierno de la dictadura. Nada hay que se compare con este dolor, y de verdad en palabras no se puede expresar, buscar y nunca encontrar a los que amamos, es el peor flagelo de la humanidad. Es esta una historia larga, y he escrito dejando su testimonio, en el concurso

“Confieso que he vivido”, el que fue editado en un libro con las participaciones regionales en 2016. Sólo quiero agregar que en el año 2008, a raíz de la confesión de un miembro de la Dina, se encontraron restos de varios detenidos desaparecidos en la Cuesta Barriga, entre ellos mi Lincoyán, y pudimos darle sepultura en el Memorial de Detenidos Desaparecidos, en Santiago.

Mi vida ha sido de dulce y de agraz, pero siempre el amor ha sido el pilar fundamental para seguir el camino. Con mi dolor a cuestas, crié y eduqué a mis tres hijos, sin odio ni rencor, pero sí con la convicción de exigir verdad y justicia. El destino tiene caminos insondables e inentendibles, en 1977 fallece una de mis hermanas, y al poco tiempo su esposo. Sin pensarlo dos veces, adopté a sus tres pequeños: Oscar, Marcelo y Paulina, criándolos junto a los míos.

En mi vida profesional me fui capacitando y ello me permitió postular a cargos de mayor responsabilidad. Dejé la Caja de Empleados Particulares en el año 1966, para ingresar a una institución con mayor futuro, la Corporación de Fomento de la Producción, donde fui secretaria de altos ejecutivos, allí estaba para el Golpe Militar. Obviamente me exoneraron, pero uno de los gerentes con los que trabajé, formó su propia empresa, y me contrató. Unos años después, cuando volvió la democracia, a este jefe, lo designaron presidente del Banco del Estado, y se me presentó esta excelente oportunidad de ocupar este cargo de secretaria del presidente de un banco. En esta institución terminé mi vida laboral, pensionándome en el año 2002.

Y, como ya lo dije anteriormente, el amor ha sido para mí el alimento fundamental en la vida. Mis hijos formaron sus propias familias, y el tronco de mi árbol se fue llenando de ramitas con la llegada de mis nietos: Tamara, Camila, Carlos, Pablo, Tomás, Ayelén, Inti, Marai, Amaru, Nicolás y Belén.

Rehice mi vida junto a alguien que conozco desde mucho tiempo, Nogui René, el hermano del que fuera mi amado compañero, y que al igual que yo, perdió a su esposa. Juntamos nuestras vidas y también nuestras familias, formando un familión. Él con un hijo, No-

gui Enrique, al que amo como a los seis míos, y dos nietas, Natalia y Macarena, que son también mis nietas

Tenemos un hermoso envejecer juntos, fue él quien quiso volver a vivir a la región donde nació, eligiendo Coquimbo, por su maravilloso clima y la empatía con su gente, y aquí estamos hace 22 años.

Capítulo aparte ha sido el ser bisabuelos, creo que nada se compara con la sensación de saber que dejamos nuestros brotes hasta una cuarta generación: Mairikiyen, Amelia, Linda y Aylin.

Pertenezco a un excelente Club del Adulto Mayor, “Ensueño de los Nogales” del Sector Sindempart de Coquimbo, que me ha permitido tener un envejecimiento positivo y una vida activa y feliz.

Valparaíso

Pasajes de mi vida en el golpe militar

Rosa Eliana Ortega Chappa
comuna de La Calera

Mi nombre es Rosa y vivo en la ciudad del cemento. Les cuento que estoy muy cansada; un día más que debo hacer la fila (cola como le llaman), para ver si puedo conseguir cualquier mercadería. Todo sirve; me colocaré en cualquiera que vea; lo que vendan, servirá.

Ojalá sea azúcar, pues hace días que no tenemos, y el té lo endulzamos con unos caramelos que conseguimos.

Estamos en el año 1973, y cada día es peor; cuesta mucho conseguir alimentos, útiles de aseo, etc. Hay dinero, pero no hay qué comprar.

Hoy entregarán una tarjeta por familia, se llama “tarjeta jap”, y es para retirar algunos productos (lo que te vendan tienes que aceptarlo, aunque no te guste, o no te venderán un kilo de azúcar y un litro de aceite; ojalá no venga el tarro de “chancho chino”, pues sabe horrible, pero tienes que llevarlo por obligación).

Estamos en septiembre y todo sigue igual o peor cada día. Se dice que quieren derrocar al presidente Allende, pues es el culpable de tener así al país.

Hoy es 11 de septiembre... se sienten muchos aviones y helicópteros; no sé qué está pasando.

Enciendo la tele y ¡horror! Están bombardeando La Moneda... ahora la están incendiando.

Se dice que el presidente se suicidó adentro y otros dicen que lo mataron.

Se ven muchos militares con metralletas por las calles.

Han declarado toque de queda a las cinco de la tarde.

Existe mucho miedo e incertidumbre ¿Qué pasará ahora?

Han pasado dos días y el toque de queda es a las 20 horas.

-No sé si es un espejismo, pero, fui al centro y ha aparecido todo como por arte de magia; alimentos, útiles de aseo, detergente, carne, bebidas... Todo.

Por ese lado bien, pero me he dado cuenta de que nadie opina nada. Hay un mutismo extraño, militares por todos lados; no hay libre expresión, pero sí mucho temor.

Estoy muy triste. Ha pasado un mes desde el golpe de Estado y hoy los militares le disparan a un amigo por la espalda, cerca de la línea del tren, solo por ser del Partido Socialista.

Los FF.AA. se han tomado el poder en nuestro país, al mando de Augusto Pinochet.

Un viaje azul

*Graciela Miranda Vásquez
comuna de Viña del Mar*

Estaban las pequeñas niñas sentadas en la cama preparándose para ir a dormir y entró la mamá para darles las buenas noches y contarles una noticia importante. Les contó que se irían a vivir a Punta Arenas; al papá lo habían trasladado a esa ciudad del sur, donde trabajaría

Las niñas muy contentas, asombradas, querían saber todos los detalles de esta noticia. Entonces la madre les contó que era muy lejos de Valparaíso, tenía un clima frío e incluso que caía nieve y había que vestir ropa gruesa.

También les dijo que el papá iría primero en avión y ellas lo harían en barco.

Llegó el día de partir al sur. Fue a despedirlas el tío Lucho y la tía Alicia, quienes les llevaron unas ricas sustancias y calugas para el camino.

Fue un largo viaje, lleno de experiencias nuevas que las mantenían todo el día entretenidas. Había otros niños cuyas familias también se habían trasladado al sur. Las comidas del barco eran muy ricas, sobre todo los panes dulces y el chocolate con leche.

El barco avanzaba día a día y solo se veía un mar azul extenso interminable; podían salir a la cubierta con su mamá, porque era peligroso hacerlo solas.

Anunciaron que llegarían a Puerto Edén, en donde estarían unas horas para abastecer de alimentos a los marinos y a un grupo de alacalufes que vivían allí y que se acercaban al barco en botes para ofrecer a los pasajeros su artesanía.

El viaje continúa... Pronto llegaron al Golfo de Penas, en donde el barco se movía en forma impresionante. Les avisan que la cena se servirá más temprano, porque el personal de la cocina debía guardar todo lo que pudiera quebrarse. “Impresionante el piano clavado al piso”.

Al día siguiente, el movimiento del barco era menor. Tomaron desayuno; pocos pasajeros estaban en el comedor; el mayordomo comenta que muchos de ellos se mareaban, por lo que no asisten al comedor hasta pasar totalmente el golfo.

Poco a poco el sol comenzó a aparecer: ya estábamos entrando a los canales, qué maravilloso. Un mar tranquilo, de un azul esplendoroso, muy angosto; casi se podía tocar los desfiladeros cubiertos majestuosos, helechos gigantes. Al pasar, las niñas y la madre miraban sorprendidas este paisaje inolvidable.

Ya se acercaba el momento para abrazar a su padre, que las estaría esperando. Las niñas lo comentaban con su madre, y cuando estaban solitas se preguntaban cómo sería Punta Arenas, su nuevo colegio, sus compañeras de clase, la casa en donde vivirían, dijo la niña más pequeña... La casa nueva.

Llegan a la austral ciudad. Estaba nublado y el frío hacía poner rojas las mejillas. Asomadas en la baranda del barco, divisan a su padre, le hacen señas con las manos cuando lo ven y lo mismo hace su padre, que se veía más bajito desde el barco. Las hermanas y la madre se reían de verlo tan abrigado, con abrigo, gorro, guantes y bufanda. La madre dice: “parece un pingüino”... Se ríen a carcajadas.

El padre comienza a subir al barco para ayudar a bajar las maletas. Qué felices estaban; abrazaban una y otra vez a su padre; querían contar los detalles del viaje de los diez largos días.

Partieron en un taxi a la residencial en donde estarían por unos días hasta que les entregaran la casa que el padre había arrendado.

Ya eran las cuatro de la tarde; estaba oscuro. El padre les dijo que irían a la plaza para conocer algo hermoso. Así fue: había un monumento muy grande en el centro de la plaza, donde descansaba una estatua del indio patagón y al cual había que besarle el dedo gordo del pie; así, si uno salía de Punta Arenas, podría regresar.

Volvieron a cenar una rica cena magallánica de codero con ensalada de papas y un rico postre de leche asada.

Las niñas muy felices, se prepararon para ir a dormir e iniciar una nueva vida con sus padres en aquella hermosa ciudad austral.

Donde fueres haz lo que vieres

Miroslava Martinovic Paris
comuna de Limache

Realizo muy emocionada un peregrinaje desde Chile a la Tierra Prometida; es maravilloso recorrer tantos lugares sagrados con un grupo de personas de diferentes edades, todas muy amigables y cariñosas.

Hoy, muy temprano recorrimos con el grupo la Vía Dolorosa, un lugar de cuantioso comercio que atrae a muchas personas por la variedad de productos que venden. Allí existen unas pipas de agua llamadas “narguilé” y junto a mi pequeño grupo en ese momento tomamos la decisión de bajar después de cenar para vivir esa gris experiencia.

Cenamos rápido en la residencia, para luego bajar junto a Marita, Brenda, Euge y Sonia y salir en busca del lugar para experimentar cómo es fumar en esas hermosas y multicolores pipas.

Llegamos al entorno visualizado en la mañana; el único problema fue la comunicación, ya que no había un intérprete y las personas que nos atendían no entendían nuestro idioma. La solución fue a través del celular; ahí escribimos “una pipa”. Luego nos preguntaron por el celular: ¿sabor fuerte o suave? A lo que respondimos al unísono ¡suave!

Luego que ellos entendieron lo solicitado por nosotras, nos ubicamos en una mesa y nos traen inmediatamente una boquilla para cada una. Poco a poco, se acerca nuestra añorada pipa mostrando bondadosamente su color primaveral. Al estar frente a mis ojos sin

pensarlo dos veces dije: - ¡Yo comienzo! -. Mi actuar fue producto de un recuerdo humeante, cuarenta años fumando; ahora es un pasado totalmente olvidado.

Comienzo suavemente, pero el resultado no es exitoso: igualmente me ahogo un poco. Mis amigas continúan haciendo uso de la pipa e intentan no ahogarse, ya que ellas no fuman. Entre tos y ahogo nos divertimos demasiado. Disfrutamos esta nueva experiencia como cada una de las otras que atesoramos en nuestro corazón.

¡Arre, motito, arre!

María del Pilar Silva Labbé
comuna de Villa Alemana

Cuando uno es joven cree que es inmortal, que tiene toda la vida por delante y no le teme a nada. Al menos así era yo en mi adolescencia; amaba el peligro y los desafíos.

Como aquella época en que con mi amigo José Jalapeño solíamos practicar motocross. Él sabía que a mí me gustaban las emociones fuertes y me invitaba a sus travesías en los lugares más insólitos; eso sí que yo siempre iba en el asiento de atrás, pues no sabía manejar.

Cierto día, como de costumbre, subimos y bajamos cerros sorteando espinos, quillayes y maitenes; luego ascendimos por una gran escalera frente al pórtico de un edificio, nos deslizamos sobre un muro de contención que bordeaba la costa y finalmente llegamos hasta la cancha de motocross, donde luego de algunas vueltas nos ronceamos y terminamos un poco rasguñados.

De pronto José me dice: -¿Te atreves a ir tú sola?- Aunque me sentía un tanto indecisa, le contesté aparentemente muy segura: - ¡Claro, por qué no! Entonces me explicó rápidamente dónde se encontraban el freno, el acelerador y los cambios, ¡todos en el manubrio! Creyendo que era muy fácil, enseguida subí y aceleré. En unos instantes adquirí gran velocidad: primera, segunda y tercera; en pocos segundos, me encontré frente a frente con una subida muy escarpada. En fin, ya estaba allí, así que armándome de valor seguí ascendiendo. Cuando, de repente, el motor empezó a quejarse, mi mente se bloqueó; no atinaba más que acelerar, mientras mi amigo me gritaba:

¡Pasa a segunda! Aterrada, solo se me ocurrió doblar bruscamente para bajar, pero al hacerlo rodamos cerro abajo, vehículo y chofer, cada uno por su lado.

Por suerte, yo salí más magullada que la moto, ya que ésta era arrendada. Sin hacer comentarios y haciéndome la valiente, fuimos a entregarla al taller.

Luego en mi casa, como si nada, me aguanté el dolor de los moretones, pues mi madre ni se imaginaba lo aventurera que podía ser su tan querida hija.

Ahora que ya no está, suponiendo que en su dimensión no existe el tiempo, observará todo lo vivido y esbozará una sonrisa, pues aún sigo aquí, vivita y enterita, gracias a Dios.

Mi primera bicicleta

Silvia Allendes Saavedra
comuna de Limache

Este recuerdo que mi caprichosa memoria trae hasta hoy data de los años sesenta, año de la revolución de las flores, época de romances, donde en las radios sonaban los Platters con su escuchada “Only you”, que me llevaban a través de mis sueños idílicos a desear cumplir pronto los veinte. Pero ese año solo cumplía once ingenuos añitos, época en la que jugaba con muñecas, escobitas y jueguitos de té de lata pintados con colores azulinos que parecían bajados del cielo.

Sucedió en un día de enero con fuerte calor veraniego, en que el sol pasaba a través de mi ventana en ondas doradas, brillando sobre mis ojos. Medio despierta, escuché ruidos frente a mi puerta, la que se abrió impetuosamente, entrando mi papá con cierta dificultad y una gran sonrisa en su rostro, trayendo entre sus manos una enorme y preciosa bicicleta, la que me entrega con un fuerte abrazo y en mi oído escucho: “los méritos que hiciste te la trajeron”; pero yo interpreté lo que dijo como “pórtate bien, porque esto costo muy caro”. Bastante comprensible, pues éramos siete hermanos. Hermoso regalo que saboreé a concho; su forma, sus colores, sus suaves ruedas de goma, que yo presentía que me llevarían bien lejos, saciando mis ansias de libertad.

Lo único que deseaba aquel día era poder salir pronto hacia la calle para subir ya a mi “regalona”, “regalada” y así comenzar mi viaje con mis cortas piernas alcanzando los pedales, aunque fuera con la punta de mis pies.

Pero el día comenzaba y en casa de mis padres se respetaban las reglas, así que armándome de paciencia y comiendo mi ansiedad, compartimos el desayuno en familia y luego debí ayudar a retirar la mesa. Nunca antes me pareció tan larga esa añorada sobremesa.

Cuando al fin me dieron el permiso para probar mi ansiado regalo, previo a una lista de recomendaciones, salí de mi casa presurosa, la que estaba ubicada en una avenida muy larga, en la ciudad de los tomates. Esa calle tan larga tenía a sus costados unos frondosos árboles, cuyas ramas estaban dispuestas de tal forma que dejaban pasar a través de ellas unos luminosos rayos de sol que al llegar al pavimento formaban figuras que, con el movimiento de los autos, parecían elevarse desvaneciéndose en el aire; pero yo, con mi bicicleta pedalearía tan rápido que esas figuras no alcanzarían a perderse y quedarían por siempre viviendo sobre el pavimento de mi larga avenida.

Inicié mi reto con un pedaleo lento, lentito, porque me vigilaban desde mi casa; pero pronto sentí una especie de efervescencia que me obligaba a avanzar con una energía intensa. De pronto me sentí volando hacia un infinito; todo pasaba por mi lado como impulsado por un tornado y las casas, los árboles, las voces, las figuras se perdían tras de mí con la fuerza de un rayo.

Qué feliz me sentía; aún recuerdo en mi boca ese gustito interior. Yo era capaz de dominar el tiempo y el espacio gracias a mi alada bicicleta, tratando vigorosamente de alcanzar mi meta, que era lograr llegar hasta el fin de esa larga calle, la que presentaba ante mis ojos un misterio que debía develar con la ayuda de mi querida aliada, mi bicicleta. Bueno, ese día los baches y terrenos disparejos presentaron dificultades y no logré llegar donde yo quería. Obligada a regresar, no sin antes pensar “mañana lo hare mejor” y tendría la fuerza necesaria para llegar hasta donde yo quisiera.

Regresé a mi casa agotada, emocionada, con mi corazón latiendo lleno de pura felicidad, sabiendo ese día que yo era grande, ya podía andar en bicicleta sola. Esa primera experiencia ha significado el inicio de una etapa capaz de enfrentar los desafíos que la vida nos trae, y hoy recuerdo y agradezco ese maravilloso regalo que me ayudó a volar.

Una noche de hospital

Víctor Hugo Herrero Rojas
comuna Viña del Mar

No os dejéis engañar
con que la vida es poco.
Bebedla a grandes tragos
porque no os bastará
cuando hayáis de perderla.

(Bertolt Brecht)

Sí, siempre lo oculté en la memoria reptiliana y ahora deberá parecer como esto ha querido: un relato fantástico. Una noche de hospital: este silencio a mi alrededor en este gran salón; veo casi los detalles, sin embargo, lo que atrae mi atención es el blanco de esta habitación, estas hileras de camas blancas.

Aquí estoy conectado a este cable que desciende del gran poste de vida sostenido por esas cuatro ruedas distribuidas tan armoniosamente, que permiten que se desplacen sin perder el equilibrio. Me acompaña en las caminatas por la sala y el horroroso viaje al baño, donde al ingresar mis fosas nasales son golpeadas con eso; lo hace un picante de orines de excremento humano y cloro, cóctel, olores hacen retroceder mi primer intento de ingresar. La naturaleza exigente del cuerpo llama y también la tremenda fuerza del pudor renuncia a usar las “chatas”; “la paloma” da paso entonces a ingresar a este recinto de espejos enmohecidos, basureros de papel y rellenos

y en esta noche solo el sonido de las arcadas, náuseas en el baño, eco fantasmagórico que reciben las salas y los pasillos.

En mi angustia de que las escuchen, hundo mi cabeza en el lavabo. Cuando se terminan mis estertores, apoyo mi cabeza y descanso, con mi estómago adolorido y mis piernas tiritando. Se escuchan los quejidos como murmullos y el coro intermitente de toses nocturnas. Al regresar, miro casi de reojo en una esquina del espejo, digo “deben ser las luces de los fluorescentes”, pero estoy algo pálido, más bien amarillento. “Chuta, ¿qué pasó? Sin mis cejas; lo del pelo ya lo tengo asumido. Qué pelo: es la hermosa rapada (brillante con el aceite de coco -“mijito, te va a crecer más finito y ondulado”-), pero las cejas me dan un aspecto extraño. No lleva reconocermé en este detalle y, en el fondo, esta imagen es una auto regresión -digo en murmullo en la sala del baño-; así debe haber sido cuando nací, sin cejas. Reconfortándome en mi nueva imagen, silenciosamente me dirijo a la cama por ese largo pasillo. Ahora sí se escucha la tos; es con una melodía que me acompaña en esta soledad. Primero, mi lado derecho a la cama y sostengo con la mano derecha el nuevo cordón umbilical que me sostiene la vida: el suero. La preddisona, la quimioterapia, este linfoma hodgkin. “Suéltame”. Ahora entiendo lo de la imagen sin cejas: estoy otra vez saliendo a la vida.

En una acrobática maniobra, me impulso sobre la cama -alta esta mierda-. Sosteniendo el mayor peso de mi cuerpo en la barra, esa mano que sostiene el tubo de la quimio, suero. Y en silencio me deslizo entre las sábanas heladas y ásperas, quieto, muy quieto, para no importunar nada ni a nadie. Me acomodo y en mi boca ese sabor extraño. Llevo mi vaso de jugo de huesillos a los labios; sorbo poco.

Ahora, solamente la luz del pasillo. Abrazo mi almohada, miro hacia el techo; trato de abrir fuertemente mi vista y nada, se embota mi cabeza y comienzo a ver el gran túnel: esa ventana descomunal, ese corredor que no es reconocible. Me agito, trato de identificar formas; me es imposible reconocer esa forma, esos colores; es imposible reconocer nada a mi alrededor, solo el túnel profundo, insondable, negro. Lejos, una luz. Me duele el cuello y yo inmóvil puedo

mover mis piernas, mis manos y mis brazos pesados; esa potente luz que ya casi me ciega y ya no tengo nada, solo luz sobre luz.

Alta paciente de linfoma Hodking: noviembre 1991. Puede reintegrarse a sus labores habituales

(Cerebro reptiliano, responsables del mantenimiento de las funciones necesarias para la supervivencia inmediata).

El taita de mi papá de mis recuerdos... las imborrables fuentes de mi vida

*Guillermo Suárez Adones
comuna de Quilpué*

Lejos está el día en que abrí los ojos en Valparaíso el 15 de diciembre de 1946, Dominga del Rosario Adones Toro, fue mi mamá, se había conocido con Camilo Suárez Becerra. Se casaron en enero del 46. Todo sucedió en el cerro Barón de Valparaíso.

Mi papá era un hombre alto, fuerte y bien parecido, más bien blanco, un obrero que vino del campo, a encontrarse con la vida. Su mirada despejada y amplia, le permitió ver lo social y encontrar una mujer y hacer familia.

Nació en Melipilla, de Luzmira Becerra y José del Tránsito Suárez, de ellos no tengo muchos antecedentes. La abuelita que no conocí, fue la madre de mi tía Rosa y Camilo, mi papá, que parece que tampoco la conoció. Mi abuelo José, se las arregló para criarlos y llevarlos donde él tuviera trabajo, pues él era leñador. Iba por los cerros con sus hachas y unas grandes sierras, echando abajo eucaliptus para leña. Construía una ruca en el bosque donde trabajaba, se cocinaba sus alimentos, y hacía su cama con pajas y hierbas del cerro, que perfumaban y espantaban los mosquitos y zancudos. Yo lo vi. Creo debo haber tenido unos cuatro años, cuando mi papá me llevó a los cerros por donde mi abuelo cortaba árboles. Era un día soleado, tal vez mi papá estaba de vacaciones, y fue a ver a su taita. Llegamos a un cerro, que creo que era por Placilla o Peñuelas.

Mi abuelo era alto, huesudo y fuerte, de barba blanca; más bien de tez blanca, pero curtido por el cerro y el sol. Tenía preparado un arroz graneado con cebolla y huevos fritos, aún recuerdo ese olor. Yo estaba feliz, corría por el cerro entre los matorrales, perseguía mariposas y otros bichos... cuando de repente, me di cuenta que estaba solo en ese lugar, y empecé a llamar a mi papá... cuando ya me desesperaba, se aparecieron mi papá y su taita, detrás de unos arbustos, reían de mi llanto y de su broma. Nunca me he sentido más seguro que tomado de sus grandes manos curtidas. Creo que me voy a morir con esos recuerdos, y en ese momento de mi despedida de este mundo, esas manos me recibirán.

Creo que mi abuelo tenía los ojos azules usaba bigote, era alegre y tomaba su vino. Cuando tomaba decía “hasta verte Cristo mío”... liaba sus cigarrillos, y llevaba sus cosas en un saco blanco harinero. Venía algunos sábados a la feria de la Av. Argentina, a comprar “sus vicios”, normalmente aceite, harina, mate, azúcar y sal. Su figura alta, de sombrero y “paletó” con su saco blanco harinero a la espalda, lo hacían más grande aún, y se distinguía subiendo al cerro Merced, donde estaba nuestra casa.

Cuando lo veía venir, mi mamá Dominga exclamaba allá viene don Tránsito. Ese era su nombre, nunca le decían José del Tránsito, así es que yo crecí escuchando que Tránsito era el nombre de mi abuelo. Cuando se puso más viejo, enfermó y mi mamá lo acompañó al hospital, al Seguro Obrero. Contaba mi mamá que la enfermera llamaba a José Suárez, y mi abuelo como si nada, hasta que mi mamá reaccionó diciéndole: "pero si es Ud. el que se llama José del Tránsito".

Mi papá lo llamaba “mi taita”. A mí me quedaba claro que “mi taita” no era mi papá, así es que cuando empecé a llamarlo tal como lo hacía mi mamá, yo también le decía don Tránsito, un día mi papá me corrigió con mucho cariño, y me dijo: “dígame abuelito hijo, él es su abuelito”. Hoy este recuerdo me llena de nostalgia y cariño, por el respeto y la calidez con que nos atendíamos en la casa, la familia es una gran formadora de humanidad.

Tal vez el último mes de su vida, cuando se sintió débil, se vino a nuestra casa, y un día no despertó. Mi papá lo encontró dormido, y no estaba dormido. Quedó en una tumba de tierra debajo de un pino frondoso, como los que lo cobijaban cuando dormía en los cerros. Esas tumbas no son perpetuas y duran algunos años y la tierra vuelve a estar dispuesta para recibir otros pobres.

El funeral, el entierro, fue muy sencillo, pero me marco el alma. Mi tía Rosa y mi papá eran los hijos que quedaban ahora solos, se abrazaron. Después de unas palabras de agradecimientos, que fueron como una oración de agradecimiento, todas las personas empezaron a tomar un puñado de tierra y a lanzarlo sobre el ataúd, que ya estaba en el fondo de la fosa, y producía un ruido ronco, como la voz de un padre acogedor.

Átomos que cambian de investidura

Sonia Mirian Reyes Sagardía
comuna de Viña del Mar

La dama acostada en una cama de hospital estando sana, advierte que lentamente su sábana se levanta y va configurando el hueso de un fémur masculino. La estructura continúa completándose, hasta formar la figura humana de su esposo Carlos.

Al reconocerlo, lo abraza con afecto. Ve y siente su torso desnudo, cubierto con chaqueta de jeans desgastada y sin abotonar, como las usan los jóvenes. La dama le expresa. -“Qué valiente eres ¡Qué valiente!

-Sí-, responde él. Al venir, todos me deseaban que lo lograra, pues muchos lo intentan y se sacan la cresta. Se refería a venir a este plano, pues hace poco había fallecido.

Bien lo comprendía la dama. ¡Haberse atrevido! ¡Haberlo logrado! Reconocía y admiraba su valor.

Él validó su identidad, pues en su trato de esposo, asomaba un defecto que la dama siempre detestó. Defecto que, en ese momento de la emoción del reencuentro, carecía de importancia. Es más, éste es él, pensó la dama.

Distrajo su atención unos destellos de luz que emergían de un enchufe, un poco distante al pie de la cama. Estos se disparaban, unos tras otros y luego asumían forma y tamaño de esferas de tenis que, al ser expulsadas del enchufe, semejaban luminosas y extensas líneas de partículas de luz color blanco azulado.

Una enfermera asombrada, advierte a la dama que: -desde el enchufe de la cabecera de la cama, emergen rayos de luz.

-Lo sé- responde ella. Son los mismos que veo en el enchufe que está cerca vuestro, a los pies. Los haces luminosos la asombran, pero no asustan.

En la sala al lado izquierdo, hay una ventana en la muralla entre otra cama contigua. Desde el exterior, asoma una mujer que intenta infructuosamente, ser escuchada por la mujer que la ocupa. Sin embargo, ella permanece ajena. La dama Intenta colaborar y la nombra: -Nancy, Nancy, a ti te buscan-. Sin embargo, ella sigue impávida.

Interrumpe su intento el sonido potente y grave de una campana de viento de madera, suena como un gong. La dama lo interpreta como: ¡tu sesión ha finalizado!

Se despierta. Es un sueño. Permanece quieta intentando interpretarlo. Y desde su alma, emanan profundos sentimientos de agradecimiento, por el mensaje que ella cree haber recibido en ese sueño.

Ese ser que fue su compañero por 58 años, la visita desde el plano donde los átomos tienen otra investidura. Desde allí, habían establecido un acuerdo de almas. Él la ayudaría como maestro, cumpliendo un rol no agradecido a comprender que debía auto valorarse, aprender lecciones de autonomía, perdón, paciencia. Y que fue necesario activar ciertos sentires durante 58 años, para experimentar los aprendizajes.

Un sueño, suele ser revelador de lo que sucede a nivel del alma en otros planos sutiles. De ahí, es que brotan sus palabras de bienvenida. ¡Qué valiente eres!

Reconocía en él, el amor y el valor por haberse atrevido a ser su maestro en esta escuela de aprendizaje que nos ofrece la vida. ¡Qué valiente eres!, ¡Qué valiente eres!, repetía su mente, mientras su corazón agradecía y, resignificaba los destellos de luz como la comprensión.

La visita de su esposo en el sueño, la tomó como una hermosa y dulce revelación proveniente de aquel universo donde no existe la distancia, el tiempo ni el espacio, que limitan la mente en este plano.

Por otro lado, la dama tiene una amiga de nombre Nancy, y se propuso decirle que intentaban comunicarla desde el otro plano. A los pocos días diagnosticaron a su esposo de una enfermedad terminal. ¿Será coincidencia?

“Los sueños, sueños son”, como dice Calderón de la Barca.

Recuerdos de infancia

*Sonia Salvador
comuna de Concón*

Recuerdo las navidades que pase en casa de mi abuela, y que duraron hasta mis 15 años, cuando ella falleció.

Como vivíamos al lado, mi mamá participaba directamente en la cocina de la casa grande, junto con mis dos tías solteras. Las demás lo hacían desde sus casas y, se juntaban los manjares a la noche del 24.

Era un día de muchas expectativas, y por varios motivos. Primero la espera de los regalos, lo que deseábamos con ansias. Pero también por comer cosas ricas, propias solo de ese día. Las cenas eran siempre las mismas: arroz colorido, papas mayo, forofa (1), pavo relleno, bocaditos de bacalao, jamón york (especialidad de mi tía Lourdes) que regábamos con guaraná los chicos, y vino o cerveza los grandes.

Después venían los dulces: rebanada (2), dátiles, frutos secos, castañas asadas y ponche, que ese sí, tomábamos todos. Aun cuando entonces, pensaba que tenía alcohol, hoy creo que era puro engaño y el champagne era en realidad guaraná.

A la madrugada bajábamos a la casa y, derecho iba al árbol, a ver mis presentes. Cosa que llevaba mucho tiempo, hasta que mi mamá lograba mandar a mi hermano y a mí, a la cama.

De todo lo que relato, me entenece recordar a mi prima Cristina y yo, sentadas en el porche, cada una con su plato de comida (la mesa no alcanzaba para los chicos) y, nos poníamos al día con las noveda-

des que no contábamos a nuestros padres, pero nos confesábamos entre nosotras. Me viene a la memoria el olor del pavo asado y el sabor de los bocaditos de bacalao que nunca más comí.

Lo que más me causa nostalgia, es recordar a mi abuela, sentada en la cabecera de la mesa, callada, pero con ojitos brillantes, mirando a todos. Esa abuela fue la mayor compañía que tuve en mi niñez, y fue quien me enseñó algo de francés, a bordar, a tejer y a soñar.

Hoy, en mi mesa de Navidad, no tengo muchas de esas cosas, pero sigo la tradición del pavo con arroz y papas mayo que heredé de esos años.

- (1) Comida hecha con mantequilla, cebolla, tocino y harina de mandioca que sirve para acompañar comidas con salsa.
- (2) Dulce hecho de rodajas de pan ablandadas en agua con azúcar y canela, pasadas por huevo batido y fritas, después espolvoreadas con canela y azúcar.

Metropolitana de Santiago

Autobiografía

*Ernesto Cornejo Amigo
comuna de San Miguel*

CAPÍTULO I: MI NACIMIENTO

Después de permanecer varios años en la dimensión intermedia, el supervisor de mi grupo, capitán matemático, me llamó y me dijo:

- Aspirante Engdo, ya has cumplido tu etapa de capacitación y penitencia, así es que serás reenviado de regreso a la tierra, para una nueva oportunidad de demostrar tu superación. Debes mejorar tus anteriores marcas, o serás enviado de regreso a un taller más exigente y difícil.

- ¿Y dónde me enviarán esta vez, señor?

- Te enviaremos a Santiago de Chile, y como tu madre se eligió a una muchacha sencilla, humilde y honesta, lo que es un mejor desafío para vos. Hace poco más de dos meses fue seducida por un individuo mayor, que vio en ella una presa fácil. No es un mal tipo, sino que tiene un equivocado concepto machista, pero será un buen padre.

- Gracias señor, me parece bien.

- Bueno - me dijo- ahora vos, cierra los ojos y relájate, me tocó la frente con sus pulgares y... Chao.

Cuando desperté, estaba flotando en el típico lugar oscuro, cálido y húmedo, donde sólo podía escuchar ruidos extraños, entre ellos, uno que identifiqué como una máquina de coser que se repetía a

todas horas. Noté que si me movía mucho, chocaba con sus huesos. Estaba flaca la pobre. No se alimentaba bien. Cielos, dije, ¿dónde vine a caer?

Finalmente, el tiempo del embarazo se completó, y después de un parto complicado, pues en ese tiempo las personas de pocos recursos y sin previsión, debían atenderse por señoras que hacían ese “trabajo”.

Así fue que el día 9 de octubre de 1940, nací hijo de Ernesto Armando Cornejo López, y de María Judith Amigo Moya, y fui inscrito en el Registro Civil de Quinta Normal por mi padre, quien me puso por nombre ERNESTO, así, sólo Ernesto. De mis abuelos es muy poco lo que puedo decir, ya que los cuatro fallecieron antes de nacer yo. Solo sé que mis abuelos paternos fueron Enrique Cornejo y Rosa López, santiaguinos, y mis abuelos maternos fueron Dámaso Amigo y Genoveva Moya, talquinos. El resto de la información de mis primeros tres años, está guardado en mi memoria subconsciente, y solo podré accederla por completo cuando deba regresar a la dimensión intermedia, porque debo hacer una evaluación de esta existencia. Así nomás.

CAPITULO II: MI INFANCIA PEQUEÑA

De mi infancia pequeña no tengo muchos recuerdos, solo algunos chispazos de cosas que fueron importantes para mí, como la vez en que engañé al viejito Pascual. Creo que en esa ocasión yo tendría unos cuatro años, y mi mamá me contó que en los próximos días iba a celebrarse la Navidad, la que consistía en que la noche del día 24 de diciembre, pasaría volando en un trineo, un viejito que tenía una enorme barba blanca y vestía un traje rojo, y que cuando pasaba sobre una casa donde había niños, dejaba regalos para ellos, pero era necesario dejar los zapatitos junto a la cama, porque sobre ellos dejaba los regalos. A mí, esto me causó gran alegría, y esperé impaciente a que llegara el dichoso día.

Cuando al fin mi mamá me dijo que era el día en que vendría el viejito Pascual, y que debía acostarme temprano, porque si estaba

despierto no me dejaría nada. Estaba en eso, y al dejar los zapatitos junto a la cama, se me ocurrió una brillante idea. ¿Y si dejo también las zapatillas y las chalitas? El viejito pensará que somos tres niños, y me dejará tres regalos. Se lo dije a mi mamá, y ella muy preocupada me dijo que no era así, pero yo ya lo había decidido y puse los tres pares junto a la cama, y me acomodé para dormir.

Recuerdo que al día siguiente desperté temprano, y quedé sorprendido con los regalos que había junto a los zapatitos: Un triciclo que era el regalo que me tenían, más un ejemplar de El Peneca, la primera revista que tuve y además un tambor de lata, muy bullicioso.

Yo estaba feliz; HABÍA ENGAÑADO AL VIEJITO PASCUAL.

Años después, mi mamá se acordaba y reía de mi ingenio, que les significó tener que volver a salir después que yo me durmiera para poder comprar dos regalos más, pues ellos solo habían comprado uno, por la difícil situación económica de la época.

Cuando ahora lo recuerdo, me parece curioso que entonces, siendo tan pequeño, ya tenía un espíritu codicioso y oportunista, como para haber sido un exitoso político o empresario. Afortunadamente los valores que me inculcaron me salvaron de caer en eso.

Génesis

*Luisa Ruth Brousset Garrido
comuna de San Miguel*

Una muchacha se va con el oficial de la guarnición de Chillán, que la ha rescatado de los escombros de una vieja casona. En uno de los terremotos que azotaron esa ciudad, ha perdido a su padre y hermano. El oficial la llevará a una aventura de 11 años de amor.

Mi aparición en este mundo, ocurrió en la comisaría de Osorno; el cabo de guardia pidió a una joven indígena que lo ayudara con el parto.

El oficial se hallaba en terreno atendiendo problemas en la frontera con Argentina; andaba a caballo, porque no había caminos, sólo senderos. Llegó a las seis de la mañana, hora en que sale el pan. La risa del oficial inundó la comisaría. Apretó el puño ¡Sí, es una niña! (mucho más tarde supe que él ya tenía dos varones).

Recorrimos varios pueblos, de comisaría en comisaría, y siempre me cuidaba la muchacha que me había ayudado a venir al mundo ¡A veces siento que me parezco a ella!

De Osorno, heredé el placer de comer carne y el amor a la naturaleza; y no hay mujer que disfruté más un buen trozo de pan amasado. De mi madre, con esa conciencia de saber que estaría corto tiempo con nosotros, la estrictez. ¡Sólo estudiando serás algo! ¡cuidado con levantarse mucho la falda! ¡eres una señorita! El pelo bien peinado, trenzado con mano firme, dos rosetones en los extremos ¡camine derecha, no se desvíe! Nuestra relación fue fugaz como una estrella

jella era una! Hermosa, con una sonrisa que, al describirla hoy, aún veo en estas líneas. Palmira era su nombre, se lo pusieron por una ciudad de oriente.

Ya estamos en la capital, asisto al Liceo Ecuador, a la vuelta de casa, en La Cisterna, cuya dueña sería mi segunda madre (eso es para más adelante...), y curso lo que sería hoy, primer año de enseñanza media.

Es profesor de Historia Lohengrin, somos 30 niñas con las hormonas en vilo. Él, de espaldas, frente al pizarrón negro y plaf... una cáscara de naranja cruza el salón. Su cara se nubla ¿Quién fue? Su voz resuena en la clase ¡señoritas, no podrán irse a sus casas hasta no saber quién lo hizo! Serían las 6 de la tarde, el curso mudo (siempre dijo que había sido yo) y, todas a formarse al patio. De reojo, veo a mi madre sentada en la oficina del director y profesor de Biología, Beethoven. Ella, dorada, con un vestido de flores, sus hombros descubiertos, viene por mí. Él, deslumbrado la retiene, dice no tener injerencia en la decisión del profesor de historia -su hermano- y que no sabe si me dejará ir. Ella se levanta diciendo: iré yo a decirle al profesor que no volverá mi hija a este colegio, donde se le falta el respeto a quien dirige la clase. El padre de mi hija vendrá y, le aseguro que no será tan amable.

Soy sacada del patio por el propio director, que se ofrece a llevarnos a casa. Es por la hora, arguye. Mi madre le responde “Me espera el chofer en el auto”. Lo de ellos dos fue un amor fulminante. Ella, con 27 años, en la flor de su edad, y él de 33, un solterón empedernido, que tocaba el piano, y le cantaba “Candilejas”.

Recuerdo escenas. Un 18 de septiembre, somos dos niñas y un bebé en carreta hacia una trilla, al paso cansino de los bueyes. Allá nos sentamos en las graderías de madera. En un caballo trigüeño viene una mujer montada de costado, vestida de blanco (su color favorito). Se detiene por segundos, todos están admirándola, se hace un pasillo de huasos que alzan sus mantas para saludarla. Ella sonrío. Estamos en casa. Ella coge una bolsa de género y, ágilmente la llena con nuestras pertenencias. Tengo 12 años, no entiendo, ella por

segunda vez, se arranca con un amor ¡Ahora mi profesor de Biología! Llegamos a una casona antigua donde viven algo así como 25 personas, toda una familia (14 hijos, nietos y otros). Fui rebelde, en esa inconsciencia le reproché a mi madre el lugar en que estábamos compartiendo, donde muchos no nos aceptaban. Vino el divorcio y ¿quién fue nombrado por el tribunal como nuestro tutor? el profesor de Historia. El tribunal decidió que era mejor que los niños siguieran con su madre, la que ya estaba embarazada. Como animal de costumbre, fui adaptándome (voces en la casona murmuraban... y este viajero incansable, con tantas mujeres que decía amar, se enamora de una con tres hijos...).

Mi madre ve que me he desarrollado rápidamente. Está por tener su quinto niño. Yo, sigo rebelde, contestadora. Me inscribe en el lugar que el padre Alberto Hurtado, ha instalado cerca de Farellones. Soy aceptada y me lleva al bus. Subo sin mirarla ¿por qué me aleja? ¡ya no soy su niña! Ella está muy delgada. Sus vestidos no son los que lucía antaño, su pelo está pegándose a su cara de color cetrino. Alguien le dice “déjala, está en esa edad, has hecho bien, es del padre Alberto Hurtado”. Aun hoy, cuando noto que el camino se cierra, lo busco. Bien, ésa sería la última vez que vi su rostro doña Palmira ¡muchas veces y por muchos años la llamé!

**Libertador General
Bernardo O'Higgins**

Por una pelota de... ¡cochayuyo!

Nelson Arriagada Rojas
comuna de Rancagua

El mundial de fútbol 2018, que se realiza en Rusia, acapara la atención de todos los medios de comunicación: escrito, hablado y visualizado, es decir: diario, radio y televisión.

El bullicio de una ciudad pujante, producto del avance tecnológico, y la necesidad de incorporarse a la modernidad, lleva a la construcción de edificios que, en vano esfuerzo, pretenden tocar el cielo.

Enormes avisos luminosos que invitan al consumo desmedido e irresponsable: ¡Comprar! ¡Comprar! ¡Comprar!, como índice para triunfar.

Esta vorágine, de la que pretendo escabullirme, no logra borrar el recuerdo de ese grupo de niños cuyo promedio de edad fluctuaba entre los 12 a 14 años, que hacían de las apacibles y coloniales calles de Rancagua su campo deportivo, en las cuales realizaban terribles pichangas de fútbol. Cuatro piedras demarcaban ambos arcos; y la solera, los límites permitidos para jugar.

De entre los barrotes de las ventanas de mi casa, en la calle Estado, los observaba, empapándome con el entusiasmo de ellos, como furtivo espectador de un evento indeleble.

Eran, aproximadamente 5 ó 6 jugadores por equipo. El tiempo de duración de sus pichangas era impreciso e indefinido.

Un encuentro podía durar horas, y/o hasta que se cansaran o apareciera un carabinero, y cuando esto sucedía, cual palomas desbandadas salían todos corriendo hacia sus hogares.

El juego era interrumpido cuando, ocasionalmente, pasaba algún vehículo, por lo general, victorias (coche tirado por uno o dos caballos).

En algunas ocasiones, los sorprendía la oscuridad de la tarde, cuando el día emprendía su retirada y daba paso a un incipiente alumbrado público, con lo que se ponía término a toda actividad deportiva.

Los implementos que usaban era la ropa y zapatos de uso diario.

No era necesario uniformarse. ¡Todos se conocían! Y lo más extraordinario es que el elemento principal, musa de inspiración de sus jugadas, era una pelota de cochayuyo, de confección casera, que increíblemente daba botes sin tener aire en su interior.

No era necesaria la intervención de un árbitro. Si la pelota transgredía los límites consensuados, uno de ellos gritaba... ¡Fuera!; o era tocada con la mano, otro gritaba... ¡Mano!, y el juego se detenía. Todos respetaban la sanción.

¡Qué demostración de honestidad!

Si uno se caía, producto de un faul o un tropezón, se paraba rápidamente, con su canilla o rodilla magullada, por las piedrecillas sueltas que dejaba el paso de la lluvia invernal. Se mojaba la mano con saliva (escupito), se masajeaba un poco y seguía jugando, aunque la pierna se tiñera de un leve color rojo.

En una de esas ocasiones, al parecer trascendental, uno de los jugadores, en pleno juego, logra zafarse de la custodia de su ocasional oponente y corre solo a enfrentarse con el arquero rival, y con un furibundo puntapié, logra vencer la resistencia de él y también la del vidrio de la vitrina del almacén que había a sus espaldas. En ésta quedó la pelota como mudo testigo de cargo.

No hubo celebración por el gol, ya que el estruendo del vidrio roto les causó tal espanto, que todos -salvo el arquero y el autor del gol- arrancaron en distintas direcciones.

El dueño del almacén salió corriendo para averiguar quién o quiénes fueron los causantes de esa presunta hecatombe.

No sé qué hablaron, pero presumo que uno de los dos jugadores asumió la responsabilidad, porque lo tomó firme del brazo y lo llevó al interior del almacén. ¡Qué disparidad de fuerzas se medían!

Al poco rato llegó carabineros y los tres fueron al domicilio del niño, seguro que a constatar la residencia que le habría dado el menor.

La curiosidad me hizo salir de casa para indagar cuán graves eran los acontecimientos.

Después me enteré de que hubo un “juicio abreviado”, entre fiscal (carabinero), víctima (almacenero) e imputado (el niño).

Sin apelación alguna, se sancionó que los daños los debía pagar la madre del púber, en un plazo de quince días.

Al condenado le requisaron la pelota, como sanción adicional, y la prohibición de jugar en la calle... ¿Qué tal?

Durante los días siguientes, los vi jugando en la calle Campos, paralela a la calle Estado.

El mismo juego, otra pelota.

Hoy no hay pichangas callejeras. El fútbol, otro mundial, lo verán por televisión.

El tiempo ha pasado y han cambiado las cosas y situaciones. Otros juegos, otras actividades.

El almacén no existe; se transformó en mall.

El almacenero falleció.

La antigua cancha de cemento, hoy es paseo peatonal.

Los niños crecieron...y la pelota de cochayuyo...nunca apareció.

Fuga telúrica

María Endocia Peña Tapia
comuna de Rancagua

Al amanecer del día siguiente al evento telúrico, más conocido como 27F, estando sentada en un sitio que miraba hacia mi casa en la playa de Bucalemu, vi venir hacia el techo de esa casa a una bandada de golondrinas que aleteaban, piaban y buscaban entre las vigas del corredor otros nidos de aves de su especie. Se armó gran alboroto de alas y ruido de piares como una gran conversación entre ellas. Pasado unos minutos o segundos, no sabría decir, se juntaron todas las aves, las que vinieron y las que estaban resguardadas en el techo y posterior a esa conversación emprendieron vuelo hacia el norte. No quedó ninguna. Sólo silencio y soledad adornada por los rayos del sol saliente.

La ignota inmolación de un sanfernandino

Luis Arturo Ibarra González
comuna de San Fernando

Luis circula en bicicleta hacia San Fernando; lo acompaña un devoto amigo de infancia. La jornada se presenta ostensiblemente calurosa. Recién comienza el año; estamos situados a inicios de enero. Estos jóvenes van entrando a la metrópolis, despreocupados y traviesos como todos los chicos de esa edad. Luis presenta apenas 19 años y ya escudriña pasajes de aventura en cada desplazamiento lejos de la cautela paterna. El padre lo exagera con su militarizado control.

Ambos socios de correrías se aproximan pausadamente al centro sanfernandino, intentando capturar alguna sonrisa en la boca de las decenas de muchachas que se desplazan por las aceras parduzcas ataviadas con ropajes de moda y coloridos matices en sus rostros acicalados. Una que otra fémina reacciona ante los piropos de los fogosos adolescentes.

De pronto, alguien grita desesperado: “¡La petrolera se quema; la petrolera se quema!”. Luego, otra voz insiste: “¡Corran, corran, la ciudad va a explotar!”.

Ellos trepidan, incrédulos. Por momentos llegan a pensar que los alarmistas están chiflados. Irresolutos, avanzan unas cuantas cuadras hasta la línea férrea que aísla la fracción oriente de la ciudad; pero los carabineros los detienen; deben regresar. Cerca, se distinguen algunos grupos de ciudadanos huyendo despavoridos. Y ya estos jóvenes no lo piensan más; solo atinan a escapar del tumulto,

de la debacle, pedaleando a todo pulmón. En pocos minutos abandonan el sector urbano, en dirección a su pueblo Tinguiririca, escapando del horror como almas en pena.

En la lejanía, Luis recibe el mensaje transportado por el viento norte. El recado circula con dolorosos susurros, con alaridos, con espanto. Un trabajador del oleoducto se ha inmolado por salvar a los sanfernandinos.

“La Petrolera se quema. De pronto, una luz extraña, una fuerte explosión, el cielo encendido, la gente corre horrorizada. San Fernando hiede a muerte. Es una jornada incomprensible para ese hombre llamado Manuel Meneses, un día especial para sus valerosos veintitrés años. Sus manos trémulas aferran la válvula profana que decide el futuro de la ciudad. No es su turno, pero el destino quiere que esté ahí, para convertirlo en protagonista. Entonces, él, en vez de correr, olvida el pavor y se desplaza hacia ese candente lugar en donde está alojada la válvula principal del oleoducto. Envuelto en llamas, logra cerrarla, y ese acto evita que la ciudad estalle. Ahora, los tambores petroleros, atiborrados de combustible, al fin reposan, ha pasado el peligro.

Unos días atrás, Manuel no quiso que su esposa María Graciela, con siete meses de embarazo, se quedara en el hospital de San Fernando. Tenía miedo, pues su madre había muerto ahí, durante el parto que lo trajo a él a este mundo; por lo tanto, ella se fue a Santiago para dar a luz. Él se quedaba solo.

Finalmente, el destino perdona a San Fernando, lo deja seguir viviendo; sin embargo, se lleva consigo la vida de Manuel, su valerosa vida. El destino marca definitivamente su condición de héroe anónimo, de historiador sin laureles, de hijo ilustre. En esta fecha el amor por el prójimo le compra a Manuel un boleto al más allá, “un pasaje al cielo”.

En la esquina de dos avenidas principales de la ciudad hay un monumento que fue erigido para conmemorar la inmolación de Manuel. El pueblo sanfernandino conoce esta historia, pero yo considero que la nación chilena la ignora. Por eso, la escribo. Es nuestro

deber, como patriotas, recordar a quien jamás dudó de su noble disposición para actuar en favor de la gente local.

“Manuel, que Dios bendiga con creces tu humano sacrificio”.

Remembranzas de la educación parvularia en la ruralidad

Liliana Arenas Esquivel
comuna de Rancagua

Liliana, desde hace poco tiempo que vive su etapa de jubileo; paso a paso ha tenido que reinventarse y en las tardes de invierno, abrigada por el tibio sol que entra por el ventanal, se sienta en su sillón favorito, observa la plaza de la ciudad donde vive y teje.

Mientras sus palillos entrelazan lanas multicolores, repasa lo que fue su vida profesional, la que le permitió llenar su corazón de distintas emociones, difíciles de definir; desde los lejanos días de sus inicios en el jardín infantil de El Barrero -población ubicada en los confines de Conchalí, en Santiago, su ciudad natal, y que debía su nombre al lodo que embardunaba sus calles de tierra en cada invierno-, hasta la contemplación de la naturaleza que le permitieron sus recorridos diarios y conocer de las historias de subsistencia de un grupo de mujeres jóvenes, ilusionadas con su primer trabajo, pleno de desafíos en la soledad de los sectores rurales de la región de O'Higgins, a la que se trasladó junto a su marido cuando su hija y sus hijos eran pequeños.

Esta educadora de párvulos, que desempeñó distintos cargos en la institución en la que trabajó toda su vida (la JUNJI), en el año 1990, al poco tiempo de llegar a Rancagua, asumió un inédito desafío: asesorar el funcionamiento de Programas No Convencionales de Educación Parvularia, los denominados Jardines Familiares y Labo-

rales, creados con el objetivo de aumentar la cobertura de atención de los párvulos, los que funcionaban con un grupo heterogéneo de niños y niñas de 2 a 5 años en escuelas rurales o semi rurales, a cargo de Técnicas en Atención de Párvulos, las que fueron destacadas y reconocidas por ella, hasta que se acogió a retiro.

La Lili, como le dicen sus cercanos y amigos, tiene grabado el recuerdo de sus viajes por la VI Región, cuando visitaba los nuevos jardines Infantiles enclavados en distintas localidades rurales; las imágenes se cruzan interminablemente: vuelve a viajar en micros antiguas, las que recorrían caminos de tierra, que dejaban estelas de polvo a su paso, a través de las cuales se veían pasar por la ventana los bosques de pinos, los sembrados en los cerros, las plantaciones de paltos y naranjos, los almendros y ciruelos en flor, los parronales cuyas hojas cambiaban de color según la estación, desde el verde intenso hasta el ocre dorado en el otoño; las loicas paradas en el alambrado eléctrico, inconfundibles con su pecho rojo; la soledad inconmensurable en algunos trechos; la bandera chilena flameando sola en medio del campo; la gente sentada fuera de sus casas haciendo señas a los viajeros; las ancianas hilando lana en ruecas artesanales y vuelve a escuchar el aviso de sus compañeros de viaje: ¡¡¡Señorita, llegamos a la escuela!!!!

Entonces, rememora la amabilidad de los Directores, que hacían patria en sectores alejados del centro urbano de cada provincia; el cariño y la cálida acogida de las familias cuyos hijos e hijas eran atendidos por una jovencita que no era profesional, pero que estudiaba y se capacitaba porque quería surgir en la vida y apoyar una educación de calidad en la ruralidad; cada una con una historia personal de temple y sacrificio; la que muchas veces dejó el hogar familiar para vivir en la escuela donde se desempeñaba, ya que no había ningún tipo de locomoción para trasladarse y cumplir con su horario de trabajo, todos los días; y la que muchas veces logró ingresar a la Educación Superior y recibirse de educadora de párvulos, desempeñando, posteriormente, ese rol en jardines infantiles de su comuna.

Y se enternece, cuando su recuerdo se detiene en los distintos grupos de párvulos que visitaba durante cada mes, siempre alegres, activos, espontáneos, locuaces y dicharacheros; los que progresan

ban en el desarrollo del lenguaje, la creatividad, la afectividad, la expresión y en la adquisición de nuevos aprendizajes, por lo que se esperaba que rompieran su círculo de vulnerabilidad y cursaran con éxito sus estudios primarios y secundarios, evitando la deserción y la repitencia escolar.

Ella sabe que la función desempeñada en esa época fue un privilegio, ya que pudo colaborar con el desarrollo de la educación parvularia para los niños y niñas que no tenían ninguna posibilidad de acceder a un jardín infantil, y también con el perfeccionamiento de las encargadas de los jardines no convencionales, lo que realizaba cuando los párvulos regresaban a sus hogares y había un espacio para evaluar lo observado, como también para entregarles nuevos conocimientos e intercambiar prácticas educativas que la enriquecieron como profesional y como persona.

Gracias a esa particular experiencia, Liliana logró conocer la mayoría de las localidades rurales de la región que la acogió y donde crecieron y se formaron sus propios niños; por lo que nunca olvidará el mar de Pichilemu, la nieve de Coya, los papayos que daban sombra a las calles de Cahuil, las casas que parecían retablos en Chépica, los sombreritos de La Lajuela, los cultivos de proteas en Navidad, la caleta de pescadores de La Boca, el puente colgante de Pueblo Hundido, el aroma a café en Graneros, los chamantos de Doñihue, el mimbre en Chimbarongo, la represa al llegar a Quelentaro, los álamos que llegan al cielo en Coltauco, las crianzas de pavos en Casas del Carmen de Codegua, las embarcaciones en el Lago Rapel en Las Cabras, el maní artesanal en San Vicente de Tagua Tagua, las piedras rosadas de Pelequén, el pueblo de Salsipuedes en Malloa, la estación de trenes de Peralillo, las ruedas hidráulicas de madera de Larmahue, los cerros de distintos colores de El Potrero en Paredones.

Las sombras del crepúsculo interrumpen sus remembranzas y una calidez abraza su corazón, ya que siente que sus múltiples vivencias rebosaron su espíritu de distintas emociones: de gozo, alegría, ternura, sorpresa, serenidad, admiración, satisfacción y de agradecimiento por lo vivido, para siempre.

Casi monja y un murciélago

*Iris Morales Olguín
comuna de Litueche*

Mi llegada a las monjas fue un cambio muy grande en mi vida. Empecé a ser otra persona. Adquirí conocimientos distintos a los que traía de mi casa en el campo.

Estuve 14 años en la congregación de María Auxiliadora y, aunque al principio fue duro, me acostumbré a vivir con las reglas de un colegio de monjas, como levantarme a las 6 de la mañana, almorzar a las 12 del día, tomar onces-cena a las 5 de la tarde y acostarme a las 9 de la noche. Pertenecí a la selección de vólibol (deporte que era mi favorito) y fui muy querida y respetada por las monjas y mis compañeras. Además, el colegio me dio una carrera técnica.

A los 18 años tuve que escoger entre 3 opciones de vida: ser carabinera, ser voleibolista o ser religiosa.

La primera opción, ser carabinera, surgió gracias a la secretaria que trabajaba en el colegio. Ella, como venía del mundo exterior, siempre nos estaba poniendo al día de las cosas nuevas que sucedían afuera. Una de las noticias que nos trajo fue que la institución de Carabineros estaba abriendo vacantes para mujeres. En ese tiempo, pertenecer a carabineros era algo que daba estatus, así que me lo pensé.

La segunda opción, es decir, ser voleibolista, surgió porque el profesor que nos entrenaba era del Club Deportivo Universidad Católica. Él fue quien me dijo que tenía cualidades para este deporte.

La tercera opción, vino de mi orientadora espiritual en el colegio. Su misión era descubrir jóvenes con vocación para ser religiosa. Me decanté por esta opción porque era lo que me permitía desarrollar una labor social como ayudar al prójimo. Entonces postulé para ser religiosa y fui aceptada para ser aspirante a hija de María Auxiliadora. Mi vida dio un vuelco.

Fui trasladada a una casa de formación en la que permanecí 6 meses. Luego, fui aceptada en el noviciado para ser religiosa, lo que duró dos años.

En esta etapa te preparan para hacer los votos de pobreza, castidad y obediencia. Aquí también aprendí un idioma, el italiano, que mi piace molto, y me sentí parte de una gran familia.

A pesar de todo esto, había una regla que me era muy incómoda: el silencio perpetuo dentro de algunos horarios del día y la noche. La única excepción era levantar la mano para comunicar algo grave a la religiosa encargada.

Dentro de las muchas anécdotas que viví en el noviciado, hay una que recuerdo hasta ahora. Una noche de verano que pensábamos que iba a ser como todas las otras, sucedió algo inesperado: comenzamos a sentir un ruido extraño en el dormitorio, como de aleteo; yo al principio creí que era un pájaro, pero como tampoco se podía prender la luz, no podía ver qué era. El ruido se movió a la ventana, y con la luz de la calle me di cuenta que era un murciélago. Mi instinto de campo me dijo lo que tenía que hacer. Me levanté y fui al lugar donde estaban guardados los traperos. Saqué varios para que me ayudaran mis compañeras. Algunas ya estaban despiertas, así que les pasé los traperos. Con el ruido se levantaron otras más. Las que teníamos traperos comenzamos a darle palos donde creíamos que estaba el murciélago.

Era tanto el miedo, que algunas rompieron el silencio perpetuo. Nos pusimos a hablar para señalar el animal. Una dijo “¡Aquí está!”, otra dijo “¡Allá va!”, otra “¡En la cortina!”, de repente una dijo “Se metió en la cama, debajo de las sábanas”. Todas corrimos hacia esa cama para darle palos. El murciélago parecía ser muy duro, porque

no moría, seguía moviéndose, cosa que no parecía muy extraña. Al final el animal dejó de moverse, pero ninguna se atrevió a levantar la sábana y botarlo. Nos fuimos a dormir.

Al día siguiente, en el desayuno, nos fijamos que la novicia más obediente estaba adolorida. Una compañera le preguntó:

- ¿Qué te pasó? - a lo que ella respondió:

- Ustedes me pegaron anoche. ¿Por qué lo hicieron, si era yo?

- ¿Por qué no hablaste? - le dijo una compañera.

- Porque no se podía. Estaba cumpliendo el silencio perpetuo - respondió ella.

Humildemente, todas le ofrecimos disculpas.

Así como ésta, viví muchas más anécdotas y, aunque no pude ser monja, todo lo que aprendí ahí me ha servido para la vida cotidiana y ser mejor persona. De hecho, soy catequista, así que sigo ayudando al prójimo.

Maule

Entre piques y socavones

Silvia Lillo Torres
comuna de Yervas Buenas

Fue en la endémica floresta de la costa de la Quinta Región. Aquel helado amanecer, comencé tempranamente mis quehaceres. Chincolco, zona urbana hacia el interior de Petorca, es un área geográfica con antiguos piques mineros de cobre, oro y plata; hoy abandonados al tiempo cruel e inexorable.

Tempranamente había desayunado, salí entonces a caminar por los alrededores de mi vivienda. Mis pasos se encaminaron sobre un sendero cubierto por la blanca escarcha de invierno, ahí estaban las huellas de un puma de montaña. Restos aún sanguinolentos de una cabra, se encontraban esparcidos, indicando que aquel felino se había dado un banquete durante la noche.

Un caluroso verano año 2004, ingresé por un socavón oscuro y maloliente, sintiendo el desagradable olor a fecas y orín de miles de murciélagos, que dormían colgados del techo con sus cabezas hacia abajo. Tenía que caminar con precaución con mi cabeza baja, evitando tocarlos para no perturbar sus sueños.

En Chincolco, caminábamos con mi pareja por un sendero bordeando la quebrada de un cerro. Espinosos y resecos cardos a ambas orillas del camino daban cuenta que el pasado invierno habrían caído algunos chubascos.

El silencio y soledad eran nuestra diaria compañía, nada a la vista de mis ojos indicando presencia de otro ser humano en las cercanías, ni una sola casa.

Mi pareja con quién compartía los espacios de nuestras vidas continuó caminando solo, recomendándome no alejarme mucho del lugar, podría extraviarme.

Aquel mediodía no había sombra alguna donde cobijarme, ni una brisa de viento. Sólo acompañada del silencio y, millares de mosquitos.

¿...De pronto...?

No tan lejano comencé a escuchar un leve bullicio. Desde ese lugar se podía observar hacia diferentes direcciones, pero nada me indicaba el origen de aquel ruido lejano. Cada vez lo iba sintiendo más fuerte y, cercano en dirección hacia donde me encontraba. La curiosidad y un poco de temor envolvieron mi ser, aumentando mi temor el sol abrazante.

Cada vez más cerca, me di cuenta que eran decenas, o quizás cientos de aves silvestres. De pronto, ante mis ojos apareció un hermoso zorro chilla, me lanzó una mirada indiferente, y continuó su camino. Lo observé en silencio y fascinada, su hocico entreabierto daba cuenta de su calor y cansancio. Tras él, venían cientos de codornices lanzando palabrotas en el idioma de las aves, quizás alborotadas por haber comido sus polluelos o huevecillos de sus nidos.

Aquel fue el alboroto que se escuchaba desde lejos, en esos momentos los tenía cerca de mí.

Se me ocurrió unirme a esa caravana de furiosos y a la vez preguntarles.

¿...Qué les dijo es ese zorro malo...?

Al escuchar mi voz se hizo un silencio absoluto, enseguida comencé a buscar esa bandada de codornices entre espinosos arbustos, no encontrando nada.

Imaginé que las avecillas mayores habían tapado la boca a las más pequeñas. Al final, todo fue un misterio, desaparecieron del lugar sin encumbrar vuelo ni correr por entre las ramas.

Un poco más tarde, observé al zorro levantando polvareda en un recodo del camino, Había capturado una liebre que chillaba entre sus fauces en agonía.

Fin.

Mi ayer, y mi hoy

Ricarte Antonio Cofré Cofré
comuna de San Clemente

Al comenzar mi relato, y volver a recordar tantas cosas de mi niñez, algunas alegres otras tristes, pero todas a mi parecer, muy llenas de aprendizajes.

Y en lo que les quiero compartir especialmente, es el hablarles de mi amada madre, una mujer llena de virtudes, que a pesar de no saber leer ni escribir, se desarrolló de una forma fantástica para poder sacarnos adelante a sus hijos. Siendo mis hermanos mayores muy pequeños, perdió a su esposo, el cual fue asesinado por una mujer, por no regalarle una moneda para ella seguir bebiendo alcohol.

Un día domingo en que él vino del campo, hacer unas compras de víveres a San Clemente, la mujer llamada la Camiona, le enterró un cuchillo en su estómago. Allí, murió desangrándose.

Transcurría el tiempo, y mi mamá quedo con todo el peso de la casa, en donde empezaron a escasear los alimentos, y tuvo que salir a trabajar al campo para mantener a sus hijos. Llegó un momento que tuvo que dejar la vivienda en la cual ella vivía junto a sus pequeños hijos, y buscar trabajo en otro fundo, donde le dieron trabajo como ranchera, esa labor era el hacerles la comida a todos los trabajadores campesinos. Se trataba de unos tremendos fondos, los que llenaba de porotos con mote todos los días. En ese trabajo fue que conoció a un hombre que la enamoró, el cual le ofreció este mundo y el otro, con él tuvo dos hijos, mi hermana maría y yo. Él le mintió a mi madre y, no nos reconoció como sus hijos. Después este tipo se casó con otra mujer

del mismo sector, y nos dejó sin padre y sin apellido. Mi pobre vieja sufrió en silencio su angustia, pero seguía luchando por sus hijos. Si aún recuerdo como si fuera hoy, como llegaba en el invierno, mojada hasta la cintura, sacándole rábano al trigo, yo la veía y sentía rabia de ser tan pequeño, y no poder ayudarla, pero cuando cumplí los siete años, comencé a estudiar medio día, y el otro medio día, lo trabajaba en el campo, para poder ayudar en algo para la casa.

Cuando cumplí los quince años, me invitaron a trabajar a una empresa (Ralco) donde ingresé como junior, para mantener las oficinas limpias y enceradas. Mi primer sueldo fue para mí mucho dinero, el cual no había ganado en todo el tiempo que llevaba trabajando en el campo.

En mi casa comenzaron a cambiar las cosas, y mi mamá pudo adquirir cosas que nunca tuvimos, como camas nuevas, comedor, y utensilillos para la cocina. Hasta una artesa para lavar la ropa, porque antes lo hacía en el canal que pasaba frente a nuestra casa. Para la noche de “San Juan”, nos sacaba como a las cinco de la mañana de la cama, para que nos bañáramos en él, porque decía que el agua venía bendita.

Le cambió la vida a mi familia con mi salida a trabajar a esa empresa, y también me cambió a mí, como persona, ya que comencé a tener roce social con otras personas con educación. Yo en ese tiempo, sólo había llegado hasta tercero básico, claro que después quise estudiar y, aprender muchas cosas de lo que pasaba en el mundo, comencé a estudiar nocturno. Fue así que ingresé a sacar dos cursos en uno, después entré al liceo de hombre de Talca, donde terminé mi enseñanza media.

Me fui a Santiago como bodeguero de una empresa, la cual estaba haciendo un nuevo edificio para la facultad de la universidad de Chile. Después vuelvo a San Clemente, y entro a trabajar en la panadería San Clemente, donde duré treinta y tres años, la cual me dio la oportunidad de entrar a estudiar comunicaciones y locución, donde hice este curso por dos años, después entré a hacer un curso rápido de periodismo, en la Universidad Católica del Maule, por tres meses.

Ya llevo más de cuarenta y tres años comunicando atreves de la radio y la televisión, donde he tenido a grandes invitados. Personalidades del mundo político, embajadores, diputados, senadores, presidentes de la república, entre otros.

Estando en la panadería, el año setenta y tres, un nueve de octubre, casé con mi amada esposa Elizabet, compañera de toda una vida, con la cual tenemos tres hijos maravillosos, los tres profesionales, con un hogar grande y propio, en el cual ya estamos quedando sólo los dos, con mi viejita.

El año dos mil, y en acuerdo con mi señora, decido dejar mi trabajo, para instalar nuestra propia panadería y pastelería, trabajaba mucho más, pero ese esfuerzo y sacrificio tendría sus frutos. El independizarme, el ser un empresario panadero, lo cual nos permitió vivir en una forma diferente.

Un día al cerrar mi negocio, y de repente se pusieron unos fuertes dolores en mis extremidades, los cuales no me dejaban moverme, no sé a qué se debían tantos dolores musculares. Me llevaron a un traumatólogo y, me descubrió una artritis reumatoide en todo mi cuerpo, y como yo no podía trabajar mi negocio, decidimos vender todo para tratarme, y vivir tranquilos, claro que a la mitad de lo que me habían costados las maquinarias. Hoy sólo trabajo en lo que me apasiona, mis programas de radio, y televisión.

Han pasado los años, y recuerdo mi pasado, y miro mi presente y doy gracias a Dios, por las oportunidades que me ha dado, las cuales he sabido aprovechar, y digo, nada es gratis en esta vida, y si tu no luchas, nada te llegará a tu casa gratuitamente, dar gracias a mi compañera por más de cuarenta y siete años juntos, una luchadora, una madre ejemplar. Hoy miramos el pasado como un bonito recuerdo, pero el sufrimiento no se te borra jamás.

Gracias Dios, por lo que me tocó vivir, y por lo que tendré que pasar. Espero pasar mi vejez junto a mi esposa, mis hijos, mis tres nietos, y nueras, gracias señor por todo lo recibido en este mundo.

PD: (nada se logra sin luchar y sin sacrificio).

El zorro en la tinaja

Elías Merino Peñailillo
comuna de Talca

El tiempo, los recuerdos y sus espacios transcurridos, me han hecho retroceder en aquellas vivencias tan hermosas de mi niñez.

No podrán quedar abandonadas en el pasado, por lo tanto, he decidido rescatarlas.

Sería por los años 1957-58, mes de julio, fase lunar cuarto menguante. Sé que era ese mes porque me encontraba con mis vacaciones de invierno. Desde niño he amado la naturaleza, sus espacios libres por donde transitaba entre cerros y valles.

Las podas de viñedos, se efectuaban en los meses de julio y agosto allá en las lomas de Pilén Bajo.

Aquella mañana invernal caminaba con mi amigo Orlando Yévenes, desde los Altos de Mirasol hacia los terrenos de Miguel Enríquez, ubicados en la media falda de un cerro antes de llegar a Cachimbajo. Siempre acompañados de nuestros mejores amigos, los perros de raza “Kilterrier” que iban olfateando a la vera del camino alguna presa.

En nuestros bolsillos, un trozo de tortilla de rescoldo; en nuestras manos, unas ondas de negros elásticos para lanzar piedras entre la arboleda. Aquel día, Miguel había organizado un Mingaco para podar su viña. Aquella mañana antes de salir, tomé una calabaza, y la llené de generoso vino tinto que producía mi padre, la amarré con una cuerda para transportarla sobre mis hombros. Caminamos

por huellas quebradeñas de carretas, entre charcos y barriales de invierno. Bordeando la media falda de un cerro por entre densas arboledas autóctonas, llegamos al Alto las Cruces, había allí una gruta improvisada de piedras; en su interior, unas lánguidas velas apagadas por la acción del viento. A ese lugar los campesinos le llamaban “El Descanso”, cuyo origen se debía a una tradición costumbrista, popular y espiritual. En aquellos años los difuntos se transportaban en angarillas hacia los cementerios de la ciudad, cargando sobre sus hombros el ataúd. En ese lugar se descansaba unos minutos; se repartía un vaso de vino que se llamaba “Gloriado”, en respeto y memoria de aquel que había partido al descanso eterno. Se instalaba una cruz para luego continuar en su trayecto.

Más allá una “Huallanta” (Bosque de Robles, Hualles, Canelos Retamos, Copihues y Avellanos).

Con nuestras ondas comenzamos a lanzar piedras a los primeros digüeños que pendían de las ramas de un añoso roble.

Nos fuimos caminando por una pendiente entre la floresta, bordeando las colosas barrancas; así, acercándonos a esa pequeña parcela ubicada cercana a Cachimbajo.

El clip-clap de las tijeras podadoras se escuchaba desde lejos. Allí estaban Miguel Enríquez, los hermanos Facundo y Norberto Yévenes (hoy desaparecidos en el tiempo).

Sorteando entre Boldos y montes de Murtas, llegamos al lugar de la poda.

Saludamos extendidas nuestras manos; a la vez, entregamos de regalo aquel rico mosto. Cooperamos en la minga retirando los sarmientos de las vides, y depositarlos en una pequeña barranca.

Había que despejar ese viñedo, para que quedase en óptimas condiciones para la cava en el mes de septiembre.

Nuestros perros alentaron sus oídos, distante y lejano el aullido plañidero de perros zorreros. Transcurrieron unos cuantos minutos, de pronto aparece un hermoso y estilizado zorro Culpeo, su hocico entreabierto con sus babas en colgajos; cruzó en trote lastimero aque-

lla viña. Todo hacía suponer de una agotadora huida de sus persegutores. En tanto, atrás aquella jauría prontamente le daría alcance.

El perseguido, después de cruzar la viña... (...), se encuentra frente a una pequeña casa de campo, en su interior se guardaban lagares, pipas y tinajas. Fuera de la vivienda una tinaja de costado, ahí entonces el zorro ingresa de un salto por el boquete, permaneciendo en absoluto silencio.

Cada vez más cercanos se escuchaban los aullidos lastimeros de los perros zorreros.

La manada aparece siguiendo al perro maestro. Nunca había visto un evento de esta naturaleza; llegando al escondite del ladrón de gallinas, rodean aquella improvisada fortaleza.

El astuto en su interior no daba señales de vida, limitándose a permanecer quieto y silencioso recuperando fuerzas. La escapatoria a esas alturas resultaba imposible; sus persegutores, contra viento lluvia y temporal no le darían tregua. En su instinto, él quizás lo sabía.

A estridente y lejano sonido de un cuerno, aquellos perros respondían con lastimeros ladridos.

La poda de la viña se detuvo; prontamente aparece un cazador montando un blanco corcel, portando escopeta yuxtapuesta en sus manos. Un saludo protocolar, y solicita permiso para ingresar en aquellos terrenos; distante unos 150 metros aquella tinaja, una improvisada pero férrea fortaleza.

Se apea del corcel; observa el refugio y no hace uso de su arma.

Los perros tenían que hacer su trabajo; a las órdenes de mando indica a uno de los canes el ataque ¡Ya!

De un salto el perro zorrero ingresa por el boquete, fueron sólo unos breves segundos de estrecho combate. El zorro a la defensiva tenía todas las de ganar, recibiendo a dentelladas a su, produciéndose una espectacular retirada.

Tensos eran aquellos instantes, el cazador evita utilizar su arma; los atacantes tenían que conquistar el objetivo final.

Sorpresivamente, el estilizado salto del zorro vuela por los aires tratando de escapar, cayendo entre las fauces de un perro, produciéndose un feroz y breve combate con ambos contendores de pie. El zorro prontamente abandonó la contienda; en un vacilante trote con sus fauces entreabiertas y sus barbas en colgajos, nuevamente busca refugio y lo hace bajo el manto de sarmientos de aquella pequeña barranca.

Mientras que las acciones se desarrollaban, nuestros dóciles y pequeños canes observaban atemorizados aquel desigual combate

Acá, nuevamente el cazador emite otra orden; señala a uno de los zorreros con aspecto de Charles Bronson criollo, produciéndose el nuevo ataque. En aquel desigual enfrentamiento los perros sacudían a dentelladas al Culpeo.

¡Alto, alto...!

Ordena el cazador...

El zorro con su cuerpo cubierto de barro ha quedado tendido, sin otorgar espacio alguno de flaqueza.

Resoplidos señalaban que el final estaba cercano.

¡¡...Más de pronto...!!

Aún herido, sangrante y moribundo, no trata de escapar, quema sus últimas energías trenzándose en feroces dentelladas; a pocos instantes, una profunda exhalación.

No existirá en esta tierra señalada otro estoico guerrero que entregue hasta el último aliento en defensa de su vida.

Sólo sé, que más nunca lo sabré.

Fin.

La muñeca nueva

*Claudia Muzzio Jeffs
comuna de Curicó*

Fui hija única, hasta casi los cinco años. Los escasos recuerdos que tengo de ese período, veo a mi madre jugando a las muñecas conmigo, yo era su muñeca, siempre limpia, con bellos vestidos como muñeca de aparador, rubia, pelo ondulado, y ojos azules.

Mimada, atendida y, con ropas diferentes a lo menos tres veces al día. Ella confeccionaba mis vestidos a la moda de esos tiempos; de tul, con vuelos y, bien arrepollados; el pelo, a veces tomado en trenzas, con dos enormes cintas al final de ellas.

Cada vez que alguien me veía, apretaba mis mejillas y comentaba: –“pareces una muñeca”.

Antes de cumplir los cinco años, mamá se veía más gorda, no sabía por qué.

Un día, mi padre muy nervioso, me llevó a casa de sus padres. Todo era muy extraño, nunca había estado sola en una casa ajena. Había mucha gente, primos, tíos con quienes casi no había compartido. Tampoco sabía jugar con otros, era hija única. Las mayores jugaban conmigo como si fuera su muñeca.

No recuerdo a los abuelos haciéndose cargo de mí, sólo a la vieja Rosa, que siempre arrastraba sus pies, – los zapatos le quedaban grande decía ella-

La Rosa me cuidó cariñosamente, en esos difíciles y extraños días. Yo, no sabía cuidar de mí misma, pues todo lo hacía mi madre.

Pasaron algunos días, no sé cuánto, al fin, papá y mamá llegaron a buscarme, ella ya no estaba gorda y tenía una guagua en los brazos ¡Es tu hermana! – me dijeron-

Feliz de llegar al fin a casa, estar con mis padres, y tener una hermana con quien jugar. Me puse a correr de un lado a otro, golpeando paredes y puertas.

Mamá furiosa levantó la voz y dijo: –“¡Deja de meter bulla, despertarás a tu hermana”! – Hasta el día de hoy retumba, en mi interior, esa llamada de atención.

Ese día, también sucedieron otros acontecimientos que recuerdo con mucha angustia. Mi cama fue ocupada por mi hermana, esto me obligó a salir de la pieza de mis padres, dónde me sentía muy protegida.

El duro sillón de caña del living, se transformó en mi nueva cama. Me sentí sola, abandonada y, muy asustada. Sobre todo, por los objetos que colgaban en la pared, especialmente un par de armas y un machete.

Enfermé por varios días con fiebre alta.

Ahora mi madre tenía una muñeca nueva.

Relato autobiográfico

*Domingo de las Mercedes Zagal Martínez
comuna de Río Claro*

Mi nombre es Domingo de las Mercedes Zagal Martínez, nací en el fundo Santa Julia, de la localidad de Cumpeo, en el año 1941.

Mi padre falleciendo a muy temprana edad, me deja en compañía sólo de mi madre, más 11 hermanos, los que más tarde, nos separamos por razones netamente laborales.

Con los concejos de mi madre, en función también como padre, en ausencia de este, nos incentivó a empuñar las herramientas para poder sustentar el hogar, ya que las familias en ese entonces, eran muy numerosas.

Además, ella siempre nos educó con mucho respeto, honradez y obediencia hacia los mayores.

Mi escolaridad empezó a los 7 años (1948), en el cual y en el transcurso de los 3 años, fui amante de componer como poesías. Una de ellas, la escribí pensando específicamente en ese entonces en mi escuela F-41, y la profesora una muestra de ellas, es la que relato a continuación;

“En Cumpeo, mi escuelita, donde yo voy a estudiar
a aprender todas las letras de consonantes a vocal,
la escuela F-41 me espera a toda hora,
con sus puertas bien abiertas, y una hermosa profesora,
si quieren conocer al autor, de este hermoso recital
aquí yo se los presento, yo soy Domingo Zagal”

Por ser de origen cumpeino, esta poesía ocupó el primer lugar, y fue puesta en el diario mural de dicha escuela.

Con esta hermosa experiencia, aprendí y seguí como compositor de muchos versos y canciones inéditas, lo que me ha dado muchas satisfacciones personales, ya que con este don, he sido invitado a muchos escenarios, para entregar por intermedio del canto y la poesía, los relatos de muchas historias, tanto personales, como acontecimientos muy relevante a nivel país, así como también de mi comuna; por ejemplo: Canciones dedicadas al rescate de los mineros en Copiapó, el año del bicentenario, canción del terremoto en el año 2010, y así muchas otras composiciones.

Una de las experiencias vividas en este hermoso taller literario autobiográfico, me trasladó a recordar las enseñanzas de mis padres, especialmente de mi madre. Las coplas del gran poeta Jorge Manrique, que en cada copla daba una enseñanza.

La copla de la muerte del padre de Jorge Manrique, especialmente me trajo recuerdo de la agonía de mi padre, y también los grandes sufrimientos de Juana López, una madre dedicada a sus hijos.

Así, fue que mi madre, luchó por 21 años por nosotros, sus hijos, que en esos años éramos 12 hermanos.

Con los años, realice muchos cursos, los cuales me llevaron a ser un gran trabajador en diferentes ámbitos: Administrativo en contabilidad en un asentamiento de CORA, trabajador en CORFO, como chofer en labranza, trabajador en servicio público en la municipalidad de Río Claro, así como también chofer en ambulancia.

Trabajé en una arrocería en Cumpeo como mecánico, trabajador en gasfitería en la gran ciudad de Santiago, trabajador en relojería, en la localidad de Cumpeo, así muchos otros oficios.

Contraje matrimonio en septiembre de 1968, con Rosa Elvira Daza Pecheco, tuve 4 hijos los cuales todos viven.

Finalizando con esta autobiografía, hasta la fecha sigo en el ámbito de compositor de canciones, poemas, payas y relatos de mi vida cotidiana, en mi gran comuna de Río Claro.

Agradezco y estaré eternamente agradecido de esta gran oportunidad de participar en este precioso taller dictada por un gran maestro, don Mario Gutiérrez.

Unos días inolvidables

María Valeria Cangana Espinoza
comuna de Yervas Buenas

Recorriendo estuve una mañana, las solas calles de mi pueblo; todo está como siempre, el tiempo lo marca todo. Andacollo con su relave en el pueblo, que parece un manto blanco de alegre.

Pensé que no llegaría con los años a ver mi añorado pueblo, pero ahora, que pude venir, no entiendo como pude alejarme tanto de la casa de mis abuelos. Nada ha cambiado, sus casas sencillas, sus largas calles polvorientas. La iglesia bella, los trapiches ya descansando y, un lugar llamado “El Toro”; este lugar ya no tiene familias viviendo, porque las mineras han comprado todo su alrededor, entonces ésta todo muy seco. Ya no hay fruta en los árboles y, está todo desolado, solamente quedan personas de la tercera edad y, la juventud se ha ido a Serena y Coquimbo.

El otro lugar, es el llamado “La Laja”. Aquí queda muy poco verde de las praderas con sus cactus y tunales. Todavía vive aquí, una prima de mi madre, que cría sus cabritas. Ella vive con su familia, y ésta muy a costumbrada a este lugar. Baja a Andacollo a comprar sus víveres, y visitar a su hija, vecinos, parientes.

Siguiendo el recorrido por tantas calles, me trae recuerdos el negocio de la esquina de la señora Patricia, ella está igual y, el ver muchos portones de madera antiguos con sus candados grandes, mis ojos se deleitan al recordar que caminaba por allí, con mis padres cuando tenía 4 años.

En la casa de mis abuelos, viví mi muchos años con mis hermanos; Era una casa grande con muchos árboles, que mis padres los plantaron, y había también montes, para curar muchas enfermedades. Mi padre trabajaba de minero, y decidió venirse con mi madre a María Elena; allí nacieron mis 2 hermanos mayores y, luego a Antofagasta. Aquí ya éramos 7 hijos. Unos tíos le pidieron 2 hijos para ayudarle.

Ha pasado mucho tiempo allí en Andacollo. Allí están mis primos, mis tíos, mi madrina. Ellos viven su vida cotidiana. Me emociono mucho al recordar la fiesta de Andacollo, la casa estaba con mucha gente. Nos mimaban las personas y, nos hacían regalos y, me pedían a mi madre que me regalara para ellos criarme y ella no me regalaba.

Todo esto pasó al llegar a Andacollo. Tantos recuerdos al entrar a la casa de mi abuela. Recordé que tiraba piedras de una muralla al trapiche y, el polvo quedaba con piedras; entonces venia el dueño a acusar la travesura a nuestros padres.

Al subir la cuesta de Andacollo, era pura tierra y, ahora está con asfalto. Es hermoso subir a Andacollo para ver su neblina, y sus cactus de diferentes tamaños.

Para terminar, quiero decir Andacollo pueblo minero.

Semblanza de mí

*Irma Cristina Reyes Gavilán
comuna de Talca*

Irma, segunda hija de Miguel Ángel Reyes Reyes y Dionisia Gavilán Martínez. Miguel Ángel, pintor, no precisamente el Buonaroti, no el de la Capilla Sixtina, pero sí, el artífice de la pintura de los mosaicos de la nave mayor de la Catedral de Talca, en los años 1950.

Mi adorado padre, hombre alegre, sociable, trabajador y dinámico, nunca tuvo información acerca de su origen ni de sus lazos consanguíneos. Por decirlo de algún modo, su grupo familiar lo constituyó un recinto de religiosas en Santiago, donde habría sido llevado por una dama llamada Carmen, que a su juicio, sería su abuela. Esta lo habría visitado un corto tiempo y pronto dejó de hacerlo.

Permaneció allí hasta la edad tope, doce años, donde de acuerdo a las normas de dicha Institución, fue entregado a una familia de buenos recursos dispuesta a aceptarlo para encargarse de trabajos u oficios menores. Lo más probable era alguno de los socios cooperadores.

A partir desde entonces, con su escaso grado de alfabetización, debió abrirse camino en la vida. Pese a ello, él mostraba gran interés en la lectura, y semanalmente llevaba a casa La revista VEA, edición chilena que abarcaba temas políticos, crónica roja y espectáculos. Su primer número fue editado en 1939 la que tuvo un período de suspensión, reanudándose posteriormente el 09 de enero de 1995, para salir definitivamente de circulación en el año 2015.

Utilizando esa revista, frecuentemente nos sometía a dictados en casa. Fue en ese entonces, presidente del colegio durante nuestra enseñanza primaria; hoy, básica, lo que evidencia su característico dinamismo.

Dionisio Gavilán y Cristina Martínez, mis abuelos maternos, (ambos viudos), residentes en la localidad El Afligido, sector precordillerano, al contraer matrimonio en segundas nupcias, ambos aportaron hijos a su nueva unión. El abuelo, a Efraín y Bernardino; la abuela, a Domínica y Rosa. La primera, contrajo matrimonio con su hermanastro Bernardino.

Cuando mi madre tenía aproximadamente 10 años, según su propio relato, por una enfermedad o peste de la época, quedó huérfana de ambos padres en un lapso, no superior a 20 días.

Desde ese trágico momento, se disgregó definitiva y forzosamente la familia. Ella y sus respectivas hermanas, todas carentes de alfabetización, fueron básicamente acogidas por familias adoptivas, hasta que mi madre tuvo edad suficiente para emigrar a la ciudad de Talca en busca de nuevos horizontes e independizarse.

Mi querida y abnegada madre, mujer multifacética, de carácter alegre, acogedora disciplinada, trabajadora, perseverante y piadosa. Se encargaba de las tareas hogareñas y para cooperar con el presupuesto familiar, los fines de semana, con ayuda de mi padre, hacía empanadas de horno para nuestro consumo y para la venta.

El destino la llevó a conocer a Miguel Ángel, mi padre y a contraer matrimonio con él un 03 de septiembre de 1938; ambos, con 35 y 30 años de edad respectivamente. Esta hermosa y singular aventura de amor, por desgracia, duró escasamente 16 años. La vida de mi padre fue trágicamente truncada de un cobarde disparo por la espalda de regreso a casa, luego de su jornada de trabajo, un aciago día 26 de mayo de 1954, quedando huérfanos siete hermanos.

Al quedar viuda mi madre, absolutamente desprovista de recursos económicos, debió salir a enfrentar la vida para asumir su rol de jefe de hogar. Desde entonces esta admirable mujer, trabajó arduamente en casas particulares, cosió para tiendas de comerciantes turcos y

vecindario, además de confeccionar nuestra ropa y realizar cuanta actividad estuvo a su alcance, consiguiendo de ese modo, que todos nosotros nos educáramos.

Al llegar las vacaciones de verano, las mayores con 14 y 13 años empezamos a trabajar por los meses de enero y febrero, situación que analizada con posterioridad resultó muy favorable como experiencia, pese a que debimos saltarnos forzosamente etapas de nuestra adolescencia.

Lo positivo, es que todos logramos salir adelante. Yo y dos de mis hermanos varones, nos desempeñamos en la Administración Pública; mi hermano menor, quien estudió en el Colegio Salesianos, se desempeñó en labores de sastrería, radicándose posteriormente, muchos años en Buenos Aires, donde se especializó en la confección de prendas de cuero.

Mi hermana mayor, trabajó tempranamente, en una oficina de Correos y Telégrafos ubicada en el barrio Oriente en Talca, reemplazando para ese efecto, sus estudios diurnos en vespertinos. Ya, madre de familia, incursionó en el área ventas en AFP. Isapres y Herbalife lo que le dio la oportunidad de viajar fuera del país varias veces, por cumplimiento de metas.

Gracias a la formación recibida en el seno de nuestro núcleo familiar, hoy afortunadamente, nosotros, en el rol de padres, abuelos y bisabuelos, contamos con una situación relativamente aceptable, con la satisfacción de haber educado también a nuestros hijos, quienes hoy, en su mayoría, son profesionales.

He querido aprovechar la oportunidad de este taller autobiográfico ofrecido por Senama, dictado por la Universidad Viña del Mar, para plasmar mi experiencia de vida en este relato, como integrante de un numeroso grupo familiar. En él, destaco el protagonismo de mis esforzados padres. Nuestra vida, como tantas, fue de dulce y agraz, por tanto, no me siento víctima de las circunstancias, sino por el contrario, rescato de este peregrinaje, lo positivo de experimentar dolores psicológicos y privaciones, pero también disfrutar de grandes alegrías y satisfacciones.

Considero, sin duda, que lo vivido fue la escuela ideal para impulsarnos a luchar y lograr metas, sin olvidar, como autora de estos nobles personajes, mi auténtico origen, mis raíces. Me siento verdadera y altamente honrada de escribir estas líneas a modo de homenaje y reconocimiento póstumo, a quienes me dieron la vida.

Mis reflexiones y recuerdos en pandemia

*Sofía del Carmen Letelier Jiménez
comuna de Talca*

Tras meditar encerrada en la casa me detengo aquí a pensar en mis vivencias bellas y felices que se anidan en mi ser y aquellas que no fueron gratas o de dolor. Por esa experiencia de vida a pesar de las huellas y cicatrices que quedan en el corazón, espíritu y alma soy esa persona con fuerza interior que me deja un halo de nostalgia, pero mirar el presente con optimismo.

Esta añada del 2020 encerrada en casa por la pandemia y tomada como un año sabático, porque después que me jubilé tuve la oportunidad de integrar diversos grupos y ejercer cargos, además de hacer actividades e interactuar con muchas gestiones de cumplimientos que es como volver a trabajar en algo que motiva bastante, pero que quita mucho tiempo y también no estar en el hogar.

Entonces encontré la profundidad inmensa de saborear lo que es estar en casa y recordar lo que se ha ido formando y obtenido a través del tiempo y lo que primero hice fue empezar a sacar cosas que uno va guardando por uno u otro motivo y donde todo tiene su significado, también mis descansos en cama hasta más tarde y los horarios no eran fijos, todo más calmado y relajado. Cuando empecé con las fotografías las reminiscencias olvidadas eran un torbellino en mi memoria para asimilar tantas vivencias juntas desde que me casé. Luego comencé a escribir los libros de mis hijas que tenía inconcluso con muchas historias familiares de todos, misivas, anécdotas, escritos míos, poesías que recitaban papá y mamá y poemas originarios de mi abuelo materno, y dos cuadernos con reflexiones

y mensajes para mi única nieta. Todo esto me empapó de energía nueva, pero sabiendo que el matrimonio se compone de muchos condimentos ricos para paladearlos y otros amargos que no hubiera querido jamás que entraran a mi paladar.

La partida de mi hija es un dolor que no se mitiga, siempre va a estar ahí, mi compañera de ruta, pero con el tiempo uno aprende que, aunque la vía por recorrer parezca tan oscura sé que cada gota derramada limpiará mis heridas, dejará fluir mis sentimientos para seguir amando y sonreír a los momentos de felicidad en torno a mi existencia terrenal transitoria y efímera cuando tenga que partir y para que mi primavera sea amante de la alegría y en los inviernos mi amiga sea la sabiduría. Y entonces pensé de lo importante que es alimentar el alma en los sueños que se cumplieron en días, meses y años y de aquellos pequeños y grandes que se quedaron en el camino por eso soy parte fundamental del ayer, con mi futuro del mañana incierto, y el hoy es mi familia unida por lazos que no se desatan porque el amor hace esta unión.

Hay tres episodios en mi vida que siempre me acompañaran por lo que representan en mi vida dejando a un lado la partida de mi hija que es el regalo incalculable que me dio la vida para ser su madre.

Puerto Natales donde nací en 1943 cuando era un caserío sin luz en el extremo sur de Chile y actualmente una ciudad turística. Ahí di mis primeros llantos, mis primeras sonrisas, mis primeros pasos y los mimos y besos de mis padres, abuelos y tíos maternos por ser la única hija y nieta en ese tiempo.

Salí muy chiquita y cada vez mi familia se fue alejando de mi caserío natal y aquel inmenso deseo de conocerlo era cada vez más. Pero en el año 1995 hicimos un tour por tierra con salida desde Concepción y después de varios días de travesía por fin llegué a mi tierra y el llanto de alegría de pisar ese suelo me inundó de sentimientos atesorados desde siempre y que era vital para todo mi ser. En tres maravillosos días conocí todo lo que debía de mi Natales y el día que me tocó alejarme fue con mucha pena y con los ojos llorosos y enrojecidos me fui alejando en el bus apegada a la ventanilla hasta

que se perdió de mi vista la última imagen y después el relajo de la felicidad latente en este hecho único que sólo me pertenece. Me traje tierra, arena, piedrecitas, ramitas de pino que se guardan en un frasco y el cual tiene su destino. Puerto Natales, Puerto Natales querido... Y donde quizás no volveré.

Temuco mi segunda ciudad natal. Época de la niñez y adolescencia donde en noches de frío invierno junto a la chimenea jugábamos con papá y las ricas comidas calientes de mamá. Tuvimos la oportunidad de vivir en una casa quinta fabulosa con variedad de árboles frutales, hortalizas, flores, papas, alcachofales y criaderos de aves y chanchos. También se daba talaje a caballos para las personas que llegaban a comprar sus productos para después retornar a sus campos. Fueron varios años de abundancia por las ventas que se producían. Las alabanzas lejos para mamá, trabajadora incansable. Cuando me sirvo cerezas afloran mis añoranzas de aquella quinta.

Para nosotros esta quinta fue fenomenal, los juegos y competencias, corríamos jugando a los vaqueros y a la escondida, nos subíamos a los árboles como monos, los partidos de futbol, los tiros con hondas, las bolitas, el volatín, el trompo, el emboque y yo era un hombrecito más entre ellos. Cuando se faenaba un chanco en esas noches de luna y estrella eran los cantos alrededor de la fogata,

La evocación nunca más vista quedó grabada en mi retina cuando al llegar la noche aparecían las luciérnagas, esos pequeños insectos aclarando la oscuridad con sus lucecitas desplazándose de un lugar a otro cubriendo todo el espacio. Ese paisaje era como andar en el firmamento entremedio de las estrellas. Esta experiencia vivida es una de las más hermosas y que hasta el día de hoy no puedo olvidarlas. Muchos años después volví a Temuco con la familia que formé pensando en las fotografías que tomaría, pero ya no estaba y sintiendo mi gemir me quedé solamente con las reminiscencias en mi memoria de esa etapa feliz que viví.

Talca ciudad natal de mi padre y llegamos una semana antes del terremoto del sur. Pasaron hartos años y llegamos al año 1973, fecha en que me casé, y tuve dos maravillosas hijas y en 2002 nació

mi única nieta. He tenido un matrimonio lleno de logros y amor. Agradecida de la vida por lo que hemos recibido con esfuerzo.

Aquí recordaré un desfile de moda organizado el 2014 por un servicio dependiente de la Ilustre Municipalidad de Talca donde me vestí con un traje largo de novia y lo hice tomada del brazo de mi esposo, como verdaderos novios pasando por la alfombra y pensando que iba camino hacia el altar de la Iglesia y que las personas del evento eran los invitados. ¡Que pensamientos!, pero era la primera vez que me ponía un vestido de novia y mi marido su traje que por diversas circunstancias de enfermedad y medios económicos no pudimos casarnos como queríamos. Cuando pasamos la pasarela con esos soplos de minutos que fueron todo nuestro mundo cumplí un sueño que llegó de pronto, aunque éramos parte de un desfile de moda en el Casino de Talca.

El 2017 nuestras hijas Fabiola y Sofía y mi nieta Sofía Jesús nos hicieron una fiesta sorpresa cuando cumplimos 44 años de casado llamada “Bodas Turquesas” así denominada por los años de matrimonio. Nos hicieron la invitación para la inauguración de la Sala de Eventos Altos de Colín que se efectuaría el 21 de enero. Ese día mi hija no amaneció bien y yo no quería asistir, pero mi amor insistió que debía hacerlo incluso mi hija Sofía estuvo a punto de decirle a los invitados que no asistiríamos. Estuve muy nerviosa antes de irnos y con sentimientos muy encontrados, pero cuando llegamos estaban todas las luces apagadas y al entrar se prendieron viendo y sintiendo muchos rostros de alegría y aplausos. De ahí se produjo todo un torbellino, las palabras, el baile, la cena, las felicitaciones y la alegría de encontrarnos con todos los presentes. La noche pasó volando y éramos los protagonistas de esta celebración sorpresa que quedará por las significaciones que se presentaron en este momento vivido que fue fascinante y profunda por esa fuerza interior de amor para estar presente. Me quedo con el recuerdo de verla feliz y contenta y de mi sensibilidad a flor de piel. Esta fiesta marcó la reunión de nosotros como familia y las últimas fotos juntos con inmensa felicidad a pesar de todas las emociones producidas en cada uno de nosotros. A los 10 días después nos dejó volando a los brazos del Señor.

Ñuble

Acacia solitaria

Yolanda Camila Carvalho Maldonado
comuna de Bulnes

Le preguntan a la señora solitaria, ¿es feliz viviendo en el campo sola? ¡Sí, mucho hasta que me quebré la muñeca andando en bicicleta! Contesta.

Año 2020, orden quedarse quieta y desobedecí, aquí tengo la respuesta. Ahora dudo si mi soledad será tan propicia en mis 75 años, en covid rondando con sus restricciones

Esta tierra la deseé, como consecuencia de escuchar siempre a mamá que le gustaría vivir en el campo. Y soñamos juntas, con frutales, maravillas, lavandas, abejas y chacras.

Nacimos en Concepción: María Cristina y, a los dos años, yo. En la misma casa donde nació mamá y mis tías. Muy pronto quedaría sola con mamá, pues mi hermana se crio en Río Bueno, después que nuestros padres se separaron, para reencontrarnos a los 12 años.

La escolita N°5 fue el jardín de amiguitas, donde disfruté la poesía de Gabriela Mistral; luego el INCOFITO, nos movería a conseguir un espacio para las flores que aún brillan en mi cielo. Dos de ellas me acompañaron al funeral de mi padre; Martita con su pololo, y Paty. De la familia, sólo tío Chele. Esa pobreza de funeral, me llevaría al compromiso de acompañar, y estar, en todos los cercanos que vinieron más adelante. Nunca más, ha llovido como ese día, el ataúd flotaba.

Tuve una mariposa por madre, volaba a trabajar en sus primorosas costuras muy valoradas, pero no bien pagadas.

Mientras estuve casada con el padre de dos de mis tres hijas, hubo encuentros y desencuentros. Ramas del árbol que se han quebrado en el ventarrón de sucesos, que nos abrazaron entre los cinco y 9 años de matrimonio.

Mi marido fue víctima, de un sistema que ofrecía y daba préstamos a diestra y siniestra, a quienes no sabían cuánto interés y cuándo tendrían que pagar. Ese era un torbellino tentador de mucho dinero sin esfuerzo, aunque él, era muy trabajador, le pasaba la cuenta que pagaban su padre y su hermano; pero llegó un día y, me dice, vieja me andan buscando, vendrán los tiras a la noche. Tú les dices que no sabes dónde estoy. No me quedé a contestar a nadie de noche, con tres niñas mujeres. Busquen sus juguetes y libros preferidos, les dije a mis niñas, pasaremos navidad con la abuelita. Y nos fuimos, sin volver jamás a esa casa.

He comprobado, que la identidad no te la da un sistema, que se logra con los aciertos y desaciertos del devenir individual, y el entorno que, afortunadamente para mí, a pesar de mi característica irreverencia, he sido valorada.

La Universidad de Concepción, fue otro jardín que recorrí día a día hasta jubilar. Hermoso caminar he tenido con tres bellas hijas: Verónica, profesora la mayor; y Paola, geóloga la menor. Esta aclaración, la necesito como introducción a mi inspiración de aire, pues Claudia, nutricionista, es la mediana, a quien dedico mi respetuoso escrito, para pedirle perdón. Sé que no basta ningún escrito, por mi ignorancia, al no haber tenido conciencia del daño que provocaría a su alma, a su espíritu y, a su corazón, durante todo el período que le ha llevado madurar la inmadurez de sus padres.

También debo reconocer, que resté tiempo a los detalles de tareas y juegos, que merecían Verónica y Paola. Ahora veo que sobrevivir, sólo fue posible, gracias al padre de Claudia, que salvó mi corazón, y lo dejó en la vereda. Pero antes de soltarlo, respiró, vio, y caminó en paralelo, dándole, ternura, valoración y energía, al ser que se es-

taba desvaneciendo en mí. Gracias por ello Mario. Conocí el amor en la magnitud y delicadeza que cautivó mi todo. En esa época, en que experimentaba un proceso debilitante día a día, como efecto del delirium que provocaban los excesos de algo desconocido, que consumía mi marido.

Sí, estoy convencida que me sostuvo tu mano ese espacio del tiempo que desfallecía.

Seguí caminando sola, eso sí, pero firme para llegar hasta el campo que hoy disfruto y cultivo.

De toda esta historia, sé que no remediaré en mi vida el daño espiritual provocado en el alma de Claudita, cuyo corazón tuvo que sufrir la pregunta ¿por qué a ella le llegó la vida de esta manera? No he sabido pedirle perdón, necesito encontrar la forma de perdonarme y, al buscarla, necesariamente llego al borde de la acera, en que me rescató su padre.

Siempre hay una manera de salvarse sin incurrir en más errores, para mí ella no es un error, y luego de la verdad ¿qué? ¡Es lo que es! Y no hay forma de cambiarlo, como en medio del océano quieres llegar a un puerto, pero no hay tierra firme, todo está ajeno. Así quedé por mucho tiempo. Quería acercarme a Claudita, necesitaba acariciarla, hablarle, y su rechazo en esos tiempos, se metió profundo en mi ser. Me cuesta abrazar a mis hijas, a mis nietos. La separación de mis ramas y mis hojas, ha sido desde las zonas más profundas; ha calado mis huesos.

Fue muy fuerte al tomar conciencia y, ver la ignorancia de mi ser. No tener palabras, pedir ayuda, ¿a quién? ¿CÓMO? Evitarle ese dolor con rabia, que desbordaba su cara cuando me miraba. Sentía su corazón sufriendo. Yo no sabía qué hacer ¿Todo ha pasado? No lo sé. Sólo se que veo una Claudita distinta.

Como madre, has formado a un joven lleno de sabiduría interior, varonil, rico y cariñoso. Inteligente, con armonía en su ser.

Gracias por ser la mujer, hija, madre, hermana, tía, amiga cariñosa en que te has convertido.

Biobío

Nunca dejes de soñar

*Edith del Carmen Castillo Cuevas
comuna de Hualqui*

Un cielo arrebolado me invita a soñar, un tronco yacía muerto, para la reina y las hormigas sobrevivientes desde la época del cretáceo, era su Pangea (su todo). Hoy, en el huerto, admiro el arbol y reflexiono. Porque el futuro es incierto, aparece luz y esperanza, me susurran, no es el tiempo de ser una hormiga jubilada. Hoy es tiempo de reinventarse, tiempos críticos de manejar; del dolor sale lágrimas, y el dolor se esfuma con los bálsamos de la vida en colores, con la llegada de cada primavera, revolucionado nuestras mentes creativas; es la edad que me juega en contra, pero no a mi espíritu soñador. Que se puede, digo una y otra vez.

Tenía 5 años, el acontecimiento fuerte; **el terremoto 22 de mayo 1960 grado 9,5 en la escala de Richter.**

El pasado viene a mi mente hoy. Con 13 años, me acordé de un libro de mi amado abuelito, él me regaló, lo leí, me transportó a los tiempos de la colonia. La curiosidad está siempre inquieta en mí. Al descubrir el origen del árbol genealógico familiar, el libro me entregó una mirada de entender a mi abuelo; la pasión por su pasado de caballos, campos, viñas, inquilinos, y mucha vida de campo, al igual que la familia de mi padre.

Oye, lee esto, y lanzó a la mesa un libro (“Recuerdos del pasado” de Vicente Pérez Rosales 1814-1860). Así no serás charrumina, dos veces ignorante (según reza el glosario de jergas campestres, criollo español). Leí con detalle las historias de las colonias chilenas espa-

ñolas. Mis ancestros eran españoles. Recordé mi madre, me contó que su abuelita tenía una casa patronal y, en ella, una vez al año, los hijos de los trabajadores de sus campos, bautizaban a los niños y el cura llegaba con su gente, y se realizaban grandes comidas con invitados.

Según relatos de mi abuelo, se nos habló un hecho histórico, de grandes masas de personas que arrancaban de Europa hacia América latina. Llegaron españoles, italianos, alemanes al sur de Chile y portugueses. De hecho, él se casó con una mujer de ascendencia portuguesa.

1939-1945, Segunda Guerra Mundial, ese fue el momento más significativo para mi abuelito. Pienso que era como un periodista, que nos leía y caló sus mensajes, muy hondo en nosotros. Mejor estar en este lugar, gracias a DIOS lejos, nos decía.

Hoy donde me ha dado por recopilar mi genealogía familiar, encuentro que “los cuevanos” (los Cuevas), en época de la colonia en la zona central, eran terratenientes. Una familia particular en sus quehaceres de cuidadores, arregladores y, sobre todo, cuidadores de la genética del caballo chileno. Allí entra mi abuelo materno y su pasión por los caballos. Siendo lo que más influyó en todos sus nietos. Su forma particular de expresarse, leyéndonos en voz alta diarios, libros y muchas escrituras de interés histórico, era emocionante, más para la adolescente receptiva, que yo era.

Después, pasando el tiempo, sembró esa curiosidad a mi hijo primogénito. Los poemas y la prosa de la vida cotidiana dan sabor a dulce y de agrad.

La familia por parte de mi padre, era muy corta. No traspasaron muchas generaciones. Mi padre fue el mayor y, tenía una hermana sin hijos. De mi madre y mi padre, nacimos 6 hermanos (uno murió). Fui yo, la tercera hija, la inquieta, la revoltosa, la curiosa y que gustaba aprenderlo todo.

El tiempo, me ha llevado como en un carrusel de niños. El internet cambió rápido aquello. Las ideas, los hábitos y el lápiz, fueron

reemplazados por el teclado. Escribir cuentos para niños que hoy leo a mi nieto. Llena de espíritu de ir con alegría y firmeza en mi carácter, en todo cuanto se trate mi existir, sin competir con nadie, la cuestión es correr en esta vida libremente, no me importa quien gane, solo corro; en libertad, libre albedrío. Bueno, con ganas de ir siempre en el camino de la superación personal.

Las hormigas del árbol hueco, me dieron la pauta, cuidándose unas a otras, eso, he hecho hasta ahora, con mi núcleo; la familia que formé. Mi inspiración, fueron mis abuelos maternos y mi abuela paterna que nos ayudó mucho. Agradezco hasta ahora sus dichos: “Si logran algo en esta vida, será para que entiendan que la vida es difícil siempre. Cuando tengan voluntad, logran algo en sus vidas”.

Pensar como grande (madurar anticipadamente), todo esto nos pasó porque mamá y papá de acuerdo mutuo, se separaron de hecho. Cada cual siguió su rumbo, y así aprendimos desde muy adolescentes, a ser responsables y tener un oficio. Los estudios sin duda, ocupaban el primer deber y lugar.

El golpe de Estado en Chile del 11 de septiembre de 1973. Pero con el golpe militar mucha violencia y muere el presidente de Chile, Salvador Allende.

Era un caos que no entendíamos mucho, mis abuelos tenían campos y nos ayudaron. Ya no era la época de divagar con la mente, el trabajo era nuestro objetivo, dependíamos de eso, y mi madre igualmente, ocupada en el campo laboral. Ya no podíamos darnos tiempo de preguntas ni respuestas.

Mis cuadernos con muchas historias y bailes españoles, fueron mi pasión, mi escape mental.

Transcurrido el tiempo, formé mi familia, y continué prendiendo todo cuanto había de bueno para mí. Con los años, mis hijos crecieron con esos sueños que yo estimulé.

Mi esposo nos apoyó, tenía buen trabajo en la siderúrgica de acero Talcahuano. Salimos adelante, y siempre, observando la disciplina, la responsabilidad y los valores. El trabajo digno, nos dio digni-

dad siempre, nunca pasamos necesidades, gracias a Dios, siempre poniendo en alto el respeto a un Creador que nos dio siempre su bendición; así es como lo vemos nosotros, como familia.

El tiempo transcurre, y los años venideros fueron mucho más tensos. Un cáncer al colon me dejó hizo zancadillas. Viajé a Europa a ver si encontraba una luz que me ayudara con mi salud, al final de este oscuro túnel. En miles de cosas, vi la mano del Eterno. Con fe, regresé ya a terminar mi vida, y donde creo es el final, vuelven a surgir ideas y sueños.

Todo fue superado, y me dije, “en la mente está la fuerza de vida”. Si esto me mata no cumpliré mis sueños, y aquel mal, fue sorteado.

Posteriormente, mi esposo enfermó. Un mal con colitis sangrante idiopática, una enfermedad de colon sin remedio, dijeron. Vivió 30 años más de los pronósticos, logró estar vivo con tratamientos homeopáticos. De hecho, yo misma aprendí, e hice un negocio de todo lo que era ventas de productos herbarios, y logré muchas cosas, de ese tema, pues estudié todo lo que se conocía para superar esa grave enfermedad.

En esta tarea, la computación fue lo mejor, ya que, dentro de mi hogar, mi esposo nos compró un computador, eso era para hacer tareas, y como fui a una academia años antes para poder seguir en mis logros, ya tenía práctica en el uso del recurso digital, y ahora mis hijos, también lo tendrían. Nos turnábamos para lograr poder tener los tiempos para cada uno podíamos usar el pc.

El día que nos marcó la naturaleza: **Terremoto de Chile de 2010 fue un sismo ocurrido a las 03:34:08 hora local del sábado 27 de febrero de 2010**, que alcanzó una magnitud de 8,8 en la escala de Richter.

A todos los chilenos nos marcó. Me movió ser más participativa en algo que a todos nos aqueja como usuarios en la salud pública y privada, donde tiene que haber mejoras para todos, ingresar a la parte social de salud pública, me dio mucha satisfacción entregar y dar mucho por mi prójimo, en algo que a todos nos aqueja como usuarios en la salud pública y privada, las que tienen que cambiar

para beneficio de todos.

Las historias de mi abuelo materno, influyeron mucho en mi participación social, pues él nos señaló la cultura del país y del mundo, de cómo las sociedades seguían su curso. Cuando preguntábamos mucho, nos decía “lean, averigüen, hagan accionar sus ideas, si son buenas, lo serán para todos, en unidad. El mejor alimento es el saber”.

Cuanto apreciamos eso. Yo creo que, en el fondo, era un muy buen visionario.

Nosotros ya teníamos la crisis matrimonial de nuestros padres. Y él nos ayudó emocionalmente, a hallar en el laberinto emocional, una puerta de salida, y luz en ese túnel. Salimos a flote. (Nunca dejemos de soñar amigos y amigas).

Pienso como hoy, a traspasados” las coplas de la muerte de su padre “que escribió el poeta Jorge Manríquez.

Conclusión:

Cada ser humano, somos ríos y tantos ricos y pobres su destino es el mar. De todo lo material, cuerpo y acumulación materiales terrenales, ya no serán cargas. El mar nos limpiara de todo vestigio mundanal, nos recibirá, como ríos en cause, y el acto de bondad es de parte de Dios, donde hay amor y paz eterna.

Autobiografía

Berta Ruíz Silva
comuna de Hualqui

Mi nombre es Berta Sonia Ruíz Silva, nacida un 12 de agosto de 1955, en un sector rural de la bella comuna de Hualqui. Soy la número diez de doce hermanos, dos hermanitos fallecieron siendo pequeños (yo no los conocí).

Mis padres fueron: José Ruíz Fernández que falleció el año 1991 a los 78 años y Clotilde del Carmen Silva Varela, que falleció el 2019 a un mes de cumplir los 100 años.

Las clases online para mi fueron muy importantes, principalmente porque me di el tiempo para recordar a mis abuelos, y hacer el ejercicio que cada uno de ellos uno trae algo y, por supuesto de los padres también.

Con mi madre teníamos muchas cosas en común y, por lo mismo, compartíamos harto. Participábamos activamente en un grupo de la iglesia llamado AMAC (Asociación de Mujeres de Acción Católica), y en un Taller Literario Adulto Mayor, llamado Ecos del Bio-Bío de Hualqui.

Me casé un 31 de diciembre de 1977, tengo cuatro maravillosos hijos y siete nietos, los que llenan mi vida de momentos plenos, al igual como lo hacen mis niños (hijos) todos los días de mi vida. Yo los regalé a todos con mi amor por ellos, con mi alegría y, sobre todo, cocinando para ellos lo que más les gusta.

Cuando leímos el poema “Coplas por la muerte de su padre” de Jorge Manríquez, me gustó mucho la estrofa que dice “nuestras vidas

son los ríos que van a dar en el mar...” porque creo que así mismo es la vida. Nacemos de la cordillera y vamos recorriendo. Se nos agregan otros ríos, pasamos por predios, cascadas, o a veces por arenas suaves, por bosques llenos de copihues, y cantos de pajaritos, para finalmente ir a dar al mar; pobres y ricos por igual.

Con el poema de Juan Guzmán Cruchaga “doy por vivido todo lo soñado”, también me hizo reflexionar bastante sobre mi vida, y como he vivido plenamente todo: alegrías, penas, duelos, viajes, etc. He llegado a la conclusión que lo que dice el poeta, se asemeja mucho a la vida mía.

He hecho tantas cosas en estos sesenta y cinco años de vida que Dios me ha regalado, que puedo decir tranquila y serenamente: “Doy por vivido todo lo soñado”.

Años vividos

Luz Cartes Fredes
comuna de Arauco

De la protagonista de esta historia, su ciudad natal es Arauco. Lugar hermoso con playas de arenas doradas y un río con sus limpias aguas que invitan a nadar. Sus bellos paisajes son un descanso placentero.

Acunada por la brisa del mar, el arrullo del canto de los pájaros, y el susurro de las hojas del aromo, roble y canelo, nace esta niña dentro de una familia numerosa y muy humilde. Era la menor de 13 hermanos. Sus frágiles pies recorrieron las calles polvorientas de su pueblo natal.

Mi nombre es Luz, a los tres años viví el terremoto del año 1939, un 24 de enero a las 23:32 minutos. Magnitud de 8.3 grados. Claro que de este terremoto no tengo recuerdos porque era muy pequeña.

Los primeros estudios los hice en la Escuela N° 2 de Niñas, hoy Escuela E-727. En los primeros años en este establecimiento, como era una niña muy frágil y pequeña, mi madre me mandaba al colegio bien abrigada: refajo de lana, chal, gorro y calcetines de lana hilada de oveja y sucos de madera forradas con badana para mantener calientitos los pies. En los días de lluvia jugábamos en el gimnasio y al saltar el cordel, este sonaba como si fueran truenos. También jugábamos a la ronda, a la pelota, a la tiña, al pillarse, casineta, a los sancos hechos con tarros, al run-run confeccionado con botones o chapas de botellas, y a la mamá cuando llevábamos muñecas.

Primero y segundo de humanidades (hoy 7° y 8° básico), los hice

en el Liceo Politécnico de Arauco y después continué en el Liceo Carmela Romero en Concepción, en donde sufrí bullying de mis compañeras de curso por mi carácter humilde y enfermizo. Por esta razón, al año siguiente me trasladé al Liceo Experimental. Aquí mi personalidad cambió, llegando a convertirme en una líder del curso.

Terminado el 6° de Humanidades me fui a la Escuela Normal de Angol. En esta ciudad viví el terremoto del año 1960. El amanecer del 21 de mayo la tierra se estremeció, eran las 06:02 minutos de la mañana en un día lluvioso. El epicentro estuvo en la península de Arauco a 50 kilómetros de Concepción, magnitud 8.3 grados.

En Angol yo estaba en una pensión cuya construcción era muy antigua. Esta sufrió muchos daños con el remezón, y no pude salir pues se me trancó la puerta. Sentía los gritos de la señora dueña de casa: “señorita salga...salga por favor”. Por supuesto que ella veía que la casa se estaba derrumbando. Me ubiqué en el marco de la puerta y ahí me encontraron cuando lograron abrirla. Cuando salí todos estaban debajo de un frondoso árbol debido a la lluvia y en ese nos cobijamos todo el día y la noche, con frío, hambre y las gotas de lluvia que nos caían.

Al otro día, después de almuerzo vino una compañera de curso a visitarme y fuimos a la plazoleta que había al frente de la Escuela Normal. Estábamos conversando con unos amigos cuando vino el remezón del día 22 a las 15:10 minutos, magnitud 9.5 grados, epicentro en Valdivia. Vimos cómo se derrumbaban unas casas, y en ese momento iba pasando un funeral. La carroza saltaba, los caballos se encabritaron, salían chispas de sus patas en el cemento, y el difunto fue a dar al suelo. Nosotros nos abrazamos para no caernos pues fue muy fuerte.

Después de este suceso, cada uno regresó a su residencia. Ahí me esperaba una familia que se había ofrecido para llevarme a su casa. Igual lo hicieron varias personas con autorización de la Normal para no dejar solas a las alumnas que vivían lejos de esta ciudad. Ellos se preocuparon de averiguar sobre la movilización que me trajera a casa. Las noticias que había era que Arauco poco menos

había desaparecido con el tsunami. Pasó una semana y por fin pude emprender el viaje a mi hogar. Me obsequiaron alimentos y dinero para el pasaje. Llegué como a las cuatro de la tarde a Concepción, el puente del Río Bío Bío estaba quebrado en tres partes, pero lo pasamos igual. De ahí me fui en otro vehículo hasta Lota. En Lota Alto vivía una hermana, otra tragedia. El Pabellón 80 donde vivía mi hermana estaba en el suelo. Empecé a preguntar a todas las personas que pasaban por mi lado ¿dónde están las familias de este pabellón?, hasta que por fin me dijeron: “a todos ellos le entregaron una carpa y están viviendo al final de la calle. Llegué donde estaba mi hermana y fue una alegría muy grande saber de ella y de toda mi familia de Arauco.

Al otro día viajé junto a otras personas en un camión, único medio de locomoción que había para esa ciudad. Al llegar al Río Carampangue, nos bajamos del camión pues el puente estaba en mal estado y lo pasamos caminando. Aquí tomamos otro vehículo y llegamos a nuestro destino ¡que alegría llegar a casa!

Pasaron los días, y nuevamente volví a la Escuela Normal. En los meses siguientes terminé mis estudios y me titulé como profesora primaria parvularia. Al año siguiente empecé a trabajar en Arauco, en la misma Escuela N°2 de Niñas en donde había hecho mis primeros estudios. Fui la primera profesora parvularia que llegó a ejercer en esta ciudad.

Como no había muebles adecuados para los pequeños, le cortamos las patitas a las mesas del primer año y empecé las clases en la biblioteca de la escuela con 15 alumnos.

Pasaron algunos días y meses y empecé a enseñar la parte artística que tanto me gusta con los párvulos y niños de cursos superiores de la escuela. Logré formar el 1er conjunto folclórico infantil de la escuela, su nombre: “Los Araucanitos”.

Uno de los logros con este grupo fue viajar a Santiago para el 18 de septiembre de 1970, y en La Moneda darle un esquinazo al presidente de esa época, Don Eduardo Frei Montalva.

En esos años vivía con mi madre. Ella era una señora muy estricta,

no le gustaba que sus hijos salieran a las fiestas, pero yo la rebelde, con mis amigos del barrio no nos perdíamos los malones y bailes que se habían algunos fines de semana, y ella sabía que con o sin permiso iba a ir igual. Me decía: “no llegues muy tarde”, y yo como niñita obediente llegaba a las 6 de la mañana, y para castigarme me decía: “tenemos que ir a la misa de la 7 am”. En la iglesia a cada rato sentía unos codazos que ella me daba, pues me quedaba dormida.

En 1973 gané el provincial de cueca adulto y fui a competir al Campeonato Nacional de Arica. Así de a poco me fui integrando a instituciones como coros, teatro y conjuntos folclóricos.

Llegó el momento de jubilar, año 1997. Seguí participando en actividades como Rayuela y Festival de la Voz. Empecé a escribir poemas, algunas canciones folclóricas y pinté algunos cuadros.

El año 2000 formé el Club de Adulto Mayor “Proyección”. En el año 2001 fui campeona nacional de cueca del adulto mayor. El 2003 obtuve el 2do lugar nacional en el IV Concurso de Literatura organizado por la Caja de Compensación Los Héroes.

Al alero del Club Adulto Mayor “Proyección”, en el año 2005, junto con la colega Alicia Sanhueza, formamos el grupo de danzas folclóricas “Alma Joven”. Años más tarde, este grupo se separó del club y pasó a llamarse Academia de Danzas del Adulto Mayor “Alma Joven”. Con este grupo fuimos al Congreso y recorrimos gran parte del país.

El año 2009 obtuve el 1er. lugar en categoría poesía en el Concurso Regional de Literatura del Adulto Mayor Pensionado IPS, Región del Bío-Bío, comuna de Lota. En el mismo año obtuve el 2do. lugar en el Festival Folclórico del Camarón de Carampangue y Cantante más Popular.

En el año 2010, terremoto y tsunami en el centro y sur de Chile, la madrugada del sábado 27 de febrero a las 03:34 minutos, magnitud 8.8 grados. Muchos heridos, gente desaparecida, edificios destruidos. Aquí en Arauco se cayó la torre de la iglesia, el cual era un símbolo que teníamos pues en el terremoto del 60 se había caído la otra parte de la iglesia y no esta. El tsunami fue más fuerte en las caletas

como la de Llico, ahí el mar con sus olas de más de 6 metros se llevó muchas casas. Estuvimos sin luz, sin agua y escasez de alimentos por más de un mes, y muchas noches durmiendo en los cerros debido a las muchas réplicas. También hubo gente que se aprovechó de este suceso para realizar saqueos.

En el año 2013 obtuve un reconocimiento a nivel regional del departamento de profesores jubilados. En el 2015 construyeron una nueva población aquí en Arauco, su nombre Villa Pehuén. Aquí por mandato municipal y con mi autorización, le colocaron mi nombre a una de sus calles.

En este mismo año obtuve el reconocimiento por la destacada labor e importante trayectoria funcionaria en el ámbito de la educación y cultura local al servicio de la comuna de Arauco, otorgada por el alcalde y consejo municipal.

Los años se van perdiendo en el tiempo, la juventud se fue, los pasos se hicieron lentos, pero nada es diferente. La vida hay que vivirla, pues siguen vivos los sueños hasta que llegue la muerte.

La otra pandemia

María Cristina Ferrada Novoa
comuna de Los Ángeles

Qué año más extraño ha resultado ser el 2020, desde el mes de marzo, en que se diagnosticó el primer caso de Covid-19, en nuestro país, las noticias en relación a la pandemia no han desaparecido de los medios de comunicación con noticias inquietantes y nefastas hasta el día de hoy.

Mi madre de 92 años de edad , catalogada como persona de riesgo y que requirió una cirugía, necesitó estar acompañada, por esta razón me trasladé a su casa para brindarle apoyo y compañía durante todo este período, ella vive en el campo muy cerca de la ciudad de Los Ángeles, así hemos llegado casi al final del año y he visto transcurrir con una velocidad increíble, el otoño, invierno y la primavera que ha sido una explosión de flores, frutos muchos pájaros de todo tipo: zorzales, treiles, picaflores, chincoles incluso bandurrias que antes no se veían por aquí. Creo que ha sido un alivio en contraste con las noticias y lamentables efectos de esta pandemia, que irrumpió en nuestras vidas, como otros eventos que nos tiene acostumbrados nuestro país como: terremotos, aluviones y erupciones volcánicas.

Los ciudadanos e incluso las autoridades de este país, no vimos venir este inusual acontecimiento a pesar que diversos científicos en el mundo habían advertido de este riesgo por la invasión del hombre en la naturaleza y la ocupación del hábitat de otras especies que al convivir con el hombre o ser ingeridos podrían haberle contaminado con este virus.

Este largo período de cuarentena, distanciamiento social y la participación en un “taller literario autobiográfico” vía zoom, me permitió reflexionar sobre diversos aspectos de mi vida y recordé lo sucedido cuando tenía 7 años de edad y vivía en la ciudad de Osorno. Junto a mi familia, tuvimos la experiencia de vivir otra pandemia en el año 1957, al rememorar lo sucedido recuerdo que toda mi familia se contagió con esa gripe, recuerdo días grises, mucho desánimo, en cama con fiebre elevada de tal manera que hasta el día de hoy recuerdo, en la noche haber tenido alucinaciones producidas por la fiebre y visiones de ogros o monstruos en la pared de mi dormitorio que me provocaban pavor y llantos, mis padres acudían a calmarme, prendían la luz para que viera que en realidad no había nada, además sentía tanta sed que veía en la pared una cascada de una bebida que existía en esa época, la Orange Crush, la veía brillante, naranja la sentía refrescante y yo no podía llegar a beber de ella.

Mi madre nos contaba después que nuestra vecina nos llevaba jarrros de bebidas de hierbas o tisanas para bajar la fiebre y evitar la deshidratación, el médico llegaba al hogar a revisar a los enfermos y eso se replicaba en muchas familias. A pesar de los momentos difíciles que vivimos fuimos los afortunados que sobrevivimos y esta vivencia permanece en mi memoria en forma indeleble hasta la actualidad.

Hoy en el año 2020 y recordando lo vivido en 1957, he revisado algunas publicaciones tanto de diarios, Google y publicaciones científicas para profundizar lo que ocurrió en ese año y me pude percatar que tuvimos la experiencia de vivir otra pandemia y fue la llamada Influenza A, producida por el virus H2N2 cuyo origen fue en China en el mes de marzo y llegó a Chile, en un barco de la Marina de los Estados Unidos, que recaló en Valparaíso el 24 de Julio de 1957, esta pandemia se prolongó por 2 años y tuvo un rebrote en el año 1959.

Los casos se concentraron en Santiago, Concepción, Valdivia, Osorno y Llanquihue, Chile fue uno de los países más afectado a nivel global, se ha señalado que fallecieron entre 8.000 y 12.000 personas cuando la población en nuestro país era de alrededor de 6 millones, el foco de la mortalidad estuvo en niños y adultos mayores,

esta elevada mortalidad se relacionó con las condiciones sociales del país en aquella época, prevalencia de enfermedades infecciosas, desnutrición, hacinamiento y un sistema de salud pública aún no consolidado.

Se puede concluir que las dos pandemias tuvieron como origen un virus proveniente de China, la de 1957 llegó a Chile por vía marítima, la actual por vía aérea, ambas causaron elevada mortalidad a pesar de los avances en la salud, los aspectos sociales, nutricionales y la economía en nuestro país, en la anterior no hubo ayudas económicas a la población y se suspendieron las clases por alrededor de dos semanas.

A partir de estas reflexiones y recuerdos puedo inferir que el próximo año aún tendremos que lidiar con esta realidad y que debemos aprender a vivir incorporando conductas de autocuidado a nuestro diario vivir, hasta que la población reciba las vacunas que los científicos han desarrollado con gran celeridad y eficiencia para enfrentar la tarea de inmunizar a la población susceptible a nivel mundial.

Araucanía

Mamá, mamá, ¡¡prende la tele, rápido!!

*María Magdalena Arriagada Herrera
comuna de Villarrica*

Hoy escuché en la radio un “EXTRA”. Un arriero encontró a dos jóvenes en la montaña de la Provincia del Maule; al parecer serían de los muchachos uruguayos perdidos en el avión hace más de 60 días...

Me parece como que fuera hoy, esa noticia en la radio del encuentro de esos jóvenes uruguayos, en la montaña, cuando todos creíamos que habían muerto.

Con mi madre vimos en la tele que un campesino, un arriero se encontró en su recorrido diario a dos personas al otro lado del río que trataban de comunicarse con él; después de mucho esfuerzo, lograron entenderse y él comprendió que eran dos personas que debían estar muertas, pero no, ahí estaban vivos y se preocupó de buscar ayuda para ellos.

Y nuestro viejo aparato de televisión, en blanco y negro, grande, con su tremenda caja, de marca Telefunquen, comprado de segunda mano, como tantas otras veces nos dejó sin imagen; y quedamos ahí pensando: cómo podía ser posible eso, qué cantidad de víveres tenían en ese avión para sobrevivir tantos días, cómo tanta suerte que no quedaron heridos.

Nuestra fe en Dios nos hizo maravillarnos de lo grande que es su poder porque pudieron dejar atrás las montañas, pues habíamos escuchado que muchos aviones y helicópteros los buscaron desde el aire y nunca vieron nada.

Seguramente en los próximos días sabremos la verdad sobre lo ocurrido de su propia boca; ya podrán contar su odisea, reunirse con sus familias. Esto ha sido un verdadero milagro que dará lugar a muchas ideas, para que no se vuelva a repetir una tragedia tan grande; seguramente será un tema para escribir un libro, quizás una película, pero también motivará a los técnicos a mejorar los sistemas de las aeronaves, que sean más seguras en sus recorridos por el mundo. Sin duda, yo no me subiría a un avión en estos momentos.

Otra cosa para reflexionar cuando quedo sola es, si bien la generosidad de Dios permitió que se les encontrara sanos y salvos, ¿de quién fue la culpa de que ese avión tuviera ese accidente? ¿Los técnicos que lo revisaron y autorizaron su salida, el piloto? ¿o las condiciones meteorológicas?

Pero la vida sigue, es un recuerdo que compartiré algún día con mi nieta Mailen, no faltará la ocasión; porque ella, con sus escasos cuatro años, debió viajar hasta Alemania, confiada de la seguridad de los aviones, y debe conocer un poco de la historia de la aviación mundial.

Los Ríos

Período escolar

*Lia Marion Friz Colin
comuna de Valdivia*

En el año 1959 entré a estudiar a la Escuela N° 17, de Las Ánimas, en Valdivia, donde estuve desde primera a quinta preparatoria. Recuerdo que era una casa bastante vieja y, con un patio que se llenaba de barro cuando llovía. En la sala nos sentábamos en unos pupitres de madera, cuyo asiento estaba pegado a la mesa y era ocupado por dos niños.

Más adelante, después del terremoto de año 1960, la escuela fue trasladada a la Av. Pedro Aguirre Cerda, lugar donde aún permanece. Esta construcción tenía salas más amplias y con grandes ventanales, contando con un patio exterior y uno cubierto, el que nos daba la oportunidad de jugar a buen resguardo del clima. Los asientos con que contábamos eran más modernos, pues era una mesa y una silla individual.

Para ir a la escuela usábamos un delantal blanco de tablones que se abrochaba atrás, y tenía un lazo en la cintura. Los delantales se almidonaban y, para que lucieran más albos, se azulaban. Muchas de las niñas usábamos zapatos, sin embargo, aún había algunas que iban descalzas.

En invierno para protegernos de la lluvia, usábamos una capa de goma con capucha, incluso hasta el gran bolsón de cuero o de suela, se incluía debajo de esta prenda que era como una carpa que nos cubría totalmente. Se completaba esta tenida invernal con botas de goma de color negro.

En primera preparatoria, éramos cerca de 40 niñas en el curso, y mi profesora fue la señorita Ida Risco Meneses.

En casa, y sin darnos cuenta, nos aprendimos poemas, canciones del ayer, adivinanzas, trabalenguas y, las tablas de multiplicar al derecho y al revés. Todo esto fue posible, porque mi papá, aunque no tenía mucha escolaridad, era muy bueno para las matemáticas; tenía muy buena memoria, además era lúdico y entretenido. Por otro lado, gracias a mi mamá que era profesora, contábamos con una buena cantidad de libros, lo que al menos en mí, desarrolló la pasión por la lectura.

En la escuela nos entregaron el silabario Lea, y en casa teníamos, además, el silabario hispanoamericano, y El Ojo, que eran los libros que se usaban en ese tiempo, para aprender las primeras letras.

“Al pie de la bandera” fue alguno de los poemas, entre varios otros, que recité en el escenario de mi escuela. También recuerdo haber participado en representaciones escénicas, algunas como la “gata Carlota” y, la “Carmela” en la comedia musical La Pérgola de las Flores.

En cuanto a notas, siempre competí por algún lugar y, en el patio de la escuela, participé de los juegos de la época, como el luce y al lazo.

También en la escuela, empezó mi calvario con lo que sería el talón de Aquiles de toda mi época escolar: las labores, tejidos, bordados, punto cruz, etc. En mi casa inmortalicé la frase “leer no es compatible con tejer”.

Cuando estaba en quinta preparatoria, participé en un concurso literario del día de la madre, obteniendo el tercer lugar. Allí recibí un libro de poemas titulado GRANDES POEMAS UNIVERSALES.

En marzo del año 1964, después de haber aprobado el examen de admisión respectivo, ingresé a sexta preparatoria, al Liceo de Niñas de Valdivia y, en septiembre del mismo año, un incendio consumió nuestra casa. Mi casa, mi cama, mis libros y revistas, mis muñecas y

peluches; mis reliquias de niña. Al día siguiente, mientras hurgaba los escombros junto con mis familiares, encontré dos grandes tesoros que hicieron menos intenso el dolor de la pérdida: un peluche amarillo que me acompañó por varios años más, sin dejar nunca su intenso olor a humo y, mi libro de poemas medianamente quemado y, que hasta hoy atesoro.

Arboleda

María Violeta Rodríguez Soto
comuna de Valdivia

Cautelosa bajo las sombras, observo las ramas, recorro el tronco, voy a la sabia pura de antaño, aquella que germinó de la mano de Daniel, de Dolorindo, u otros aún más veteranos.

Me detengo, voy al lecho de Daniel, parece ser que este veterano de la guerra del 79, tiene más cuentos, más historias. Tal vez fue un soñador, un amante, un bullicio pasajero, un origen, un futuro ligero; vengo de allí, de acá, no lo sé, de la guerra, de la paz, del suspenso; del amor de una tarde cualquiera.

Tantas lunas escuché hablar de ti, de Ma. Isabel mi abuela; de la otra que ya no estaba en esta tierra. De la primera, nació mi padre, esa piedra con que tropezó la Orfelina, mi madre. Inocente niña caída a menos, que resistió las mañas, los inviernos que azotaban sus primaveras y veranos.

En medio de las tormentas, recuerdo las oraciones a la Carmelita, los rosarios cada mes de julio sagrado al año. Recuerdo el pan amasado, el zapallo asado con miel, sentada en el baúl de tantos misterios. Recuerdo a don Arturo Quezada, contándonos cuentos junto al fuego.

Vengo entonces de la década del 60, arrastrando primaveras de orgullos ajenos, de miedos. Crecí en una familia de muchos hermanos, hasta que llegó a cerrar familia Isabel; ella tan diferente, tan guapa, gallarda casi como una machi del Alto Bio Bio; claro lo mencio-

no, porque no estábamos lejos de conocer todo aquello, inundado, usurpado, quién sabe.

Recuerdo, además, vacaciones en un campo llamado Rucarel, donde escuché los más insólitos cuentos de brujas o brujos; donde el narrador parece que lo era. Desaparecía por las tardes a volar, dejando su cuerpo en la pieza, un viejo mozo que preparaba los mejores y más nutritivos desayunos. No olvidaré esa cordillera, allí en las cumbres de la Laguna Laja, casi perdidas en un mundo aparte, saboreando el hielo y, luego retomar la vuelta hasta encontrar puntos de retorno, vacilando al viento, hasta ver el campamento veraniego armado para contener el gran grupo familiar, con quienes pasamos el puente colgante, que hoy no pasaría sin esos miedos aterradores.

Es 3 de mayo, años 60 y tantos; salen los jóvenes, hombres y mujeres, a recorrer las dos cuadras cercanas por ambos lados, en procesión cantando el típico canto de esa época. Éramos muy creyentes, yo gozaba sólo con ver esa columna de chicos felices, era como un Halloween de ahora, sólo que nuestro, desde la época de la colonia, o antes tal vez. Cae la noche, dos casas más al sur, se hace la fogata y, se celebra con todo lo recibido en romería; yo debajo de la higuera de siempre, miro como salen las llamas; todos se alegran junto al fogón, cantan, ponen papas al rescoldo, comen dulces, en fin, la pasan muy bien, yo, sólo debo mirar a través de los cercos, soy mujer y eso es tema de hombres o de otras niñas, no para mí.

Así siguen los años, llega una elección, yo ya pienso o leo, o escucho, no lo sé, mi profesora pregunta por quién votarán los padres, hay premio si alguien vota por Allende. Juntarse con Neruda en una reunión, claro no podía dejarlo pasar, tendría unos 9 años, mis pies colgaban de la butaca en el teatro de mi pueblo, allí en primera fila escuchaba al hombre pelón, hacerse el gracioso, leyendo sus obras completas y poniendo una botella de agua bajo la pata coja de la mesa, era él, obvio. No recuerdo si tomé en serio aquello, o sólo fui astuta en el momento indicado.

Así pasaron tiempos entre las monjas de primero a cuarto básico, luego la Escuela 3, hoy España, de ahí al liceo de niñas de aquel en-

tonces, lugar que aún existe, bello, firme y bien ubicado, con verdes cercos de flores. Primeros gestos y gustos por la poesía. Por los años 69 ó 70, acudía a ver o escuchar a Nicanor Parra, corría detrás del auto de pollo Fuentes, igual que por las viñas en Laja. Ya no pensaba ser monja, como cuando tenía 8 años, la Sor Violeta había desteeñido. Era una niña con ganas de crecer y, ser alguien muy diferente.

Bajo la otra higuera, disfrutaba los frutos, la sombra, la conversa de mis tías y tío, aquellas para las que fuimos hijos, más que sobrinos, y que, gracias a ellas, salvamos tantos momentos.

La leche de la higuera brota al romperse, llora, suda invencible, blandita como sus ramas, áspera como la vida misma. Las higueras parecen marcarme tiempos. Los llantos, los sabores a dulces frutos, a las plantas que cargan cerca de casa, a peras y cientos de ciruelas, dulces zumos de antaño.

Es verano, viajamos con mi hermano a Laja, allí están los carretes de esa época, Cuando llegas, alguien toma una guitarra, y dos o tres más; luego el baile, los vecinos, la música invita, nadie avisa, el canto se hace eco, y eso basta, todo fluye, bajan los patrones del cerro, y los peones del bajo, allí todos parecen emparejar el momento.

Año 71, soy la primera generación media... cuartos medios, antes humanidades, allí parece empezó a marcar la vida media, aquella que nadie sabe dónde pertenece, arriba, abajo, al medio, nunca alguien vivió en una mitad, sino para entrar a un círculo vicioso del que cuesta salir.

Año 72 tomo el tren, me voy a cumplir uno de mis sueños, estudiar música, en una universidad valdiviana. Allí quedé, test auditivos, una y otra vez, no contaré más de esto. Empecé a trabajar en la biblioteca de la misma universidad, cómo llegué allí, suerte, rareza, así fue, bonitos tiempos de juventud, muy sana, a pesar de lo que se viene

Poco tiempo disfruté de partir sola fuera de casa, a ver filas, conseguir algunos insumos, alimentos, es año 1972, hay dificultades, soy de las más jóvenes, veo enrarecido ambiente, pero no logro dilucidar por qué, no tengo experiencia, puede ser que todos tengan un

nicho político, noto sólo dos sectores izquierda y derecha; muchas reuniones, muy raro, yo sólo quiero pasarlo bien, salgo los fines de semana con mi grupo de amigas y amigos de colegio y universidad.

Entre lo inolvidable, están los viajes en mi tren al sur, un cúmulo de historias hermosas, juveniles, entonces yo era Penélope esperando en la estación, nunca vino alguien a buscarme allí, yo fui tras el amor en aquel tren al sur, busqué mi diciembre con olor a Navidad, a canela o clavos de olor. Pasa el verano sumergido en la cálida estación, ya vendrían lunas junto al río, largos inviernos, primaveras de tardes en flores adornando el camino.

Año 1973 llega mi segundo hermano a estudiar veterinaria, ya no estoy tan sola, pero sigue enrarecido el ambiente, julio de ese año se arma algo que nunca antes vi, el ambiente se torna cada vez más complejo.

Es 11 de septiembre, llego temprano a la biblioteca; Iris sentada en la mesita de centro, llora desconsolada, no entiendo qué le pasó, pregunto... lo mataron me dice, murió... ¿quién murió? Todo partió allí, y no olvidaré nada de cada cosa o evento que sucedió a esas fechas, las tristezas, terror, asombros quedarán en la retina casi cardíaca de cada proceso que pude observar.

Llegaron los 80, mucho que registrar, vivencias, aprendizajes, cambios, demasiado para no olvidar, parte para ignorar, y rostros para querer y perdonar.

Soñé, si soñé desfilas por alamedas libres que no detuvieran mi camino, pero, allí estaba él, ellos después, las nietas, nada que hacer entonces, empezó mi música verdadera, el amor y la paz.

Calles triangulares

*Marianela Acuña Monge
comuna de Valdivia*

Quiero empezar a contar cómo hilvane mi vida
chutando piedras en calles triangulares de mi pueblo
mordiéndolo el barro, con zapatos gastados, de re-
miendas

y mi falda creció, con mi cintura.

Jugué travesías y travesuras, como toda niña
enraizada con la pelota en el patio del colegio

queriendo ser grande a toda costa,

jugando hacer mayores,

con muñecas en la falda

que cruzaban auroras del mañana.

Las sonrisas se dibujan en los labios,

En el aire conmovido te veo venir,

ese joven debilucho enmudece mi sentir.

Sueño con mariposas aladas, flotando voy de flor en flor.

Bella adolescencia reprimida, lanzas cautelán mis horarios

la varilla muerde ya mis piernas; hoy espero reprimenda

haber chocado la pelota en un vidrio, de la escuela

y mi llanto corrió todo un día de sentencia. -

Y apareces un día a la vuelta del correo,

caigo embrujada en tus ojos terciopelo,

los libros bajo el brazo, la camisa bien blanca
y en tu cuello la cinta verde color esmeralda
Que hermoso se hizo el día a mis ojos malagueños
no pensé en chicotazos, y seguí tus pasos lentos.
¡Que osadía de muchacha, dijo mi madre enojada
¡Caminar detrás de un joven, no es de niña educada!
Consentimos el encuentro, detrás de la iglesia santa
fue un día de domingo, pasadito la campana
cómo te llamas me dijo, María conteste turbaba.
Ya lo sé, repuso él, averigüé con mi hermana.
Fuimos andando despacio, yo volaba ya sin alas
era mi novio tan bello, como adonis figuraba.
Así, fue mi primer amor, sin tomarme ni la mano
mirarnos y conversar, de cantantes y los astros.
Fui al mes de María a la iglesia del condado
solo por verlo a él, que cruzaba a tranco largo.
Cuando lo vi pensé, primero será el rosario,
embelesada, mire, sus ojos grandes castaños,
que me perdone la Virgen
después le rezo un rosario.
Caminamos por la plaza veinte vueltas, arrobados
los árboles suspiraban de ver los enamorados.
Nunca un beso, nunca, un arrebato estropeado
anhelaba yo su boca, primer beso inmaculado.
Fuimos camino a mi casa, conversando de canciones
¡Te gusta a ti Cecilia, a sí, a mí también!!
Ya tengo el disco, los Beatles y también escucho rock.
Íbamos tan ilusos conversaciones pueriles,
doblamos en una esquina, y aparece mi papá.
Que día tan fatídico, que torpeza, que crueldad

nos golpeó a quemarropa, el huyó, no lo vi más.
Me llevaron caminando a duros golpes a rabiar
no sentía ya los puños, el amor podía más.
Fueron años silenciosos, nunca te vi cruzar
la plaza de caminantes, desiertos los bancos van.
Hubo cambio de rumbo, me case sin olvidar,
al muchacho de mi pueblo a quien supe amar.
Con mi vientre abultado cruce la acera, y al pasar
vi tus ojos terciopelo, todo el mundo pareció flotar
turbada crucé la calle, volví la vista, hacia atrás
ahí estaban tus ojos, observando mi caminar.
¡El hijo debió ser tuyo!
¡El tiempo no vuelve atrás!!

Los Lagos

Lo único bueno

Narora Lemus Villa
comuna de Puerto Montt

Llegaron a mi Escuela los dos hermanos, Juan y Roberto... solo se llevaban por un año de diferencia. Los dos llegaron a un quinto básico, traían tras de sí una historia familiar de violencia y alcoholismo: el padre, un ebrio agresivo y la madre, una mujer preocupada de cualquier cosa, menos de sus hijos.

Pronto se dieron a conocer: Juan era un charlatán, fantasioso y mentiroso, les contaba a sus compañeros historias donde se podía ver que era siempre el ganador y maravillaba con todas las cosas que supuestamente tenía en su casa; en cambio Roberto era serio y muy centrado y, por lo general, se avergonzaba de lo que su hermano contaba y se daba cuenta cuando sus otros compañeros se reían de él. Roberto solía decirme: “me molesta tanto que mi hermano mienta señorita, no sé por qué lo hace”.

Salieron de la escuela en octavo y, a lo largo de esos cuatro años como orientadora, di una batalla enorme por buscar solución a los problemas familiares de esos dos niños. Denuncié las agresiones y la situación de ellos (el padre al caer en sus etapas de alcohólico solía echar a su esposa e hijos a la calle, no importa la hora que fuera); hablé miles de veces con la madre, le conseguí un hogar de acogida para que se fuera ella y sus hijos, pero se negó. Llegaba a conversar conmigo y solía restarle importancia a lo que definitivamente dañaba a los niños, siempre estaba muy arreglada, cada detalle de su persona cuidado, pelo, uñas, maquillaje, etc.

Se fueron y siempre quedó en mi el dolor de ver que hiciera lo que hiciera no había logrado mejorar la situación de los niños.

Pasaron los años y un día al entrar a la sucursal de un banco, me encuentro a Juan, el hermano jactancioso, trabajando como guardia de seguridad del banco. Me reconoció, me abrazó y me dijo que siempre había querido ubicarme; pidió la dirección de mi casa porque se había casado, tenía un hijo y quería llevar a su esposa e hijo, para que me conocieran. Llegó a mi casa con ellos, estuvieron toda una tarde de domingo y me pude dar cuenta que seguía exactamente igual como cuando era niño, agrandado y contando miles de cosas acerca de lo bien que lo trataba la vida; la esposa se encargaba de desmentirle a cada rato.

En un momento de la conversación pregunté por su hermano, entonces él me dijo. “ni pregunte por el señorita, mi hermano está perdido en la droga”. Como me había acostumbrado que de todo mentía, poco le creí. Me costaba creer que el hermano juicioso y centrado fuera lo que él decía.

Pasado el tiempo, ya jubilada, un domingo muy temprano en la mañana, pasé por la plaza de la ciudad, camino a una feria. y de repente lo vi. Vi a Roberto y él también me vio, mi niño juicioso, sentado en el suelo, indicando el abandono total de su persona. Era evidente que estaba saliendo de una resaca de alcohol y droga, pero, pese a ello, evitando mirarme a los ojos, avergonzado y no queriendo que yo lo viera así, me acerqué a él. Primero, le pasé un pañuelo para que se sonara, hablé con él, le dije que podía salir de eso, que yo podía ayudarlo, lo podía llevar a un lugar donde lo ayudaran a desintoxicarse. Solo escuchaba con su cabeza gacha, se paró y me abrazó. Lloró él y lloré yo. Una pareja de carabineros viendo de lejos la situación, se acercaron para preguntarme si me estaba molestando; yo sólo pude negar con la cabeza y repetir una y otra vez llorando: “fui su profesora, fui su profesora...”.

Le pasé dinero, quedamos de vernos, el lugar y la hora, para buscarle ayuda.

Al momento de despedirnos y, cuando yo me había alejado de él, de súbito me gritó muy fuerte: “¡Profel, ¿se acuerda cuando me gané el segundo lugar en el concurso de ortografía en el curso?”.

Caminé y caminé por cuadras y sólo sabía llorar. Me di cuenta que lo único bueno que le había pasado en la vida, era un tonto concurso de ortografía que una vez yo hice y, del cual, ni siquiera me acordaba.

También entendí, por qué el hermano mentiroso y fantasioso había logrado salir mejor parado en la vida; solo esas fantasías lo habían alejado de la dura realidad en la que vivían. En cambio, mi niño realista, mi niño juicioso, fue vencido por esa realidad.

¿Qué fue de mi niño serio? Fue detenido y en la cárcel pasó a formar parte de un grupo de reos que practicaban una religión, dejó la droga y estaba estudiando. Me enteraba por su madre, la que, aparentemente, ahora se preocupaba.

El recuerdo de esta pena me ha servido en esta pandemia. Me he dedicado a soñar y a mentirme a mí misma. Escucho tangos, cierro los ojos e imagino a mi madre cantándolos, mientras hace las cosas. Escucho cuecas e imagino a mi padre bailándola mientras hacía como si las espuelas sonaran. Cerati me hace soñar con mi niña que era fanática de él y Luis Miguel me devuelve a mi hijo. Los recuerdo a los dos en el tiempo que me necesitaban y la música nortina me devuelve a mis hermanas y sobrinas. Cada imagen de esos días felices llega a mí, y eso me sostiene en mi encierro.

Maestros, fomenten en los niños el soñar, permítanles creerse más de lo que son, denles oportunidad de ganar en cualquier cosa, a todos y a cada uno de sus alumnos. Porque solo esos sueños, esas creencias, y esos lugares ganados, van a ser, a veces, las únicas herramientas que los pueden ayudar a no mirar, la triste realidad en la que viven.

Emigrante campesina

Domitila del Carmen Uribe Vargas
comuna de Puerto Montt

Cumplidos los doce años, debí trasladarme a Puerto Montt para continuar mis estudios. El sueño de mis padres era que sus hijos fuésemos profesionales, lo cual agradezco infinitamente.

Para una familia campesina esto tenía un alto costo emocional, social y económico. Más aún cuando se vive en un lugar perdido entre los cerros, sin más acceso a la ciudad que una lancha, la cual llegaba dos veces por semana, recogiendo pasajeros y animales por el Estuario del Reloncaví.

Para mí, nada ha sido fácil, como ocurrió con gran parte de mi generación. En ese tiempo (1965) la adolescencia no existía. Se transitaba de niño a adulto sin dramas. Los hijos obedecían a los padres y éstos decidían qué futuro querían para ellos. Fue así como debí abandonar la casa paterna siendo aún una niña, para insertarme en el mundo urbano, sobreviviendo a la soledad y precariedad económica, con la sentencia indiscutible de salir airosa y destacada en los estudios.

La frase consabida de mi padre era: “Tienes que traerme el primer lugar”. A nadie importaba si me costaría adaptarme al sistema de pensiones, discriminación de mis compañeros o necesidades de diversa índole. Allí comenzó mi metamorfosis.

Con papá nos embarcamos el día anterior, premunidos del tradicional pollo con tortillas de huevo, que mi madre preparaba para esta

ocasión. Debía ser así, porque la lancha fondeaba frente a la rampa y partía a las 05:30 del siguiente día. La otra alternativa era bajar del cerro donde vivíamos alrededor de las tres de la madrugada, acercarnos en bote hasta el fondeadero o caminar durante una hora, alumbrados por un farol a parafina.

No sé cuál opción era peor, pero viajar a la ciudad era un gran acontecimiento.

El trayecto demoraba alrededor de 11 horas, llegando a Puerto Montt como a las 16 hrs. Una travesía que muchas veces era acompañada de grandes tempestades y largas horas embarcando vacunos, los que acercaban nadando, sujetos a un bote y alzaban con una especie de grúa artesanal para dejarlos en el fondo de la embarcación. Era impresionante ver esta maniobra que me provocaba compasión por estos seres indefensos, destinados al sacrificio. Muchas personas se mareaban con el fuerte oleaje y la gente, como los animales resistían estoicamente las inclemencias del viaje. Era tal la influencia que ejercía esta experiencia en mí, que al bajar en Angelmó caminaba sintiendo el vaivén de las olas en el cuerpo.

De niña fui bastante tímida, en especial ante mi padre, quien gozaba de carácter fuerte y convicción absoluta de su verdad. Ni siquiera mi madre se atrevía a contradecirlo, siendo juez de distrito del lugar, con argumentos suficientes para hacer callar a cualquier vecino. Siempre sintió tener la voz autorizada. Entonces sólo cabía seguir sus disposiciones. Si me gustaba, bien; si no, debía acatar sin comentarios. Me crecí con el miedo hacia esa autoridad aplastante. Con esta sombra me trajo a la ciudad para “encargarme” donde una tía, quien sería mi apoderada, tutora y vigilante de su autoridad. Tenía todas las atribuciones para conmigo.

Su primera impresión fue considerar que yo estaba muy flaca y mi salud corría peligro. Entonces se empeñó en sobrealimentarme y obligarme a comer grandes porciones. En un par de meses sentí que la ropa me apretaba y mi cuerpo ya no era el mismo. Mi tía estaba contenta porque ya no parecía enferma. En esa época “la gordura era parte de la hermosura”. Me matricularon en la Escuela N°10.

Éramos dos primas pensionistas en casa de la tía y asistiríamos a la misma escuela. Me tranquilizó saber que andaríamos juntas de ida y regreso. Sin embargo, el primer día de clases, mi prima salió una hora antes y no me esperó.

Salí, sin contar a nadie la angustia de no saber volver a casa. Me avergonzaba quedar como tonta. Vagué largo rato, haciendo círculos por las mismas calles, con la esperanza de encontrar una pista de retorno, hasta que milagrosamente reconocí el camino de tierra que conducía a casa. Llegué después de unas horas, simulando que no era importante, pero todos estaban muy preocupados de mi suerte y mi prima con sentimientos de culpa. El mayor temor era que se burlaran por ser tan “huasa”, como llamaban a las personas campesinas que no se adaptaban a la ciudad.

Así comenzó mi incorporación al mundo urbano. Ese mismo año, mi abuela partiría para siempre a los 105, sin sufrir otra enfermedad que el deterioro causado por la edad.

Regalo de Navidad

*Doris Sylvia Rojas Arellano
comuna de Chonchi*

El año pasado, la persona encargada del grupo de Ayuda Fraterna de la Iglesia de Chonchi, me invitó para apadrinar una familia de escasos recursos, que estaba incluida en una larga lista de grupos de familia en similares condiciones de pobreza. En aquella ocasión no pude participar, debido a mi viaje a otra región, para asistir al matrimonio de mi hijo; no estaría presente el mes previo a la organización de esta actividad solidaria.

El caso es que este año sí estaba presente y con muchos deseos de ayudar. Sin esperar otra invitación, me acerqué entonces de "mutuo propio" a la encargada de anotar a las personas interesadas y me inscribí. Con una sensación entre conmisericordiosa y placentera de "ayudar al necesitado", estudié la lista de candidatos, muchos, por cierto, debido a la gran cantidad de familias en situación de pobreza.

Estaba en eso, cuando de improviso recordé una ancianita y su sobrino sobre los cuales yo tenía referencia: la tía, de avanzada edad, noventa y ocho años, lisiada y ciega, el sobrino un hombre joven (44 años aprox.), cesante y voluntariamente inactivo, para poder dedicarse completamente a la tía aún en sus necesidades más básicas, desde cocinar, bañarla, vestirla, o llevarla al baño en brazos cada vez que la anciana tía lo precisara y, por supuesto, también ocuparse de todas las labores hogareñas. Esto limitó a Juan Carlos al respecto en su intento de procurarse un trabajo estable. La gente hablaba con suspicacia que la opción del sobrino, que era por flojera, desinterés,

desmotivación, etc. las descalificaciones abundaban, cuando se referían a él.

La Navidad de este año me puso frente a la verdad, un caso inimaginable, estremecedor, entrañable.

El día domingo anterior a la Navidad, fue el día crucial, después de la misa muchas de las familias favorecidas acudieron a la iglesia para recibir de manos de sus "bienhechores" tan ansiado y especial regalo, consistentes en grandes cajas con mercaderías. Mis ahijados obviamente no acudieron; debí agarrar mi caja y trasladarme a la vivienda de ellos por mi cuenta. Llamé a mi compañero desde la iglesia y lo convencí para que me llevara, accedió (milagro) a regañadientes. Él nunca supo que el contenido de la caja lo habíamos comprado entre los dos.

Yo no tenía idea, en ese momento, la maravilla, la tremenda lección de vida que me iba a azotar el rostro, mi espíritu, el intelecto, y que me obligó a replantear conceptos, principios, realidades. Me puso de narices ante la deslumbrante certeza de la bondad humana. En cuanto llegué a la puerta de la precaria vivienda de la familia, de la nada apareció un joven gentil y cariñoso, el cual me invitó a pasar a su casita con una sonrisa franca, abierta. No podía creer que yo me molestara tanto -como lo expresó-, que les llevara un obsequio. Me hizo ingresar enseguida al interior de una pequeña cocina, ¡asombrosamente limpia! Y ahí la vi: la abuelita Fedima, sentadita con la apariencia de un pequeño duende, muy peinadita, impecable, era la figura de la ancianita más adorable que jamás hubiera visto, calculé al ojo en medio de mi conmoción su estatura, 1.10 mts. de alto. Sus piernas, envueltas en un chal, reposaban sobre un pequeño tronco evitando que colgaran. Sus ojos velados sin luz, verdes, con el color del pasto tierno, parpadeaban mientras giraba la cabeza para escuchar mi voz con curiosa atención. No entendí nada de lo que decía porque su diminuta boca no tenía absolutamente ningún diente. No me importó, me acerqué a ella e impulsivamente, la abracé muy estrechamente y besando sus cabellos blancos le dije al oído ¡qué linda eres, me encantas, eres preciosa!, sé que suena tonto, pero me salió del alma. Estaba fascinada con la ancianita, lo dicho era verdad,

sentí amor por ella, ¡fue un mágico flechazo! Tan chiquitita, pulcra, inocente, ella al tacto buscó mis manos y comenzó a hablarme, suave, interminablemente, agradeciéndome con voz de gorjeo. El sobrino traducía. Pasaron los minutos, el tiempo, demasiado rápido para mí gusto. En la calle, estacionado el auto a la orilla de la vereda, Hernán tocaba la bocina llamándome. Era hora de partir, yo no deseaba romper ese maravilloso encuentro, tía Fedima no me soltaba con sus manitos marcadas por mil años de sol y lluvia, aferradas a las mías. Le prometí volver y arranqué con mis ojos nublados y en el corazón un sentimiento fuerte de nostalgia y orfandad.

Mas tarde en mi habitación oré, dándole infinitas gracias a Dios por su inmenso amor y por ese bellissimo regalo de Navidad que me había entregado."

Chonchi, diciembre 1998

La abuela Fedima partió hace años a la tierra de los justos, y yo, aún no la olvido.

La jaula de vidrio

*Rodrigo Borja González
comuna de Puerto Montt*

Después de la estrepitosa reunión de Humberto con el teniente, todos quedamos esperando las instrucciones en el patio del liceo. Ese lugar donde yo había estudiado, había luchado para tener un local que se mereciera llamar liceo: un edificio de 4 pisos, en el subsuelo comedores para 100 alumnos, primera planta con biblioteca, sala de profesores, laboratorios y oficinas rodeadas por un inmenso ventanal.

Aquí me quiero detener.

Soy llamado a rectoría y se me comunica:

- Don Rodrigo, desde hoy usted no tendrá contacto con los alumnos porque desde este momento su lugar de trabajo será en este pupitre. Este será su lugar, el que será puesto a la entrada de las oficinas, a la vista obligada de todos los que pasan y, además, con las manos siempre sobre el pupitre. No podrá abandonar su puesto de trabajo.

No es momento de reclamar, ni pedir explicaciones; más aún porque todavía no tengo noticias de algunos de mis hermanos, por lo que tengo que acatar.

Hora de ingreso: 07:45 hrs.

Sentarme en el pupitre con las manos a la vista hasta las 16:00 hrs.

Pasa el tiempo y cualquier persona que se pasa a conversar conmigo es interrogado. Cecilia, inspectora general designada por la nueva autoridad, encuentra indigno lo que me sucede y decide encerrar-

me en la oficina de ella, como su ayudante, para que nadie me vea. Llega el teniente nuevamente, despide a la inspectora Cecilia y me regresa al puesto.

A la jaula de vidrio.

We tripanu

Praxedes Valdéz Pérez
comuna de San Pablo

El niño baila en la ceremonia del *we tripanu*. Y al son de *trutruksa*, *pifilka* y *kultrun* recrea los movimientos de antepasados invisibles en ceremonias inmemoriales.

Las *trutrukas* olvidadas resuenan en el bosque, uniéndose al vuelo de los cóndores al viento, filtrándose por los bosques de *pewen* y al cantar cristalino de ríos escondidos.

En la eterna cadencia rítmica, el niño cierra sus ojos, ahora él es el viento, el cóndor, el bosque indiano, el agua, la tierra.

Cesa la música, abre los ojos y muy lentamente camina hacia el bosque buscando a *Ngjinechen*.

Reminiscencias de mi primer trabajo

José Antonio Díaz Sánchez
comuna de Osorno

A fines de 1964, con la licencia secundaria bajo el brazo, postulé a un curso especial de profesores de Educación Primaria, creado por el gobierno entrante de don Eduardo Frei Montalva, para subsanar la escasez de docentes. Este curso consistía en una formación rápida de 3 meses en veranos y un mes en los inviernos de los años 1965 y 1966, realizados en la Escuela Normal de Ancud.

Los profesores titulados en los cursos regulares de las Escuelas Normales, se opusieron a este programa y nos pusieron diversos sobrenombres discriminatorios como “Marmicoc” (por las ollas a presión que cocían los alimentos en forma rápida), “profesores CORVI” porque el Gobierno tenía un lema que construía una casa cada 28 minutos y los más despectivos nos daban el apelativo de “profesores sancochados” porque supuestamente no alcanzábamos a tener una preparación pedagógica completa.

Debíamos aceptar ir a trabajar al lugar designado, sin derecho a reclamo. Me indicaron la Escuela unidocente N° 99 de Castro. Busqué en un mapa de Chiloé donde se ubicaba la escuela: lugar Alqui, Isla Tranqui, Comuna de Queilen.

Para llegar a mi lugar de trabajo, debí viajar en un barco a Queilen. Estos barcos o motonaves hacían cabotaje de Puerto Montt a Chacabuco, pasando por todos los pequeños puertos de Chiloé y Guaitecas, una vez en Queilen, viajar en un bote a la isla, y caminar cerca de 3 horas por cerros y playas.

La escuela estaba sin profesor más de 2 años, se matricularon 28 alumnos de 1° y 2° año, aumentando un curso cada año hasta terminar con 6° en 1970.

En dicha localidad permanecí 6 años, conocí a los vecinos, compartí con ellos y sus familias, sus horas de esparcimiento, sus ritos religiosos, sus costumbres, tradiciones y vivencias. En esos tiempos había bastante pobreza, muchos vivían en casas con techo de paja y pisos de tierra, cocían sus alimentos en ollas que colgaban de una cadena al fogón, los niños iban a la escuela con ropa parchada y a pata pelada. Los útiles escolares, textos, cuadernos, lápices de grafito, los entregaba el Ministerio de Educación.

Muchas veces acompañaba a los vecinos a pescar, en especial las noches de los viernes, para poder descansar de la traspasada el sábado y domingo. En otras oportunidades, visitaba las casas de los lugareños, saboreábamos un buen vaso de chicha, jugábamos al naipe, especialmente el juego argentino “truco”, en otras era invitado a los reitimientos de chanco.

Contaban sus historias, sus aventuras en el mar, en los canales del sur o sus experiencias con los brujos, su navegación en el Caleuche, sus citas con la hermosa Pincoya, o cuando tuvieron que quitar de los brazos del Trauco a alguna doncella o cuando la viuda los atontó y los hizo dormir, llevándolos a kilómetros de distancia de sus casas. Recuerdo algunas de estas historias, por ejemplo, un vecino contaba que hacía algunos años, no se acordaba cuántos, un extraño perro ladraba las noches de los martes y viernes cerca de su casa y no los dejaba dormir. Una noche junto a otros amigos, se pusieron de acuerdo y le tendieron una trampa, agarraron el perro entre varios, lo castraron y lo dejaron ir. Al día siguiente, se enteraron que un vecino que muchos decían que era “brujo”, había muerto desangrado extrañamente sin que su familia supiera la causa. O las inverosímiles historias de aquellos navegantes que, con chalupas a remo o a vela, se dirigían a las Guaitecas o atravesaban el Golfo de Penas. Otros juraban invocando a su Santo Patrono, que habían abordado el Caleuche, bailado hasta el amanecer con hermosas doncellas y después, al día siguiente, eran dejados atontados en una playa lejana.

O bien, que fulano se había enriquecido de la noche a la mañana, pero que repentinamente se le había muerto la hija mayor. Entretanto el padre enterraba en el cementerio un ataúd lleno de piedras porque la hija la llevaban para ser bailarina, esa era la condición que ponía el capitán del Caleuche para ayudarlos. O como la Pincoya, sembraba las costas chilotas de mariscos y peces. Así, varios contaban que habían divisado en una noche de luna, sentada en una roca a una hermosa mujer, peinando su larga cabellera, cuando lo comentaban, todos pensaban que era la Pincoya.

En otras actividades que participé, fueron unas largas caminatas por los cerros, bosques o a orilla de los ríos y lagunas en búsqueda de tesoros o entierros de plata y oro, en la noche de San Juan. Estos tesoros, según la tradición, habrían sido enterrados por los sacerdotes jesuitas, en tiempos de la colonia, antes de ser expulsados de Chile por el rey de España y que sólo pueden encontrarse en esa fecha, como había acontecido con un vecino, de por ahí, quién según decían, encontró un crucifijo de oro macizo de 1 m. de longitud y cientos de monedas de ese metal, haciéndose rico y siendo la envidia de los demás.

Por supuesto, en nuestras búsquedas nunca encontramos nada, sólo unos buenos resfríos y cansancio.

En la actualidad, el paisaje de la isla y de las playas chilotas está poblado de balsas, redes y balizas de las famosas pesqueras y salmoneiras, perdiéndose las aguas cristalinas y lo idílico de esos años. Ya no hay, centollas, cangrejos, jaivas, erizos, locos, navajuelas, huepos, pinucas, almejas, choritos. Solo plásticos, desechos de redes y en el fondo de estas, la capa nauseabunda de residuos de los alimentos de los peces; pero, en contraste, hay luz eléctrica, caminos para vehículos.

La escuela se ha transformado en un internado que recibe a los niños de diversas localidades de la isla y con enseñanza básica completa. Seguramente, esos viejos ya no estarán para contar las historias de sus abuelos, no habrá pesca, no jugarán al truco con su maestro, sino que, sus descendientes, comentarán lo que pasó con la serie de

la televisión o se entretendrán con el computador o celular. Pero, más de alguien se acordará de ese profesor, que los acompañaba en los partidos de fútbol, o en la pesca, o que incluso les puso inyecciones a su mamá o a sus hijos cuando tenían un tratamiento médico, ya que no había posta ni enfermeras como ahora, y que en 1970 escribió con pintura las piedras de la playa o marcó con una equis y un trazo cruzado el nombre de su candidato a presidente en las trancas o puentes de los barrozos caminos de tierra y dirán: “¿Qué sería de él?”.

Y pensar que hace más de medio siglo.

Ausencia de amor

Francisca de Fátima Cares Cea
comuna de Osorno

Desde la altura del valle hermoso inundo mis lágrimas por tu ausencia. Sé que desde el cielo me iluminas y que dejas una estela de tu fragancia. Porque aún no logro llevar este vacío de amor que, con rayitos de sol y sus alegres arcoíris, van calmando todo mi dolor.

Vuelas en mis sueños, por las noches, yo te siento; porque tu lamento sale dentro de mí. Oigo tu voz ¡No sé por qué! Pero así lo presentí. Tan lejos te encuentras, tan lejos y me ignoras. Tan lejos, que ya no hay dicha para mí.

¡Qué lindo fue conocerte amor de mi vida! Amor de calor y frío. Tan solo tus caricias y tus enormes abrazos llenaron mi mente amor mío y, así, quedarme dormida en mis noches junto al frío, pero también al bello rocío.

Serás inalcanzable, mi bella magia, estás en mi mente; como la dulzura de la primavera llegue hasta encontrarnos algún día amor mío.

Eres el hombre amor, que por las tinieblas aún te veo caminar ¡Qué triste soledad! Levanto mi mirada para poderte acariciar ¡Sí! Porque sin ti, sin saborear tus grandes besos, porque ya no te puedo tocar, solo cuando despierto ya tu imagen desaparecerá. Porque en este mundo ya no estás y pasas como angelito queriéndome despertar.

¡Mira amor! ¿Dónde te has ido? ¿Por qué nos perdimos en el universo? Te busco para aferrarme amor mío.

Sé que ya no estás.

Sé que te has ido ¿Por qué me has dejado en el olvido? Aquí, por toda la tristeza que he vivido.

¡Ven! A mis noches desoladas que hay tanto frío, como si fueran mantos de rocío.

¡Ven! A cobijarme y así soñar cada instante con tu calor susurrándome al oído.

No me dejes, que yo me voy contigo, a estrecharme a tus abrazos, que aún yo no te olvido mi querido e inolvidable ¡Amor mío!

Aysén

del Gral. Carlos Ibáñez del Campo

Bienvenido hijo

*Sonia Delgado Briones
comuna de Chile Chico*

Ha llegado el momento tan esperado. Durante casi nueve meses he sentido más amor y más ansiedad por cada día que pasa al darme cuenta que se acerca el gran acontecimiento. Son las ocho de la noche del 27 de agosto de 1979. Se me hace difícil tolerar mis dolores que son cada vez más seguidos. Cerca de la medianoche le pido a mi esposo que me lleve al hospital. El bebé simplemente quiere llegar.

A las 06:30 de la mañana del 28 de agosto llega el primero de mis tres hijos al mundo. ¿Existe experiencia más maravillosa? Pasadas las ocho de la mañana y con la incertidumbre de no saber qué ocurre, mi esposo llama al hospital y le informan que ha nacido durante la noche una niña cuya madre es Sonia Delgado, por lo que llama a la familia informando la noticia. Una de las tías abuelas lo conforma diciéndole que las niñitas son más apegadas al papá y que cuando grande le va a zurcir los calcetines.

Como a las once de la mañana entra a escondidas y se acerca a mi cama con una cajita transparente con dos hermosas rosas en su interior, (única vez que me ha regalado flores en los más de 46 años que llevamos de pololeo) y me dice:

— Una para ti y otra para mi hijita—

—Pero de dónde sacaste eso, si nuestro bebé es varoncito, eso me dijeron, yo ya lo conocí, no le he visto la marca, pero sé que es niño—

En ese alegato estábamos cuando una enfermera lo echa volando de la sala, que no podía estar ahí porque venía la matrona a hacer la visita. Una vez terminada esta me levanté como pude y salí al pasillo donde me esperaba un confundido y ansioso papá, que no sabía qué ocurría.

Al final por esas casualidades de la vida, había otra Sonia Delgado que había dado a luz una niñita y cuando él llamó le informaron ese nacimiento. ¡De vuelta llamar a la familia y contarles que hubo un error, era un niño!

Pasaron los días y nos fuimos a casa, toda una aventura al ser mamá por primera vez, nada sabemos, todo lo aprendemos a porrazos, nadie nos enseña a ser padres.

Una noche casi no durmió y lloraba mucho, tuve problemas para amamantarlo así que los tarros de Nan se acumulaban y los bolsillos flaqueaban, pero era lo de menos, lo teníamos a él, nuestro bebé amado que nos enriquecía la vida. Al día siguiente no reaccionaba, yo lo movía, le hablaba y nada, estaba lacio, me aterroricé y salí corriendo a la farmacia cercana y llorando les dije que mi hijito se estaba muriendo, que no hacía nada.

— A ver, cálmese señora— me dijeron, — ¿cómo durmió su bebé anoche? —

Entre sollozos les dije —casi no durmió, lloró casi toda la noche—

— ¿Qué cree usted? ¡Tiene sueño! Déjelo dormir tranquilo y verá que despierta muy vivaz— Así nomás fue. Hoy nuestro bebé tiene 41 años y es padre de tres hijos maravillosos.

La bendición

Graciela Victoria Mancilla Oyarzún
comuna de Aysén

Cuando terminó el año escolar, al comenzar las vacaciones de verano, fui invitada por mi vecina y compañera de curso a pasear a Estancia Cisnes, lugar muy alejado de Puerto Aysén. Para eso había que tener autorización de los padres y el documento llamado carnet de identidad. Era la primera vez que realizaba un trámite por mí, además por un tema que a mí propio interés agradaba; una forma de adquirir autonomía que no tenía precedentes.

Siendo en mi hogar puras mujeres, las hijas; teníamos muchas restricciones, permisos limitados en horas y jamás dormir fuera de casa. Ahora vislumbraba toda una aventura. Viajaría con mi vecino camionero y su hija a casa de otra compañera de curso; ella regresaba a su hogar; después de un año de estudios, todos conocidos por años, viviendo en un mismo vecindario.

El día que debía viajar, muy temprano para que el sol de la pampa no nos sorprendiera, mi madre me dijo:

- Te colocas de rodilla - accedí, entonces ella, sobre mi cabeza hizo la señal de la cruz.

- ¿Por qué mamá? - le dije, casi con miedo.

- cuando se sale de casa por primera vez, es lo que corresponde - respondió muy serena.

Apenas aclaraba el día, partimos con rumbo a Coyaique, único camino bien ripiado en la época, al llegar al km 57 nos adentramos hacia el este y cambió la vegetación drásticamente; fue entonces que comenzaron las preguntas al chofer

- ¿Por qué los árboles están doblados? -

- Hay mucho viento por aquí-

- ¿Cómo se llama ese pájaro grande?

- Ñandú.

El camión siguió avanzando por un interminable camino. Pude observar que desaparecieron los cerros y bosques, para luego aparecer la pampa con sus coirones, llaretas y otros pastos duros y espinosos, miles de ovejas por doquier, hombres vestidos con aperos de gauchos y casas lavadas por la acción del tiempo de colores grises, todas ellas con una gran cantidad de madera acumulada para el fuego, a la espera del invierno.

Al llegar a la frontera me sorprendió que solo un cerco de alambre de púas dividía un país de otro. Las casas argentinas estaban construidas de cemento, eran bajas y blancas; el chofer presentó todos los carnets, conversó amigablemente con los gendarmes y seguimos viaje, un largo viaje con nombres desconocidos, que no los había escuchado, salvo en algunas conversaciones de mi padre en sus andanzas como tropero. Mi vecino atento, conversador y entretenido de todo informaba, vi por primera vez armadillos y flamencos; avutardas y caiquenes.

Ya en casa, recuerdo la vida dentro de ella, han pasado años y todavía siento la calidez de ese hogar, el postre de grosellas cocidas y las novelas de amor que leía, esa amistad de juventud entre niñas, con juegos y tallas pobladas de risas y cantos. De regreso, traje de recuerdo un inmenso huevo, me decían que equivale a una docena de huevos de gallina, de color verde azulado; un hermoso huevo de ñandú. El camión venía cargado de fardos de lana de oveja, la Estancia Cisnes enviaba su producción lanar al puerto de Chacabuco.

Han pasado los años, mis vecinos no están vivos, pero en mis recuerdos aún recorro sus casas; a veces también en mis sueños. Creo que la bendición de mi madre fue un acto trascendental, mientras pude viajar; recorrí gran parte de Chile, en tren, en bus, a dedo, solo cuento aventuras hermosas y con final feliz, seguramente la bendición de mi madre; me acompañó por siempre.

Amar el mar

Edwigis Díaz Castro
comuna de Chile Chico

La primera vez que conocí el mar fue en el año 1960, a mediados de enero. Mi infancia y adolescencia trascurrían en un pueblito muy cercano a Santiago. Éramos 4 hermanos en ese entonces, nuestros juegos de niños fueron siempre a orillas de un riachuelo o en un patio muy grande lleno de árboles frutales. No obstante, pese a todas esas cosas lindas que tenía el lugar, para mí el real sueño era conocer el mar.

En los atardeceres solía contemplar el horizonte y pensaba que allá donde se pierde el sol debía ser el lugar donde se junta el mar con el cielo. Yo imaginaba el mar como un río muy grande donde navegaban los barcos, unos más grandes que otros, pero en mi pensamiento de niña no imaginaba que era una gran inmensidad de agua.

Un día llegó de visita una tía que vivía en Valparaíso, venía con mi primo mayor, lo que me alegró mucho porque los dos nos aveníamos mucho, fue justamente él quien con sus relatos aumento más en mí la curiosidad por conocer el mar y me animó a pedirle a mi tía que me llevara a conocerlo. Ella me dijo: “hablaré con tu papá. Tú ya sabes cómo es él de complicado, si lo convenzo nos vamos pasado mañana”. Yo ansiosa esperaba el permiso que, obviamente, me dio después de un largo sermón. Feliz comencé a preparar mi maleta, y a anhelar el día en que íbamos a viajar.

Cuando llegó el día, me despedí de mis hermanos, de mis abuelos y de mi mamá, prometiendo que les traería algún recuerdo. Mi papá

nos fue a dejar a la estación del tren. El viaje fue toda una aventura, en el tren vendían bebidas y dulces, así que nosotros íbamos fascinados. El tren se detenía en todas las estaciones alrededor de 10 minutos, pero en la estación de Llay Llay se detuvo más tiempo. Ahí unas señoras de delantales y tocas blancas vendían los famosos dulces de la zona que hasta hoy son muy conocidos, como los “palomos”, “empolvados”, “príncipes”, etc. Para mí todo era nuevo y muy entretenido. Al atardecer llegamos por fin a Valparaíso.

Antes de llegar a la estación ya se podía divisar el mar a medida que más nos acercábamos, más me impresionaba y le comentaba a mi primo que lo imaginaba grande, pero nunca tanto. Por fin llegamos y bajamos a mirarlo de cerca. Encontraba todo muy hermoso. Había barcos muy grandes, de otros países, y conocí ese día a la mítica Esmeralda. Esa oportunidad fue única y pensaba que si pudiera subir a uno de esos barcos viajaría y cuantas cosas lindas conocería. Pero luego pensaba si en esa travesía me toca una tormenta, me moriría de miedo, ese era mi sentir mientras recorriamos el lugar.

El hermoso paisaje que me impresionaba me hacía olvidar rápidamente cualquier temor. Valparaíso con sus bellos paisajes, los cerros y los barcos, todo iluminado quedó grabado en mi memoria. Esa fue para mí la primera e inolvidable impresión al conocer el mar.

Mi vida color rosado

Arnaldo Cruz Peñaloza
comuna de Chile Chico

Para el taller literario autobiográfico en que participé contamos tres hechos que hayan marcado nuestras vidas, mis relatos tuvieron que ver con mi vida por el tiempo que serví en la Armada, el tiempo que trabajé en salud, la mayor parte de mi vida (43 años) y el nacimiento de una de mis hijas que es el relato que presento a continuación:

Esta etapa está marcada por el nacimiento de mi hija menor Daniela, quien es muy especial y esto ocurre en abril de 1994. En esa fecha me encuentro inmerso en un sinfín de actividades deportivas y sociales, sin mucho apego a la vida familiar, salvo los cumpleaños y fiestas de fin de año. Mis días comenzaban con actividades a las seis de la mañana en diversos entrenamientos, ya que en ese tiempo era deportista activo en varias disciplinas y los fines de semana, comenzaba a las ocho con talleres deportivos que realizaba para jóvenes.

Soy cristiano católico desde que tengo memoria, pero a partir de los 20 años me transformé en católico social, es decir de casamientos, bautismos, funerales y otras celebraciones especiales. El año 93 nos invitan con mi señora a participar en un cursillo de cristiandad, el cual no me atraía mucho, ya que era un fin de semana y debía dejar mis actividades habituales, pero dije debo pensar en la familia, ya que era para matrimonios y mi esposa estaba muy deseosa de hacerlo. Algo o alguien logró convencerme por lo que acepté.

Como es lógico, este cursillo era más terrenal que espiritual, pero que más allá de la religiosidad nos mostró lo fácil y simple que es ayudar y que no cuesta mucho. Uno de los expositores nos contó algo que lo marcó y creo que a todos los que participamos también. La historia era la siguiente: en su casa asistía cada cierto tiempo un hombre que le cortaba el pasto y le limpiaba el patio, labor que hacía para incrementar sus recursos, ya que en su casa tenía un invernadero y vendía verduras. Para el año nuevo, tradicionalmente, comían pavo asado y siempre les quedaba por lo que ese año le regalaban lo que les sobró. Por supuesto, esta persona se fue muy contenta para compartirlo con su familia. Al día siguiente, llega con lechugas, acelgas y otras verduras de regalo. Cuando se va se dan cuenta con su familia que ellos le habían dado las sobras de la cena, en cambio él les había regalado algo que vendía para su sustento.

En abril del 94 nace Daniela, mi hija, con Síndrome de Down, hecho que cambió nuestra forma de vivir comenzando por el primer traslado a Coyhaique con ella a los dos días de nacida. Ese viaje lo tuve que hacer yo con Daniela, ya que mi señora estaba hospitalizada debido a que el parto fue por cesárea. Mi adorada hija es especial en todo el sentido de la palabra, e hizo que toda la familia se involucrara en sus cuidados, primero con viajes constantes a Coyhaique por cuadros obstructivos y, dos veces al año, a Santiago a controles con especialistas.

Su nacimiento cambió mi calendario de actividades, ya que mi esposa trabajaba y su horario terminaba a las ocho de la noche incluyendo los sábados. Mi hijo Mario estaba en etapa escolar y Bárbara, la mayor, en la universidad. Por lo que nuestra preocupación eran los hijos en especial Daniela siempre muy inquieta y exigente. Muchas familias optan por esconder a estos niños, pero nosotros desde un principio optamos por su integración en todas las actividades que no le signifiquen riesgos, ya que ella no mide sus acciones y necesitaría varias hojas para contar todo lo que ha hecho en su vida.

Ha pasado el tiempo y hoy es conocida en nuestro pueblo por todas las personas y también en la región, ya que siempre viaja conmigo a diferentes actividades que desarrollo y mientras trabajé en el

hospital, también participamos en las olimpiadas deportivas que se realizaban todos los años en las diferentes ciudades de la región. Su integración comenzó en el jardín, siguió en la escuela y en cuanto fiesta había en el hospital. Incluso, hasta que comenzó la pandemia, trabajaba como propinera en un supermercado. Obviamente para divertirse, asistía a fiestas y a las discos con sus hermanos.

Para nosotros como familia es una bendición de Dios su nacimiento, ya que la relación familiar cambió totalmente con su llegada. Durante 20 años acompañé a jóvenes en actividades de catequesis, de confirmación, en la iglesia y cuando uno conversa el por qué llega a estos encuentros, habitualmente, se dice porque alguien lo invita o porque los amigos asisten. Yo acostumbraba a contarles como un testimonio, que Dios nos prepara los caminos sin decirnos nada, ya que siempre he pensado que si no hubiese asistido a ese cursillo de cristiandad, quizás mi reacción ante el nacimiento de Daniela hubiera sido como muchas parejas que se separan al no aceptar a su hijo o hija.

Daniela para la familia es y será el motivo para seguir luchando y viviendo con intensidad cada momento de nuestras vidas, ya que una vez que nosotros, los padres, no estemos sus hermanos seguirán apoyándola. Hoy, a sus 26 años, sigue siendo un motivo para vivir, ya que con ella es imposible no estar alegre y admirado con las habilidades que tiene, especialmente, en lo tecnológico. Siempre ha sido muy apegada a mí y, a veces, pienso cómo irá a ser su existencia cuando ya no esté a su lado. Solo pido que Dios la cuide y la bendiga.

Magallanes y la Antártica Chilena

De Canarias a Punta Arenas, a través del mar y las generaciones

Carolina Haydeé Rodríguez Díaz
comuna de Punta Arenas

Siempre he sabido de mi ascendencia canaria, pues mis antepasados directos, mis abuelos por parte de madre, emigraron desde allí, a Punta Arenas, vía Uruguay, a fines del siglo XIX.

Mi deseo por conocer de mis ancestros, de quiénes fueron, de dónde vinieron y, también si quedaba alguno vivo, fue cumplido gracias a mi sobrina Gladys Grace, quien viajó en el año 2007 con su madre, mi prima hermana Elvira Paz Díaz, a la isla de Gran Canaria, con el propósito de encontrar a algún familiar vivo y, zambullirse en la historia de nuestros antepasados canarios, una de las tantas familias de emigrantes españoles.

Gladys, muy gentilmente, mandó algunas noticias de su investigación vía e-mail. Me contaba:

“La riqueza archivística de las islas es impresionante. Pude examinar registros en siete parroquias diferentes, cuyos libros más antiguos, llegan hasta los años mil quinientos. En los diversos archivos parroquiales, conocí a otros ‘aficionados’ como nosotros, que también buscaban su propia genealogía.

El registro civil español comenzó después de 1870 pero, donde tuve muy buenos resultados, fue con los censos o padrones, tanto eclesiásticos como civiles.

Las visitas a las bibliotecas también fueron útiles, ya que hay bastante material sobre migración a América.”

En otro reporte, Gladys anuncia contenta y optimista: “Ya tenemos algo de nuestros canarios: el certificado de matrimonio de los abuelos Díaz - Quesada. Se casaron en la iglesia de Las Palmas en el año 1885. Y, además, les comento que, en el censo de población del Ayuntamiento de Las Palmas de 1874, con una linda y clara caligrafía, aparecieron los nombres de Antonio Quesada y su mujer Valentina Soler (los bisabuelos) con sus hijos: Carolina, Cándida, Ana, Bárbara (abuela), Josefa, Pablo y José.

Con esos datos, volví a las iglesias y registro civil para ver certificados de matrimonios, bautismo, etc., todos relacionados con los apellidos Díaz, Quesada, Soler y así fue como encontré a una prima segunda de mi madre. Su abuelo había sido Pablo Quesada Soler, el hermanito que Bárbara dejó en España.”

En otro e-mail: “Sigo revisando bautizos y matrimonios, pero más del siglo XX, siempre con los mismos apellidos, y así llego a Juana Quesada, Sofía Torres Quesada y Quesada Dávila, que se habían casado en 1923. Podría haber parientes vivos, ¿o no?

Lo único que faltaba, era recurrir a la guía telefónica de las Palmas, y buscamos ‘Quesada Dávila’.

Había tres con el mismo nombre. Marcó mi madre el número: ‘Aló’. Se le explicó que buscábamos algún pariente Quesada Soler. La señora qué contestó dijo: ‘Ay, no sé mucho de eso de la familia. Sólo sé que mi abuelo era Quesada Soler, pero hablen con mi hermana, ella sabe’. ¡¡SON LOS NUESTROS!! gritó mi madre”

A esta altura, después del último reporte de mi sobrina Gladys, me quedaba claro que descendía de Miguel Díaz Pérez y Bárbara Quesada Soler, abuelos procedentes de las Islas Canarias que llegaron a fines del siglo XIX, al extremo Austral de América, especialmente a Punta Arenas, Chile.

La pareja tuvo numerosos hijos. Entre los nacidos en el nuevo mundo hubo siete hijas, quienes tuvieron la posibilidad de conti-

nuar el legado biológico mitocondrial de Bárbara, a través de los siglos.

Entre ellas, mi madre, Carolina Díaz Quezada (1906-2006), quien se casó con Antonio Rodríguez Sánchez (también descendientes de emigrantes españoles). Tuvieron tres hijas: Carolina, Ángela y María Rosa.

En estos momentos, ya en el siglo XXI, la descendencia de ambos es: 3 hijas, 7 nietos y 11 bisnietos (todos vivos).

Este escrito, basado en mi patrimonio familiar, es mi gran tesoro que guardo en fotografías y varios documentos que, con los años, han marcado mi personalidad e identidad como familia de canarios, legado que dejaré como herencia a mis tres hijos y tres nietos.

Gran Premio de la Hermandad (relato histórico familiar)

*Leticia Del Carmen Agurto Cárdenas
comuna de Punta Arenas*

El Gran Premio de la Hermandad, es una competencia automovilística donde participan chilenos y argentinos, unidos por el deporte tuerca y, se caracteriza por lo complicado de sus caminos; especialmente cuando se suma el factor climático como protagonista, teniendo en cuenta que una nevazón, o una lluvia, cambia radicalmente el estado del suelo.

Que fue precisamente lo que aconteció en esta oportunidad, según los directivos. Si bien es cierto ese fue uno de los factores, hubo, además, otro más importante aún; pues por la inexperiencia de los jóvenes directivos de la época, o por el momento que en la reunión que se llevó a cabo a última hora de la noche, se negaron a cambiar la ruta y, decidieron que se haga por el cordón Baquedano, tal como estaba programado. Dicho camino es solo de verano, pues es intransitable en invierno.

Tal vez ellos, pensaron que podía ser más emocionante, y no se dieron cuenta que podía ser peligroso. Era la primera y última vez, por lo menos hasta ahora, que se corría por esta ruta, y las condiciones climáticas no fueron las mejores, fue una muy mala idea.

Al otro día, en la segunda etapa, vino lo trágico. En Río Grande – Porvenir-, nevó toda la noche en Porvenir y, al otro día también durante la carrera. Jorge Manquemilla y su copiloto llegaban primeros al Cordón Baquedano, sin saber lo que les esperaba más adelante.

Iban abriendo el camino, hasta que se encontraron con un enorme voladero de nieve y quedaron atrapados.

El que venía segundo, era un argentino, quien también quedó atrapado; y así comenzaron a quedarse uno a uno en la nieve; no había camino, solo voladeros de nieve. Jorge Manquemilla debido a su avanzada enfermedad, estaba en desventaja, ni siquiera podía bajarse del auto.

El que venía segundo lo ayudó, y después de varias horas lograron salir. Ya habían perdido mucho tiempo en la nieve, el auto empezó a fallar, y sólo llegaron hasta la subida del muelle; lo llevaron a remolque hasta la meta, el que venía tercero, logro salir el primero de la nieve y, se adjudicó el primer lugar.

Cuando saludé a un piloto de la categoría mayor en la meta, estas fueron sus palabras “Esto fue un asesinato”. Llegaban temblando de frío, algunos casi con hipotermia. Ese año de sesenta y cinco maquinas, solo veinte lograron completar ambas etapas, fue un desastre.

Una fría mañana de invierno del mes de agosto de 1990, en la 17 edición, la gente se agolpaba como cada año, en las calles Señoret y Santa María, de Porvenir, en donde se encontraban todos los binomios chilenos y argentinos para disfrutar de este gran evento, y oír el rugir de los motores y, ver los pintorescos autos. Nadie quería estar ausente en esta linda fiesta que se lleva a cabo cada año en dicho mes.

Se da inicio a la carrera con el izamiento de ambos pabellones patrios, el chileno y el argentino, después se da la partida al binomio número uno de la categoría menor de ese año.

Jorge Manquemilla, los fierros y las carreras de autos, eran su pasión, por lo tanto, no podía estar ausente. Su estado de salud no fue impedimento en ese instante. Antes de largar, recuerdo con nostalgia que yo, su esposa, amiga, compañera y su cómplice, puse sus blancas y casi inertes manos al volante y, siendo las ocho de la mañana, se baja la bandera a cuadros y, con el aplauso de la gente se fue rumbo a Río Grande, acelerando a fondo como estaba acostumbrado a hacerlo.

Primera etapa superada, no bajó las manos del volante hasta llegar primero a la meta y así ganaba la primera etapa.

Así, Jorge Manquemilla finalizaría su última participación en el Gran Premio de la Hermandad, el 20 de enero de 1997 correría la última carrera, pero esta sería hacia la eternidad.

“Doy por ganado todo lo perdido
y por ya recibido lo esperado
y por vivido todo lo soñado
y por soñado todo lo vivido”.

Juan Guzmán Cruchaga (1895-1979)

O vivimos ilusión tras ilusión o morimos

*Rosa Andrina Miranda Figueredo
comuna de Punta Arenas*

Abismados recuerdos de una entretenida niñez afloran, se reaniman hasta que ponen en movimiento la inquietud literaria que hace navegar por el océano de la nostalgia y echar anclas en el puerto de la escritura.

Todas mis ilusiones cumplidas, se hicieron realidad gracias a cuatro personas maravillosas con quienes tuve la fortuna de crecer y vivir.

Estas personas tan significativas que me llenaron de afecto desde antes de nacer son: mi gran abuela materna, mi adorado padre, mi fantástica mamá y hermana mayor, esta palabra mayor debería escribirla con mayúscula, tenerla como hermana para mí fue un verdadero orgullo, aquel que se sentía antiguamente por los hermanos grandes.

Abuelita, siempre mantuviste tu rol como tal dentro del hogar fraterno; fuiste mi segunda madre. Recuerdo tus scones recién salidos del horno, el estofado de cordero, las papas rellenas, los pucheros, todos platos únicos en sabor, amor, cariño, dedicación. Al nacer mis dos hijas mayores al volver casa con mis recién nacidas tú me esperabas feliz con los brazos abiertos, cantando canciones de cuna tomándolas en tu regazo. Al nacer mis otros dos hijos ya te encontrabas descansando, extrañé dolorosamente tu acogida.

Con el correr de los años, me di cuenta que no podía continuar la vida de casada, había sido solo una ilusión, desperté y decidí seguir, por los caminos de la vida, con mis hijos, sin el padre de ellos cua-

tro. En este doloroso trance, tú abuela querida fuiste mi ejemplo, mi guía, quedaste viuda muy joven con cinco hijos, estoica saliste airosa a pesar de la sociedad mucho más machista de lo que es hoy.

Gran abuela, mi nueva ilusión es despertar con la seguridad que puedo dejar tanto, tanto como tú, que sin tener nada me dejaste tanto, tanto, tanto...

Adorado papá, enfermero, anestesista, boticario, arsenalero, masajista, perteneciente al partido Radical, diácono, militar, sólo tú podías conjugar tanta paradoja, amigo de tus amigos, conciliador familiar, honesto, respetuoso, alegre jugador de truco y canasta. Fuiste mi confidente, mi confesor, llegamos a ser grandes amigos, hablábamos de política, religión, compartíamos libros.

Mi ser se llena de satisfacción cuando tú un hombre grande me empezaste a contar tus problemas, gracias querido papá por hacerme merecedora de tu confianza, una vez más desperté al comprender que el padre que lo solucionaba todo, el que entregaba consuelo al que se lo pedía, cargaba sobre sus hombros penas, soledad, incomprendiones en el ámbito laboral. Querido papá, nuestras conversaciones las atesoro muy dentro de mí... Contigo, viejo querido aprendí a escuchar y valorar confidencias.

Mamita querida, por lo poco que sé, debido a la temprana muerte de tu padre, tu primera infancia, si bien, no adolecí de cariño y amor sí estuvo falta de comodidades y holgura económica. Sin embargo, siempre fuiste dicharachera, alegre, hablando en versos, leyendo en voz alta, siempre tenías un refrán para decir. Te veo entre libros de tejidos y de recetas de cocina, estos últimos no los leías mucho porque nunca te gustó cocinar, para eso estaba la abuela Rosa, y tú te dejabas querer por ella y por mi papá. Te entretenías jugando conmigo y mis muñecas, les cosías vestidos y a sus cunitas les bordabas sabanitas y les hacía colchones, y todas esas prendas aparecían de un momento a otro sorprendiéndome, me hiciste muy feliz.

En tu lecho de muerte me diste una prueba inmensa de tu comprensión de madre. Me recosté a tu lado, me acariciaste, te acaricié, sin pronunciar una sola palabra nos dijimos cuánto nos queríamos,

cuánto me comprendías, cuánto te admiraba. Un momento antes en el mismo lugar tu hermana menor, me había estado reprendiendo porque me había separado del padre de mis hijos. Tus caricias me lo dijeron todo. Esa misma noche partiste para siempre de nuestro lado. Gracias mamita tierna por tu benevolencia, sin pronunciar palabra alguna, me enseñaste lo que es ponerse en el lugar del otro.

Hermana querida, ¿Te acuerdas el día que hicimos un trineo? Ocupamos una madera que encontramos en el patio, con serrucho y martillo en mano iniciamos y terminamos un tremendo armatoste, que sobre la nieve no se movía ni para adelante ni para atrás. ¡Qué! Fiasco, era muy pesado debido a que ocupamos una madera húmeda y además la huincha metálica que clavamos en sus bases inferiores estaba oxidada y entonces no se deslizaba ni por casualidad. Pero, no nos desanimamos, con la ayuda de los chicos del barrio lo llevamos en andas hasta una avenida en declive resultó que no se movía y tuvimos que empujarlo también cuesta abajo, lo hacíamos entre todos y después corríamos a sentarnos en él y ahí se chantaba, era tan largo y ancho que entrábamos todos sentados en doble fila. De repente empezó a deslizarse, pero, frenaba con brusquedad y nosotros nos caíamos de golpe sobre la nieve, a veces se atravesaba y seguía bajando de costado ¡Qué bien lo pasamos! ¡Cuánto nos reímos! Lo mejor fue que nos dieron permiso para salir después de la cena a gozar de la nieve y de nuestro trineo. Cuando terminamos de comer los chicos del barrio nos estaban esperando y seguimos disfrutando de una noche preciosa de luna llena.

Querida hermana, contigo aprendí que se puede ser feliz con pequeñas cosas. Al final de tus días quisimos hacer cosas juntas, ese deseo fue sólo una ilusión.

Antes de terminar les cuento que siempre escribo cartas a mis seres queridos ya fallecidos, es una forma de tenerlos conmigo y me ilusiono pensando que ellos las reciben, las leen y se alegran porque siempre los recuerdo con mucho cariño.

PD: Según mi humilde opinión la vida es una secuencia de ilusiones cumplidas, ilusione no cumplidas y otras por cumplir.

Rememoranza

Juan Low Nail
comuna de Punta Arenas

La niñez es la edad en que creemos, en cuentos y leyendas. No hay prisa. Vengo acumulando muchas dudas. Me despierto son las 7 de la mañana, trato de no hacer ruido, voy a la cocina y me hago una taza de café, intento de recordar algo de mi sueño no lo logro.

Camino por la costanera del Estrecho de Magallanes contemplando el mar, en ese momento calmo total. Barcos mercantes en la bahía hasta el tope de containers, llenos de mercadería importada especialmente de Asia. En el muelle dos enormes transatlánticos llenos de turistas para visitar las bellezas de nuestro sur hermoso y prístino. Esto me lleva a los recuerdos de mi niñez e infancia, siempre mirando hacia el mar del estrecho y sus barcos surtos en la bahía, recuerdos del caminar por la orilla tirando piedrecitas a la mar cuando está calma.

Pienso en mis abuelos llegando con esa multitud de gente en otros barcos menos lujosos donde todos son colonos llenos de esperanza.

Mi padre descendiente por generaciones de pescadores, loberos, agricultores se instalaron en esta pequeña ciudad, en ese entonces 1900 Punta Arenas.

Mi abuelo, nieto de William Low capitán lobero originario de Greenock Bahía Hermosa al sur de Escocia. Hombre educado como marino, siendo su padre comerciante. Excelente marino, que con 20

años salió en su propia embarcación. Nació en 1800 con su hermano mayor Andrew.

Llegaron a Maldonado, Uruguay y de ahí con contrato para la caza de lobos finos de dos pelos por su grasa y pieles muy cotizadas en esos años. Llegaron a Islas Falkland o Malvinas, las que usaron como base. De ahí a navegar por las costas del océano Atlántico atravesando el Estrecho de Magallanes llegando a los intrincados canales australes que los conoció en toda su inmensidad.

Su hermano Andrew falleció de escorbuto en las costas del Estrecho. Está sepultado en el cementerio de Los Ingleses en Puerto del Hambre. En este lugar también está sepultado el comandante Pringles Stokes del AMS Beagle. Es ahí donde conoce al almirante Robert Fitz Roy, que años después trabajó como piloto en la Adventur, su propia embarcación que fue vendida al propio Fitz Roy en 1833. Estuvo embarcado hasta el año 1835 donde se radica inicialmente en San Carlos de Ancud, donde se casó iniciándose así la descendencia de los Low en todo el sur de la Patagonia Chileno-Argentina y en muchas partes del mundo.

Ahora pienso a medida que pasan los años y nos vamos acercado inexorablemente a los años finales que nos aferramos más a la vida. De nuestros humildes juegos melancólicamente recuerdo ese lejano tiempo. También mi primera salida fuera de casa, me fui a Ushuaia Tierra del Fuego, Argentina. Maravilloso. Sale en el mes de mayo bastante nieve y esos años en Ushuaia mucho más por estar más al sur de esta tierra austral. Está situada al lado sur del canal Beagle casi frente a Puerto Williams ahora ya con más de 5.000 habitantes, una pequeña ciudad. No así el puerto de Ushuaia, en 1962 eran unos 3.000 habitantes, hoy está en los 80.000 habitantes, ciudad muy turística. De vuelta a mi terruño en un par de meses...

Mi autobiografía

*Edita del Carmen Velásquez Gallardo
comuna de Punta Arenas*

Mi nombre es Edita del Carmen Velásquez Gallardo, mis padres fueron Isaías Velásquez Cárcamo y Dolores Gallardo Andrade, ambos oriundos de Chiloé. Nací en Punta Arenas, el 26 de marzo de 1946.

Viví en Tierra del Fuego, en una estancia, desde los tres meses hasta los nueve años. Puedo decir que tuve una infancia feliz viendo las faenas de campo, las que no pocas veces imitaba en mis juegos. Tengo algunas anécdotas por las que recibí más de una reprensión de parte de mis progenitores.

Recuerdo aquella vez que fui a ver el baño de las ovejas. Luego de observar cómo las sumergían, volví a casa y me dirigí al gallinero. Mi madre cuidaba muy bien de sus gallinas y en especial de los pollitos. Busqué una fuente y repetí lo que había visto, sumergiendo a estas pequeñas criaturas en agua fría. Cuando mi mamá fue a recoger huevos se encontró con un nada agradable espectáculo, sus pollitos estaban ateridos de frío, casi desfallecidos. Otro episodio fue echarle el lazo al gallo, emulando lo que hacían los peones para atrapar caballos. Esta vez me llevé un buen regaño de mi papá cuando regresó de recorrer campo, porque encontró al gallo atado al palenque y en estado agónico de tanto tirar la soga para zafarse de ella.

Cuando llegó el tiempo de ingresar al colegio me tuve que trasladar a Punta Arenas. Realicé mis estudios primarios y humanidades en el Liceo María Auxiliadora de esta ciudad, egresando en el año 1964.

Luego ingresé a la Escuela Normal de Ancud y terminados mis estudios inicié el ejercicio de mi profesión en la Escuela Nro.13 de Quetrolauquén en Isla Huar, departamento de Calbuco, por espacio de un año y medio.

Me trasladé a Puerto Natales, ejerciendo la docencia en la Escuela Nro.3, hoy Santiago Bueras, por siete años de mucha satisfacción tanto profesional como personal con varios reconocimientos a las diversas actividades que desarrollé. También hice clases en la asignatura de francés en la Escuela Consolidada de Pto. Natales.

En junio de 1973, me trasladé a Punta Arenas iniciando mi trabajo en la Escuela Hernando de Magallanes hasta mi retiro en el año 2007. En mis cuarenta y dos años de trabajo nunca dejé de perfeccionarme. Durante los primeros períodos de docencia, en las vacaciones de verano asistí a las temporadas académicas de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y en los inviernos participaba de los cursos que impartía la Universidad Católica de Santiago acá, en Punta Arenas, también en seminarios, talleres y un postítulo del Iridec de Talca y en los cursos del Centro de Perfeccionamiento e Investigaciones Pedagógicas del Mineduc.

Realicé múltiples actividades en el área extraescolar: preparadora de las revistas de gimnasia de la Esc. 3 de Natales, con un reconocimiento del Rotary Club de esa ciudad, fui integrante del grupo folclórico y de teatro de la misma. En la escuela Hernando de Magallanes, en la que trabajé por treinta y cuatro años fui Coordinadora de las Actividades Extraescolares por un periodo de tres años, también monitorea de teatro, talleres literarios, de periodismo y turismo. Profesora en la asignatura de Repostería y Gastronomía para el Decreto 15. Asesora de los Centros de Exalumnos y de Padres. En 1997 obtuve el “Premio a la Excelencia Docente”, algo muy satisfactorio en mi vida profesional.

También he tenido momentos muy duros, uno de ellos ocurrió cuando apenas tenía tres años y enfermé de peritonitis y como estábamos en el campo en Tierra del Fuego era muy difícil trasladarse hasta Punta Arenas y cuando pudimos tomamos un pequeño avión

desde Cerro Primavera para llegar a esta ciudad y concurrir al hospital. Allí me esperaba el médico cuyo pronóstico fue terrible para mi madre, me quedaban tres horas de vida si no me intervenían inmediatamente. Afortunadamente la operación resultó exitosa y permanecí dos semanas hospitalizada. Luego regresamos al campo a continuar con la rutina.

Cuando recién había comenzado mis estudios mis padres enfermaron de cáncer. Fueron enviados a Santiago y luego de tanto luchar por recuperarse, sucumbieron y en menos de dos años había perdido a ambos. Desde ese momento pasé a ser miembro de la familia de un tío, hermano de mi mamá y desde entonces tuve hermanos, abuela y otros papás.

El otro episodio que marcó mi vida muy profundamente fue lo ocurrido en el año 1978, cuando nuestro país estuvo a punto de llegar a una guerra con Argentina. Fue una época muy difícil para los habitantes de esta región. Mi esposo era funcionario de Carabineros de Chile desempeñándose como chofer del jefe de la VI Zona de esta institución, la que por no ser beligerante, preparó a su gente para participar activamente en este conflicto, el que fue muy arduo durante todo el año. La ciudadanía tenía muy poco conocimiento de la gravedad del problema, pues las autoridades actuaron con mucha cautela para no provocar alarma en la población, sólo llamaba la atención que los techos de hospitales y centros de salud lucían la cruz roja, los ventanales del aeropuerto pavonados y una radioemisora entregaba mensajes en clave para las distintas instituciones armadas.

Fue así como el 21 de diciembre de 1987 escuchamos el santo y seña para Carabineros. Eso significaba que el momento había llegado y debía partir a cumplir su misión: llevar al general hasta el frente de batalla. Nos despedimos sin llantos, sin saber si volveríamos a vernos, sólo que prometimos que si alguno quedaba vivo nos buscaríamos para abrazarnos o dar una cristiana sepultura al que partiera. Esa noche sólo dormité, pensaba en mi marido... ¿volvería sano y salvo?... o ¿acaso herido?... pasaban las horas esperando el sonar de las sirenas en caso de bombardeo para buscar refugio, pero llegó el

amanecer y afortunadamente nada sucedió alentando la esperanza de reencontrarnos, lo que aconteció el 24 de diciembre al mediodía.

Desde mi retiro me dedico a mis hobbies, aunque también he impartido clases particulares en mi domicilio. Me gusta cocinar, pintar, coser y sobre todo leer. He incursionado en algunos concursos literarios. En 1991 participé en el primer concurso nacional de poesía para mujeres “La mujer piensa en la mujer”, habiendo obtenido tercera mención honrosa. En 2018 participé en el concurso literario autobiográfico “Confieso que he vivido” con el relato “Satisfacción” y este año en el concurso “Magallanes en Cien palabras”.

A fines del año 2019, fui convocada a participar como co-protagonista en el largometraje “CHUMJALUWUN” basado en la vida del Cacique Mulato, el último jefe tehuelche de la Patagonia chilena. Mi personaje da vida a la esposa de éste. Esta película quedó inconclusa debido a la pandemia de Covid-19. Tengo un matrimonio de cincuenta años con Jaime Sepúlveda Salgado, retirado de Carabineros de Chile.

Algo sobre mi madre

Mirra Doris Velásquez Ojeda
comuna de Punta Arenas

Hoy es un día especial para mí. Lo es porque empecé una vez más a transitar por el mágico mundo de las letras. Un viaje maravilloso a mis recuerdos, por la superficie de mi memoria, para retomar el largo camino que me lleva hasta mi niñez.

Vuelvo hacia atrás la mirada y me veo acompañada de una bella dama de mediana estatura, de tez morena, con el cabello negro, largo y crespo. Es el retrato de mi madre joven. Ella, la dama de personalidad apacible, de gestos amables, cariñosa y siempre preocupada de que no me falte nada.

Cuando yo era pequeña, ella solía contarme con gran entusiasmo como había sido su niñez, allá por un lejano pueblo rural, en su natal Olmopulli, una zona campesina cercana a Maullín, en donde creció junto a sus trece hermanos.

Salió de allí cuando era una adolescente para venirse a Punta Arenas buscando una mejor oportunidad de vida junto a su hermana Rosalía, quien era un poco mayor que ella.

Fue en estas tierras que la acogieron en donde forjó su vida. Laboró con afán. En condiciones difíciles, pues en aquellos años no era fácil abrirse camino, mucho más si tenías poca escolaridad. Pero mi madre era digna, fuerte y decidida y fue construyendo paso a paso su destino. En esa línea fue que al cabo de algunos años conoció a mi papá; un marino mercante que buscaba donde echar

raíces y construir familia. Con el paso del tiempo se casaron y a los años nació yo.

Recuerdo a mi madre en mi niñez y adolescencia, siempre al lado mío. Mujer casera y vida apacible, llegaba yo a su lado, mientras ella tejía, y me acurrucaba a su lado para escuchar alguna de sus historias. O tal vez para entonar alguna canción de esas que tanto le gustaban...y que bien cantaba mi madre. A veces acompañaba su canto con una guitarra. Su alma de mujer simple y serena, se agitaba en coro al sentimiento de una buena tonada. Cuando en mi vida bailé, canté y vibré con la música, sólo cerraba los ojos y dedicaba un pensamiento, un recuerdo, un gracias al cielo por esa herencia viva y rica que mi madre me heredó.

Sus manos benditas, además de acariciar las cuerdas de la guitarra, también nos dieron momentos maravillosos gracias a la cocina, pues todo lo que prepara le quedaba delicioso. No sé cómo aprendió o quien le enseñó a cocinar esas recetas que con tanto ahínco y amor preparaba. Pero como disfrutaba de sus platos.

Cuando me fui a estudiar a la Universidad de Concepción todo eso cambió. Y como extrañé a esa buena mujer. A ese calor de hogar que le entregaba a nuestra casa. A esos platos de amor. A sus historias. A su canto. Partí en barco a la que sería mi vida de universitaria. Mi madre quedó en casa. Su alma lloró en silencio ese día. La mía también.

Fueron 10 largos años que viví lejos de ella, radicada en Concepción. Primero estudiando, después formando un hogar junto a mi esposo.

Mi mamá por aquel entonces comenzó a tener problemas de salud. Como yo ya no estaría, quedó en compañía de un familiar ya que mi padre aún era un marino embarcado.

Cuando finalmente volví a Punta Arenas, mi madre de apoco se marchitaba en su cuerpo más no en su espíritu. Sus piernas dañadas por úlceras varicosas le impedían andar. Cada paso se volvió una lucha. Un bastón fue su fiel acompañante en sus últimos años. Aun así, la vi siendo abuela. Y ninguna dolencia irrespetuosa fue impedi-

mento para que ella fuese una vez más una expresión de dulzura y bondad, pero ahora hacia mi hijo. Yo que nunca conocí a mis abuelos, vi en ella una expresión nueva. De cuidado, protección y amor.

¿Qué vale la vida? ¿Cómo la medimos? ¿Cómo valoramos al ser humano?

Si mi madre nunca tuvo muchos estudios, pero tanta sabiduría la acompañó. Si la mano prospera fue su aval en todo lo que ella tocó.

Que tristeza ahogó mi corazón cuando su mente la llevó el viento de la Patagonia. Se fue apagando su lucidez. Se fue apagando de a poco su vida. Quien sabe, tal vez fue mejor. Porque quizás quedó en ella el disco tocando su canción favorita. O tal vez la película de su mente se detuvo en el momento en que el héroe rescata a la protagonista.

Se fue silenciosamente en el año 1979, a fines de mes de abril, por un año la visite contantemente en su lugar de descanso, después la atesore para siempre en mi corazón y en mi recuerdo y desde ahí me sigue acompañando.

Diseño de portada y diagramación:
Gastón Aguilera y Ricargo Delgado

Fotografía de portada:
Ricargo Delgado

Coodinación:
Camila Montero

Viña del Mar, marzo de 2021.